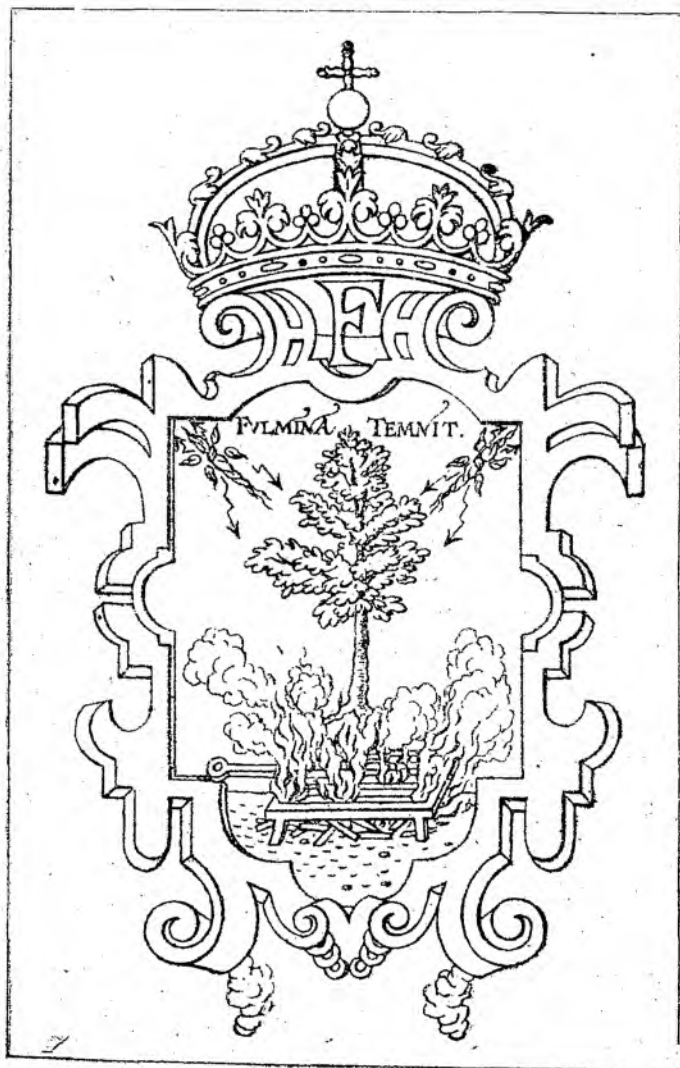


ESCORIAL



SUMARIO

	<u>Páginas</u>
Editorial: Meditación española sobre el Japón ..	161
ESTUDIOS	
ANGEL BALBUENA PRAT: El orden barroco en <i>La vida es sueño</i>	167
N. HERIBERT NILSSON: La idea de la evolución y la biología moderna	193
POESIA	
LUIS FELIPE VIVANCO: Poesía	225
EMILIANO AGUADO: Leyendo el Génesis	235
Cartas de John Keats (traducidas por LEOPOLDO PANERO).....	263
NOTAS	
Hechos de la Falange	279
Entre lo vivo y lo soñado, por Leopoldo Panero.	282
Historia de Europa, por Emiliano Aguado	287
Mozart y el presente, por el Dr. Karl Holl	291
En la jubilación de D. Miguel Asín, por Emilio García Gómez	294
Una revista alemana, por M. C. de Y.....	298
Vida cultural	304
LIBROS	
P. José M. March, S. J.: <i>Niñez y juventud de Felipe II</i> , por Antonio Tovar.....	306
Réplica a Ramón Carande, por Carmelo Viñas y Mey	312

MEDITACION ESPAÑOLA SOBRE EL JAPÓN

CUANTOS examinan con ánimo vigilante el curso maravilloso de la historia universal, habrán podido aotar en su archivo de experiencias un suceso estupendo: la que debe llamarse “segunda revelación” del Japón. Fué la primera aquella que en 1904 aconteció ante los asombrados ojos europeos. Un pueblo remoto y todavía pintoresco, a pesar de su reciente guerra contra China, y de los nombres que ya comenzaban a aparecer como titulares de importantes hazañas técnicas —Kitasato, Shiga, Yersin, Takamine—, se mostraba capaz de hacer guerra a la europea y aun de vencer el imponente y misterioso prestigio decimonónico del “oso ruso”, como nuestros padres solían decir, movidos por aquel secreto y pueril impulso suyo a darwinizar la Historia. Togo y Kuroki fueron personajes de moda, como lo sean hoy Rommel o Moelders.

Vino luego el auge fabuloso de la técnica y del poderío japoneses. Todo parecía posible en aquel pueblo lejano y tenaz, industrial e impenetrable: sedas inverosímiles, automóviles sorprendentes, investigaciones fenomenológicas y torpedos humanos. No obstante, hubo un momento en que casi todos los euro-

peos comenzaron a dudar del Japón. Los prestigios míticos y distantes tienen siempre este peligro ante sí. Se pensó que la nueva guerra de China había fatigado al Japón, y se creyó a los japoneses un poco mendicantes ante las puertas doradas de Washington. ¿Había pasado ya la hora que hizo posible y tópico aquello de “la amenaza amarilla”? ¿Se habían agotado las posibilidades del mimetismo técnico, a cuyo favor nacieron los acorazados y automóviles japoneses? Esta era la tónica judicial del europeo medio cuando llegó con sorprendente y fulminea velocidad todo lo que cualquiera sabe y comenta: Pearl Harbour, los desembarcos pasmosos, los inéditos bombardeos en picado, las conquistas a plazo fijo.

El mundo entero ha quedado literalmente estupefacto ante esta “segunda revelación” de la estrella amarilla, tan decisiva para toda la ulterior historia del mundo. He aquí a unos hombres silenciosos y aun herméticos, capaces al mismo tiempo de vestir el indumento castizo, de abrirse el vientre por fidelidad al Mikado y de montar un plan estratégico y logístico tan importante y revolucionario como el que más. Apenas es imaginable la capacidad de racionalización técnica necesaria para trazar sobre millones de kilómetros cuadrados, entre millares de islas y mediante centenares de miles de hombres, la exacta red de enlaces, transmisiones, desembarcos, avances y aprovisionamientos que hemos visto establecerse en el curso de pocas semanas. Si siempre es pasmosa —y, en fin de cuentas, primaria para la obra histórica— esa callada o exultante prontitud para la muerte disciplinada a que tan fiel sigue siendo el soldado japonés, no es ella, sin embargo, la que ahora ha maravillado a los espectadores europeos, conocedores del Alcázar, de Simancas o de Narvik, sino su enlace con la técnica más actual, precisa y difícil; más europea, según la habitual y más razonable concepción de la cultura. A este asombroso fenómeno queremos ceñir, con intención a la vez europea y española, nuestro comentario de hoy.

Lo más sorprendente para el europeo en la "revelación japonesa" debe ser el eficaz enlace entre el suelo casi intacto de una cultura arcaica, lejanísima de la europea y apenas conjugable con ella, con las más finas y arduas conquistas de una ciencia y una técnica que Europa ha creado en exclusivo monopolio histórico (1). Cualquiera que sea el racionalismo ilustrado de las clases superiores japonesas —nada escaso, según cuentan los conocedores de aquello—, es segura en todas las almas niponas la pervivencia de muchas viejas, oscuras y nucleares creencias religiosas o cuasirreligiosas, como lo es en el orden social la conservación de formas de vida tradicionales y castizas, aparentemente inconciliables con la construcción de magnetos o el tráfico aéreo. Si cualquier japonés ilustrado —un diplomático, un universitario o un general de Estado Mayor— sigue siendo capaz de abrirse el vientre por orden implícita del Mikado o por imperativo de su honor, es evidente que su existencia reposa sobre un manojo de creencias que a primera, y aun a tercera vista, nada se tocan con las racionalistas, progresistas o cristianas de los europeos que inventaron los aparatos eléctricos o las síntesis químicas. Eppur si muove: Takamine fué el primero en sintetizar la adrenalina, y las fábricas japonesas lanzan aviones inéditos al mismo aire en que florecen los cerezos de las lacas antiguas.

Esta agresiva y visible realidad nos obliga a revisar muchas de las convicciones hoy vigentes en orden a la historia de la cultura. El intelectual europeo, como consecuencia de la frondosa especulación histórico-cultural de los últimos decenios, se hallaba habituado a considerar casi unívoca la relación entre los diversos estamentos de una cultura: tipo de religiosidad, ciencia, política, economía, técnica, etc. Max Weber enseñó, por ejemplo, con profundidad y agudeza apenas superables, las relaciones en-

(1) América es a este respecto —racial, religiosa y científicamente— una prolongación ampliada y puérilizada de Europa.

tre el tipo de religión y el tipo de economía. Por lo que a lo europeo concierne, el trabado enlace entre capitalismo, burguesía, deísmo, técnica, ciencia racional y Estado moderno, parecía y parece innegable, y a su luz se explicaba fácilmente —con mentalidad protestante, desde luego— el retraso técnico de España. Si fueron posibles el ferrocarril y el telégrafo, el impulso que a ellos condujo habría que buscarlo en el alma renaciente, burguesa —“moderna”, en una palabra— de los hombres que más estrictamente llamamos europeos. He aquí, sin embargo, que las extrañas y alejadas almas japonesas son tan capaces como otras cualesquiera de organizar racional y técnicamente su vida; y en pocos años, sobre el suelo misterioso de su propia tradición han montado un Estado, un Ejército, una burocracia, una industria y una ciencia realmente pasmosos. ¿No rompe esto en alguna manera nuestros esquemas intelectuales para el entendimiento de la Historia?

Por lo pronto, nos obliga a revisar con decisión y profundidad todas las distintas versiones en que se expresa la idea racista. Todavía no han dado los japoneses al resto de los mortales un Leibniz, un Cervantes o un Bach, es cierto; pero no lo es menos que han sabido apropiarse en sus almas lo que en la obra de aquéllos haya de inédito descubrimiento humano, de tierra nueva para la habitación de nuestro espíritu. Hace sólo algunos meses, un miembro de la familia Konoye dirigía a la Orquesta Filarmonica muniquesa en la ejecución de un concierto de Schubert por él instrumentado. ¿Y acaso hay sólo técnica y receta en la dirección de una orquesta o en la instrumentación de un poema musical? A los españoles, que hemos engendrado y conocido al Inca Garcilaso y a sor Juana Inés de la Cruz, no nos es posible caer en un racismo excluyente. La raza es una realidad cuyos reflejos llegan también —¿cómo no?— al ámbito de la cultura; mas no hasta el extremo de romper la básica hermandad sustancial y potencial de los hombres. Precisar hasta qué punto espe-

cífica culturalmente la raza —en la creación y en el aprendizaje de la cultura— es hoy una empresa intelectual todavía no conclusa y acaso no bien planteada.

La hazaña japonesa nos impone también una revisión a fondo del problema de la unidad en la estructura de las formas y períodos culturales. Sería disparatado pensar que los diversos ingredientes de cada unidad cultural tuviesen entre sí una relación equívoca, de modo que a un determinado sistema de creencias pudiese corresponder cualquier tipo de política o de economía; pero también resulta excesivo admitir sin más la univocidad de su correspondencia. Cuando los japoneses nos han demostrado con tan atronadora y poderosa evidencia que un pueblo sintoísta y budista, más o menos racionalizado en sus zonas sociales superiores, es capaz de sintetizar la adrenalina y de organizar un Ejército supertécnico, las convicciones histórico-culturales de más acreditada vigencia sufren un rudo embate; y si éste no las aniquila, al menos compele necesariamente a su modificación. Es posible que la creación cultural sea específica, y genéricamente humano el cultivo progresivo de lo ya creado. Para “crear” otra vez filosofía griega sería acaso necesario el imposible histórico de convertirnos en griegos del período clásico; como para construir un inédito sistema idealista, el de transmutarnos en alemanes de 1825. No obstante, el hombre, por el mero hecho de su hombreidad, es capaz en todo tiempo y latitud de apropiarse y cultivar como cosas propias la filosofía griega o el idealismo alemán: testigos, cada uno en su nivel, Santo Tomás y Benedetto Croce.

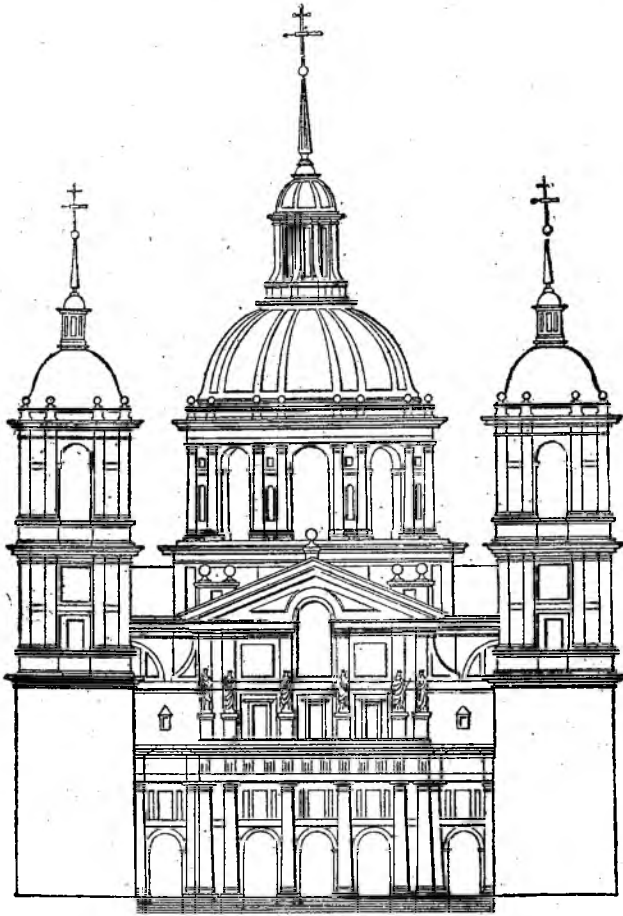
Valga otro tanto para la técnica. Es probable que la “creación” de la gran técnica moderna sólo fuese posible en la Europa posterior al siglo XV, o en la prolongación americana de Europa. Sólo este clima cultural pudo engendrar el tipo humano que representan Leonardo, Lavoisier, Bunsen o Siemens. Ello no es óbice, sin embargo, para que todos los hombres, si tienen

ímpetu y tenacidad para ello, puedan adueñarse y hasta perfeccionar esta técnica ya creada. Podría decirse con lenguaje escolástico que la instrumentación técnica del sistema de creencias sobre que la existencia humana necesariamente se sustenta, no es unívoca ni equívoca, sino analógica: a cada tipo de creencia no le corresponde ni una técnica determinada ni cualquier especie de técnica, sino un haz de distintas y concretas posibilidades técnicas. He aquí, pues, lo que podría ser un provisional resultado: todo hombre, por su condición de tal, es en principio capaz de recorrer el camino que otro hombre —apoyado en su peculiar situación histórica y en su personalidad específica— haya podido inventar; toda básica creencia humana puede ser instrumentada técnicamente según posibilidades no arbitrarias, pero sí diversas. Testigo máximo, el Japón.

La reflexión anterior tiende hacia el término natural que nuestro corazón siempre impone: España, nuestra España. El ejemplo del Japón cierra definitivamente la boca a cuantos nos han atribuido a los españoles una incapacidad nativa o histórica para la vida moderna. Si un pueblo tan alejado racialmente de los europeos es capaz de una hazaña como la que está realizando el Japón, cae por su base todo argumento basado en la insuficiencia nativa, como los inconsistentes de Ortega en España invertebrada. Si, por otro lado, un país de solera religiosa sintoísta y budista ha conseguido tan pasmosa altura técnica, nadie puede argüir la ineptitud de otro asentado sobre fondo católico. El problema está, descontada la inescrutable providencia de Dios, en la voluntad histórica, y aun en la voluntad histórica de una minoría. Una minoría tenacísima y eficaz es la que desde 1868 ha dado su forma actual al Japón, como otra dió a España la espléndida suya en el filo del 1500 y otra levantó a Prusia en el XVIII. Decía el pobre Ganivet: "Tenemos lo principal, el hombre, el tipo; nos falta sólo decidirle a que ponga manos en la obra." Esa es, justamente, la obra de nuestra generación.

El punto tercero de la Falange comienza diciendo que “tenemos voluntad de Imperio”. La tentadora mayúscula inicial de la palabra “Imperio” puso en retórico descarrío a muchos hombres de esta generación. Se ha olvidado con harto dolorosa facilidad que esa “voluntad de Imperio” supone necesariamente la existencia de otra más humilde y tenaz “voluntad de imperio”, un “imperio” escrito con eficiente y cotidiana letra minúscula, una constante y acerada ansia de mando sobre uno mismo y sobre el propio contorno. Apenas es imaginable la dura e insobornable constancia, la ardua e implacable puntualidad, el silencioso y apasionado esfuerzo, la transparente y acrisolada pureza de los hombres que en tres cuartos de siglo han puesto en pie, con su diaria voluntad de “imperio”, la mayúscula inicial del “Imperio” nipón. Así siempre y en todas partes. En algún lugar se ha escrito que la máxima primera de la vida colonial inglesa dice así: “El canto del gallo hallará afeitado a todo inglés que viva en las colonias.” ¿Conseguiremos algo análogo los españoles? ¿Nos dará otra vez Dios voluntad para la vida, como nos sigue dando heroísmo para la muerte? Tal debe ser el sentido de nuestra primera oración cada mañana y el de nuestra última meditación cada noche. He aquí una súplica que los españoles debiéramos añadir todos los días al Jam lucis orto sidere del himno ambrosiano.





Estudios

Angel Balbuena Prat: *El orden barroco en «La vida es sueño»*. — N. Heribert Nilsson: *La idea de la evolución y la biología moderna*.

EL ORDEN BARROCO EN «LA VIDA ES SUEÑO»

POR

ANGEL BALBUENA PRAT

INDUDABLEMENTE, *La vida es sueño* es la concepción que más por entero revela la obsesión ideológico-teatral de Calderón. Al través de toda la obra del dramaturgo encontramos una gran cantidad de coincidencias con sus figuras, con su asunto, con su estilo peculiar; y, además, concretamente, el autor dió tres versiones diversas del asunto: una en comedia y dos en autos sacramentales. Cuando se dan tantas coincidencias y repeticiones es indudable que se trata de algo profundamente concebido (1). Por lo tanto, las normas estéticas en torno a los per-

(1) Doña Blanca de los Ríos, en *De Calderón y de su obra y en La vida es sueño y los diez Segismundos de Calderón*, ha agrupado las obras en que se coincide en lo esencial con la obra capital que analizamos. Aunque en la crítica hispano-alemana anterior ya se habían insinuado semejanzas, D.^a Blanca es la que sistematizó el paralelismo de los tipos. Estos "diez Segismundos" se hallan en las siguientes obras: 1, *La vida es sueño*, drama; 2, *La vida es sueño*, auto; 3, *El monstruo de los jardines*; 4, *La hija del aire*; 5, *Las cadenas del demonio*; 6, *Apolo y Climene*; 7, *Eco y Narciso*; 8 y 9, *En esta vida todo es verdad y todo es mentira* (los dos personajes Heraclio y Leónido), y 10, *Hado y divisa de Leonido y Marfisa*. (De los Ríos: *La vida es sueño y los diez...* Madrid, 1926, pág. 23.) Farinelli, en su com-

sonajes y motivos poéticos de las tres formas de *La vida es sueño* han de constituir un sistema ejemplar para dictaminar sobre la producción entera del poeta teólogo.

Por de pronto, notamos ya la clara interferencia del mundo de los autos y el de las comedias en torno al tema. Segismundo es un personaje-símbolo cuyos tres momentos: prisión, liberación en prueba y resultado final, ofrecen paralelismo exacto con los tres momentos de la Humanidad, interpretada con arreglo a la concepción agustiniano-tomista. Al escribirse *La vida es sueño*, comedia, ya había intentado en el auto una concepción sintética de la historia teológica de la Humanidad; pero con vacilaciones y sin las líneas fijas y precisas que después de *La vida es sueño* quedarán como arquetipo repetido diversas veces (1). Por lo tanto, la intención estética —e ideológica— puede claramen-

plejo estudio *La vita è un sogno*, añade el personaje Rosarda de *Los tres afectos de amor*. A las comedias—junto a *Yerros de naturaleza...*, de Calderón colaborando con Coello—agregó los títulos de *La estatua de Prometeo*, *La Fiera*, *el Rayo* y *la Piedra* y *La gran Cenobia*, aunque podría incluirse algún otro. Pero el aumento principal lo dan los autos sacramentales. Desde luego incluyo la primera versión de *La vida es sueño* como auto intermedio entre la comedia y el auto impreso en 1677; pero en todos los autos en que interviene el símbolo del Hombre o de la Naturaleza humana, a través de toda su historia se dan nuevos "Segismundos".

(1) *El Veneno y la Triaca* se representaba en 1634, y, por lo tanto, es algo anterior, según todas las probabilidades, a la famosa comedia, aunque seguramente se ideó en el momento en que Calderón elaboraba su Segismundo. Si se compara la situación de la tentación y pecado original en dicho auto respecto a los compuestos después de *La vida es sueño*, comedia, se podrá notar lo inseguro de esa simbología. La tentación y el pecado, que después tendrán un paralelo con las escenas en que Segismundo aparece en palacio en el acto II, en *El Veneno y la Triaca*, ofrecen alguna particularidad. A pesar de haber un personaje, "El Entendimiento", no aparece en el momento de la tentación. En cambio, la Sabiduría, en la primera versión de *La vida es sueño*, auto, y "El Entendimiento", en la segunda, corresponden al papel de Clotaldo de la comedia. En cambio, frente a lo inseguro de los símbolos en *El Veneno y la Triaca*, este precioso auto posee una riqueza de estilo típica de Calderón. Lo decorativo de las Estaciones es una adquisición que revela al poeta de los mejores autos. Estas figuras sugirieron sin duda los cuatro Elementos que ya en la primera versión de *La vida es sueño* aparecen.

te apreciarse, sin rupturas ni confusiones, uniendo el orden predominante en la comedia al de los dos autos de su mismo título.

A su vez, desde las características de los personajes hasta los detalles más externos del estilo, *La vida es sueño* es una obra típicamente barroca de Calderón, por lo que su carácter peculiar puede servir para determinar esta forma del arte del siglo XVII (1). Las ideas de Spengler y Wölfflin sobre el barroco como tónica general y como estilo deben ser recordadas aquí (2).

Analizaremos por separado las tres producciones aludidas del mismo asunto.

LA CONSTRUCCIÓN DE "LA VIDA ES SUEÑO", COMEDIA.

Si nos asomamos al drama del sueño y de la realidad, podemos observar que en él son siete los personajes importantes. Cinco hombres: Segismundo, Clotaldo, Basilio, Astolfo y Clarín, y dos mujeres: Rosaura y Estrella. Su análisis permitirá advertir cómo se da en su agrupación y significación la ley barroca de la subordinación y del contraste. Recordemos cómo las artes plásticas destacan un personaje o varios —pocos— en el centro

(1) En mi *Historia de la literatura española*, ed. G. Gili, tomo II, pág. 362 y sigs., indico las características de la obra barroca, para ver por ellas este carácter en *La vida es sueño* como pieza central de Calderón. Estas notas del barroco, que confirmo en el análisis de la comedia, son: dinamismo, retorsión, violencia; equilibrio inestable, contraste, claroscuro; asomos de ternura; hipérbole, ley de subordinación, lo decorativo. Véase también el principio de mi capítulo, en ídem, sobre "Góngora y la lírica barroca", y el apartado "El desmesurado *Polifemo*: dinamismo y contraste", pág. 156 y sigs.

La concepción del final del Renacimiento en *La decadencia de Occidente*, de Spengler, me parece muy acertada. Por no conocer el autor suficientemente a Calderón, falta en la compleja obra la situación de un teatro barroco, en el que *La vida es sueño* hubiera llenado perfectamente un hueco spengleriano. Wölfflin señala sus *Conceptos fundamentales de la historia del Arte* con gran precisión para la plástica del XVII; mas pueden perfectamente aplicarse, con las diferencias técnicas de rigor, pero con idéntico espíritu, a las producciones literarias.

del cuadro o del grupo escultórico, a los cuales se subordinan todas las demás. Recordemos la figura de María en la *Asunción* del Greco, central, ante la que todos los ángeles y alegorías se subordinan desde su grado infinitamente inferior; a diferencia del mismo asunto pintado por el Ticiano, en que se distinguen tres partes o cuerpos en el cuadro: el sepulcro con los apóstoles, María entre ángeles y el Padre Eterno en la gloria entre Espíritus celestes también. Ticiano nos ofrece un ejemplo de estilo Renacimiento, en pintura; el Greco, un distintivo de obra barroca (1). Así Calderón llega a la obra de gran protagonista. Segismundo es tan superior a los personajes que le circundan, que el eje de dos momentos capitales de su razón dramática está precisamente en monólogos o soliloquios. En cambio, Lope pudo concebir obras en que el mismo derecho tiene un personaje que otro a llevarse la palma del conflicto escénico. Por ejemplo, en *Peribáñez*, el labrador de este nombre, Casilda, la esposa o el comendador rival. Pedro Crespo, en *El Alcalde de Zalamea*, de Calderón, se destaca sobre el resto de los personajes —aunque sin llegar al extremo barroco de *La vida es sueño*—, a diferencia del mismo tipo, del mismo nombre, en contacto con las otras figuras en la obra homónima de Lope de Vega. El mundo de Lope, pues, sería hermano del citado en el caso de Ticiano; el de Calderón, análogo al del Greco. (Advierto que se trata de un ejemplo para dar más claridad a mis puntos de vista, sin que se tomen como un equivalente absoluto entre las obras de pintura y de teatro que menciono.) Segismundo se eleva, pues, desmesuradamente sobre las otras figuras del drama, en que preside una ley de subordinación. Veamos cómo se perfilan las otras figuras humanas alrededor del protagonista. De una parte, distinguimos entre las figuras de “barbas” o viejos y las de jóvenes,

(1) Me refiero a la *Asunción* del Ticiano de la Academia de Venecia y a la *Asunción* de la Iglesia de San Vicente, de Toledo, del Greco.

galán y gracioso. Así, de un lado, dos figuras de viejo; de otro, dos figuras de jóvenes.

Basilio y Clotaldo —los dos “barbas”— ocupan papeles de indudable semejanza, dentro de su peculiar matiz. Son el padre y el ayo, o, pudiera extremarse: padre natural y padre espiritual. Basilio, el rey, le dió el ser; pero Clotaldo ha formado el espíritu de Segismundo desde niño. La actitud del joven al viejo es análoga a la de hijo respecto a padre, ya sea de rebelión o de sometimiento. Clotaldo no sólo es la única persona que ha conversado con el príncipe encarcelado hasta el comienzo de la acción de la comedia, sino que Calderón ha insinuado que se trata de persona que se interesa por él como por un hijo, y aun demuestra conocerle a fondo mejor que su padre. Así, cuando en la primera escena del acto segundo Basilio revela a Clotaldo la prueba a que somete a Segismundo, el ayo sugiere una crítica aguda:

*Razones no me faltaran
para probar que no aciertas...
mas ya no tiene remedio.*

El paralelismo graduado entre Basilio y Clotaldo ante Segismundo aparece claro en la parte del simulacro de reinado del príncipe, en el mismo acto segundo. Primeramente, Clotaldo aparece a dirigir o corregir las acciones de Segismundo, y en el momento culminante del dinamismo rebelde del príncipe, al arrojar a un criado por el balcón, se presenta el rey, con la gravedad y majestad que superan el papel antes realizado por el ayo. Del mismo modo, cuando más adelante Segismundo, al ver que Clotaldo impide la violación de Rosaura, se lanza sobre el viejo y quiere matarle, impidiéndolo, de momento, la intervención de Astolfo, e inmediatamente, la entrada del rey. Segismundo amenaza a su propio padre, uniendo así la significación

de Clotaldo y Basilio. El paralelismo entre los dos "barbas", en relación con Segismundo, es evidente:

BASILIO. ¿Respeto no tenías
 a estas canas?

CLOTALDO. Señor, ved que son mías;
 que no importa veréis.

SEGISMUNDO. Acciones vanas,
 querer que tenga yo respeto a canas;
 pues aun esas podría [*al Rey*]
 ser que viese a mis plantas algún día.

Igualmente, al ir a despertar el príncipe, de nuevo en la prisión, se halla durante una escena presente Basilio, junto a Clotaldo, y se va, emocionado, con la seguridad de que deja al hijo en buenas manos: en manos de su segundo padre.

Los dos jóvenes se hallan en posición típica respecto al protagonista. Astolfo, el duque, es el rival de Segismundo; por lo tanto, el segundo galán del drama. Clarín, que comienza por ser el criado de Rosaura, ya pasa a ser el adulator y el compañero del personaje central. Queda muy clara esta posición ante el protagonista en las escenas centrales del acto segundo. Astolfo es el rival de Segismundo. Este, al ser reintegrado a la vida, ha de impedir que reinen, casados, Astolfo y Estrella, hijos de dos hermanas del rey. Pero no es sólo esta profunda incompatibilidad. Cuando Segismundo despierta en palacio, Astolfo es la única figura que aparece ante él, arrogante y fanfarrona, con un aire de reto. El efecto producido en el príncipe expresa bien a las claras esta modalidad:

SEGISMUNDO. Cansóme como llegó
 grave a hablarme, y lo primero
 que hizo se puso el sombrero.

CRIADO. Es grande.

SEGISMUNDO. Mayor soy yo.

En cambio, Clarín aparece entre los cortesanos, logrando la simpatía del “hombre de las fieras” por la lisonja y la adulación:

SEGISMUNDO. Tú sólo en tan nuevos mundos
me has agradado.

CLARÍN. Señor,
soy un grande agradador
de todos los Segismundos.

A los dos lados del protagonista se dibujan, como dos reflejos de un espejo ideal de la persona del príncipe, Astolfo, que quiere igualarle por orgullo o envidia, con el sombrero de plumas, airoso, sobre la cabeza, que se yergue en gesto de reto, y el gracioso, que, sombrero en mano, lanza la lisonja de la reverencia, como una voluta retorcida, a los pies del señor.

A través de toda la obra vemos la aproximación de las dos figuras a la suerte y condición del protagonista. Astolfo pelea con él, espada a espada, con el intento de salvar a Clotaldo, y en todo el acto tercero lucha junto al rey contra el príncipe rebelde.

El acercamiento del gracioso al señor es aún más curioso, por la índole especial del personaje. Clarín, gracioso excepcional en el teatro español, rompe lo convencional del tipo por adquirir, a través de la acción, una compleja profundidad. Ya no es la figura caricatural a la que falta hondura y cuyo papel es sólo el del contraste o la comicidad exterior. Al ser llevado el príncipe de nuevo a la prisión, Clarín se transfigura, y sale de su boca este concepto típicamente barroco, de filosofía moral española, entre fogosas imágenes en contraste:

CLARÍN. No açabes de despertar,
Segismundo, para verte
perder, trocada la suerte,
siendo tu gloria fingida,
una sombra de la vida
y una llama de la muerte.

El efecto de la transformación del antes frívolo lisonjero queda patente ante los circunstancias, que al ver el peligro que supone que esté enterado del secreto del heredero, "quien sabe discurrir" tan bien, deciden dejarle en prisión. Encontramos, pues, a Clarín en la misma situación del protagonista, en ley de subordinación al interés central. Pero aún queda más patente, en el comienzo del acto tercero, el paralelismo de galán y criado. Los soldados que llegan a la torre a dar libertad al príncipe le confunden al principio con Clarín, al que arrancan las cadenas, y al deshacerse el equívoco es cuando éste lanza su conocido chiste verbal:

*Vosotros fuisteis los que
me segismundeasteis...*

Pero aún queda un grado más de levantamiento del chistoso "clarín del donaire" al final de la obra. Clarín llega en ella al máximo honor del personaje dramático. Su vida se corona en la muerte. Muerte vergonzosa en el sentido heroico, muerte que le ataca al esconderse de miedo de la batalla; pero muerte que redime y sublima "por la boca de su herida"; precisamente el verso de más fama universal de toda la comedia. En este sentido merece recordarse cómo en las obras capitales del teatro de la época barroca surgen dos figuras, muertas en cobardía y en acecho mezquino de curiosidad, pero que con su sangre adquieren profundidad inusitada. Estela ejemplar en Clarín. Eco que revive las entrañas de la tragedia en el "Polonius" del *Hamlet* shakespeariano. Polonio, el cortesano enredador y trapacero, y Clarín, el adúlador y miedoso, asoman con perfil lívido de fatalidad al mundo del misterio y de la sombra:

*Mirad que vais a morir,
si está de Dios que muráis.*

Igualmente se percibe la ley del barroco en las figuras de las damas de la comedia. Equilibrio inestable, como los ademanes de rival y gracioso, en los personajes masculinos. Rosaura y Estrella giran en torno a Segismundo en vaivén de atracciones y repulsiones de amor. Segismundo se enamora de Rosaura desde el primer momento que la ve. Finalmente, lanza el príncipe en prisión su metáfora de los "ojos hidrónicos" ante la presencia de aquella figura que absorbe de momento sus sentidos. Segunda vez en palacio se lanza a ella con furia de salvaje, ebrio de pasión, y su recuerdo deja la ternura más hondamente prerromántica de toda la obra:

*Sólo a una mujer amaba...
que fué verdad creo yo,
porque todo se acabó
y esto sólo no se acaba.*

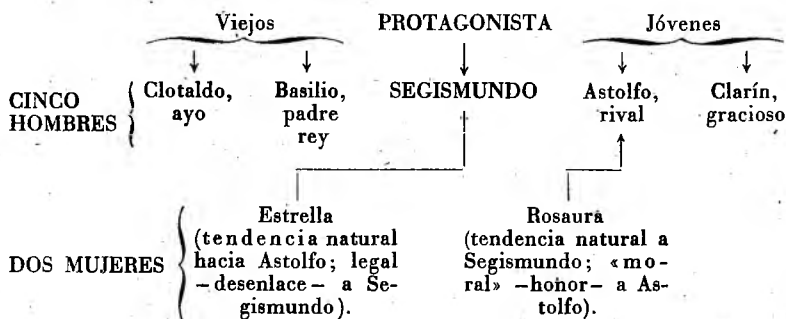
Al través del acto tercero vemos la reacción del Segismundo que ha aprendido el sentido de la justicia y de la seriedad de la vida en su escuela de desengaño. Desde entonces, al conocer la historia de Rosaura, la atracción natural se ve contrarrestada con desviaciones que la moral impone. Rosaura ha sentido una viva simpatía, mezclada con lástima, a Segismundo; pero el honor ha impedido que se descubriese y creciese este secreto impulso de piedad maternal, femenina.

Estrella, aunque coquetea con discreto de corte sobre los celos y su soberbia de persona de casa real, está, sin duda, prendada del galán Astolfo. Pero la ley del barroco queda manifiesta una vez más. Sobre la natural solución de una boda Segismundo-Rosaura y otra Estrella-Astolfo, para reparar la ofensa de honor se ve obligado a casarse con Rosaura. Y Segismundo se violenta, porque la ley moral se impone a la atracción física:

*Pues que ya vencer aguarda
mi valor grandes victorias,
hoy ha de ser la más alta
vencerme a mí.*

Así da su propia mano a Estrella, y Rosaura se casa con Astolfo. Bodas cruzadas, retorcimiento barroco en el desenlace.

La ley de equilibrio barroco, inestable, pero perfectamente constructivo, queda a las claras en este cuadro, en que gráficamente pueden verse las agrupaciones de los siete personajes centrales de *La vida es sueño*, comedia:



“LA VIDA ES SUEÑO”, AUTO, PRIMERA REDACCIÓN.

Esta versión, que se hallaba inédita hasta que yo la publiqué como apéndice a mi tesis doctoral “Los autos sacramentales de Calderón (clasificación y análisis)” en la *Revue Hispanique*, 1924, no ofrece ninguna duda, a mi juicio, respecto a su autenticidad (1). Revela cómo Calderón, inmediatamente des-

(1) Véase, sobre este punto, mi argumentación en la obra citada, págs. 95-99, y mi edición *Autos Sacramentales* de Calderón, tomo I, en “Clásicos Castellanos”, Madrid, “La Lectura”, 1926, págs. 31-34. Todas las personas entendidas en la materia han admitido como natural esta atribución de la redacción primera de *La vida*

pués de haber creado su gran obra dramática, comprendió la indudable relación de su contenido con la materia alegórica, que ya plasmaba en la forma tan adecuada a su genio. Trazó, pues, una versión del tema de *La vida es sueño* en un acto, lleno de insuficiencias de simbología y de estilo, pero en el que se percibe claro el proceso de abstracción del personaje de un género teatral a otro. Al final de su vida el autor volvió sobre el asunto, para darnos la perfecta y definitiva dicción de *La vida es sueño* como auto. Todas las indicaciones siguientes se referirán a la primera redacción.

Notamos, respecto a la construcción dramática, que Calderón tiende a unas formas barrocas más complejas. En la comedia, las líneas esenciales las señalaban siete personajes principales. Dos secundarios, como los criados, a pesar de corresponder uno a un punto culminante de la acción (el cortesano que Segismundo, furioso, arroja por el balcón), eran meramente incidentales. En el primer auto se establecen dos grupos de figuras dramáticas: uno, de seis personajes esenciales en la acción; otro, de cuatro, necesarios en toda la pieza, como elementos decorativos. Así, un equilibrio de $6 + 4$ constituye una arquitectura que, sin llegar a ser clásica, revela una etapa de construcción más segura —en lo que respecta a este aspecto de la colocación y orden dramático— que el de la misma comedia; pero falta un tanto de movimiento, a diferencia del tercer grado, que después analizaremos.

El protagonista se ha convertido, ampliado a símbolo general, en el hombre, centro y sujeto de la nueva acción. Está muy cerca aún de Segismundo. A diferencia del segundo auto, en que las reminiscencias de la comedia, a pesar de quedar siempre

es *sueño*, auto, a Calderón. Así me lo comunicó Bonilla San Martín y, actualmente, Alexander Parker, profundo especialista en Autos. Igualmente lo acepta Tomás Carreras Artau, en *La filosofía de la libertad en "La vida es sueño" de Calderón. Estudios "in memoriam" de Adolfo Bonilla y San Martín*, tomo I, pág. 161 y nota.

en toda la acción, están absolutamente absorbidas por el nuevo mundo simbólico trascendental de la sintética visión de la historia teológica de la Humanidad, aquí queda a las claras el proceso de tratar "a lo divino" un argumento profano. También a los lados del protagonista se perfilan figuras varoniles o de mujer. Las figuras, de forma de varón, se reducen a tres: el Verbo, la Sabiduría y el Libre Albedrío, que corresponden, clara y a veces literalmente, a Basilio, Clotaldo y Clarín.

El Verbo es el padre del Hombre, su autor. No cabe duda que aquí Calderón no poseía la absoluta precisión y soltura en el manejo de los conceptos teológicos, que revelaría más adelante. El empleo del Verbo —o sea la segunda Persona de la Santísima Trinidad—, para una acción en la que, en parte, se ha de ostentar la potencia creadora que corresponde a Dios Padre, no es, sin duda, una prueba de claridad en la dramatización de las ideas espirituales. Calderón resuelve la dificultad ateniéndose al comienzo del Cuarto Evangelio: *In principio erat Verbum... Omnia per ipsum facta sunt et sine ipsum factum est nihil quod factum est...*, y a pasajes del *Libro de la Sabiduría*. No es que haya inexactitudes teológicas en la doctrina que exprese el autor; pero como plasticidad exterior, teatral, los conceptos resultan poco claros si se comparan, sobre todo, con el dominio de ideas y escena de la última versión del auto. En relación con la comedia, el Verbo habla con análogas expresiones a las del rey Basilio:

*Gran corte del Universo,
leales vasallos míos...*

(Notemos que al atribuir al Poder, o sea a Dios Padre, este parlamento en la segunda redacción del auto, Calderón procederá con más acierto de efecto teatral y aun de concepto.)

La Sabiduría, que va a ser el ayo del Hombre, procede, claro está, de Clotaldo. A pesar del nombre, es, por todos los da-

tos de la acción, un personaje masculino. (También, para más claridad, en el segundo auto lo rotuló El Entendimiento, coincidiendo en su papel escénico, aunque no en su concepto total.) El Hombre, al dirigirse a la Sabiduría, habla como tratándose de un personaje-varón:

*Como el que en una prisión
me amenaza...
Tú, el primero, de mis furias
serás despojo...*

El Libre Albedrío es el gracioso Clarín, continuando con una serie de juegos de chiste, a diferencia de la segunda redacción, en que apenas este aspecto se insinúa en la gravedad de todo el asunto. En dicha forma primera el Albedrío sale a la escena con las mismas expresiones y alusiones de un gracioso de comedia:

*¡Qué grande cosa es ser libre!
Uno que todo lo goza,
en fe de su voluntad,
todo cuanto se le antoja.
De quien no tiene vergüenza,
suele decir una copla,
que toda la villa es suya.
Pardiez, yo tengo muy poca,
y aun no es mía la mitad;
que a fe que a serlo, mi cholla
te informará hoy en la villa
más de cuatrocientas cosas.*

Y en las palabras que siguen queda claro el efecto de una interpretación "realista" de corte, a diferencia de la pura abstracción, predominante en todo el segundo acto:

*En fin, sin que me hayan dicho
ni aun una palabra sola
tantos arqueros, que suelen
ser en las confusas olas
de los mares del palacio
los corsarios barbarrojas (1),
en el palacio me entré...*

También está en la línea de una ágil y frívola interpretación de esta figura la situación promovida al caer el Hombre en pecado y ser puesto en prisión. Los cuatro Elementos quieren prender al Albedrío, también por ser cómplices de la culpa original, pero él se escapa, ligero, como el Pensamiento en otros autos, con un juego saltador de baile ruso. Hasta que al final el propio Albedrío, por su propio querer, se decide a acompañar al Hombre en su "cárcel profunda" (2).

Las dos figuras de mujer que giran en torno al Hombre son la Sombra y la Luz, que simbolizan, respectivamente, la Culpa y la Gracia. Por lo que se refiere a la acción misma, las figuras de las damas aparecen más separadas del personaje central que las varoniles. Sobre su carácter, exclusivamente femenino, no hay la menor duda. Aunque la Sombra equivale al Pecado de otros autos, desde el primer momento el diálogo deja ver claro el género de tales personajes:

(1) Procede del mismo sentido que la expresión de Clarín, al hablar de "un alabardero rubio — que barbó de su librea". En la época había muchos criados de palacio flamencos o tudescos, rubios, por lo tanto, o "barbarrojas", según el chiste y equívoco del gracioso del primer auto.

(2) A pesar del esbozo embrionario en que se halla todo este primer auto, esta situación es sumamente bella en soltura y movilidad:

ALBEDRÍO. ¿Y quién es el que procura
prenderme?

(*Corren tras él.*)

AIRE. Yo.

ALBED. No, podrás...

El Fuego y el Aire compiten en ligereza, mientras que la Tierra quería encerrarle en senos y grutas y el Agua en sus "piélagos de espuma".

Sale la Sombra vestida de gala, huyendo de la Luz:

SOMBRA. ¿Para qué me sigues más?
¿Qué me quieres, luz hermosa?...

LUZ. Aunque vengas disfrazada
de las galas que te adornan...

Así, como a damas, las trata el jovial Albedrío:

*¿Por qué está tan mal conmigo,
Doña Gracia escrupulosa?
¡O, bien haya Doña Culpa
que al fin de nada se enoja!*

No deja de haber un cierto eco de la proyección de Rosaura y Estrella respecto a Segismundo en la relación de las damas simbólicas respecto al Hombre. Este busca por impulso a la Sombra o Culpa, solo, mediante el desengaño, busca a la Luz, la Gracia. El equilibrio inestable queda patente así.

Así expresa su desilusión del mundo de los sentidos y su deseo de penitencia y de bondad el Hombre, en su prisión, después de su falta:

*¡Oh quién no hubiera dormido
en pecado! ¡Oh si llegara
la hora de despertar,
como en las glorias pasadas,
de los brazos de la Culpa,
en los brazos de la Gracia.*

Paralelamente a la clasificación de estos seis personajes aparecen, a través de toda la parte esencial del auto, las otras cuatro figuras, o sea lo decorativo, lo externo. Son los cuatro elementos: Aire, Agua, Tierra y Fuego. Al comienzo, y tras una breve escena que abre la obra y que recita "la Sombra encima de un peñasco, toda de negro con manto de estrellas", apare-

cen ya los cuatro Elementos. Entonces salen luchando, disputándose una corona de laurel, simbolizándose en esta pelea la masa informe y confusa de las cosas en el momento de la creación, expresando con frase típica, que Calderón repite corrientemente en sus autos:

*Un globo y masa confusa
de las sombras guarnecido,
que hoy están sobre nosotros
(los poéticos estilos
le llamaron caos y nada
los profetas), compusimos
los cuatro...*

El Verbo conforma los cuatro Elementos en lucha, apartándoles y dividiéndoles para que vivan en “trabada paz”. A los cuatro, que constituyen la gran corte del Universo, el Señor notifica la creación del Hombre y su futuro reinado sobre la tierra si cumple su ley, a lo que los Elementos contestan con entusiasmo y aclamaciones:

TIERRA Y AGUA. Ese príncipe queremos...
FUEGO Y AIRE. Ese príncipe pedimos...

Cuando el Hombre va a salir a la supuesta corte del Universo aparecen los Elementos decorativos para rodearle y servirle: “Salen: el Agua con un espejo, el Fuego con la espada, el Aire con el sombrero de plumas y la Tierra con un azafate de flores y frutos, los músicos cantando, y el Hombre, detrás, muy ricamente vestido.” La “letra para cantar”, que combinan las cuatro figuras con el coro de músicos, es muy semejante a la que se había empleado en *El Veneno y la Triaca*, y la recoge más tarde, levemente variada, para la segunda versión del auto. Compárese:

“EL VENENO Y LA TRIACA”.

MÚSIC. Aves, fuentes, auras, flores,
todos a la Infanta decid amores.
UNO. Aves, su luz saludad.
TODOS. Cantad, cantad.
UNO. Fuentes, sus espejos sed.
TODOS. Corred, corred.
UNO. Auras, su aliento aspirad.
TODOS. Volad, volad.
UNO. Flores, sus galas tejed.
TODOS. Creced, creced,
y acudiendo al curso
de tanta deidad,
creced, volad, corred y cantad.
Todos a la Infanta decid amores:
cantad, aves; corred, fuentes;
volad, auras; creced, flores.

“LA VIDA ES SUEÑO”. I.

MÚSIC. Aire, agua, fuego y tierra,
servid al príncipe vuestro.
TIERRA. Flores, camino le abrid.
MÚSIC. Venid, venid.
AGUA. Fuentes, sus espejos sed.
MÚSIC. Corred, corred.
AIRE. Vientos, los soplos templad.
MÚSIC. Volad, volad.
FUEGO. Rayos, su pompa asistid.
MÚSIC. Lucid, lucid.
TIERRA. Y, en fin, jurándole rey
de este divino jardín.
1.^a Venid.
2.^a Corred.
3.^a Volad.
4.^a Lucid.

“LA VIDA ES SUEÑO”. II.

- MÚSIC.** Venid, corred, volad, Elementos,
a dar obediencia al príncipe vuestro.
- TIERRA.** Flores, sus sendas cubrid,
venid, venid.
- AGUA.** Fuentes, sus espejos sed,
corred, corred.
- AIRE.** Auras, su calor templad,
volad, volad.
- FUEGO.** Rayos, su pompa asistid,
lucid, lucid.
- MÚSIC. Y LOS CUATRO.** Y, en fin, jurándole rey
de alcázar, monte y jardín,
venid, corred, volad, lucid.

Como aludíamos a propósito del Albedrío, tras el pecado del Hombre tiene lugar el movimiento de danza de los cuatro Elementos, que tratan de detenerle. Aquí lo decorativo se ha puesto al servicio del motivo regocijante. Poco después, al despertar el Hombre, aparecen las cuatro figuras, para abandonarle y desobedecerle. Como en *El Veneno y la Triaca*, aunque en situación distinta, asoma lo ingenuo de la inexperiencia en el detalle del Fuego, que se va “disparando una pistola”. En el momento en que el Hombre, arrepentido de sus culpas, sale de la prisión a hacer guerra al Rey para conquistar el reino “con sollozos, con gemidos, con suspiros y con ansias”, los cuatro Elementos vuelven a aparecer, quedando en escena hasta el próximo final del auto. Las acotaciones indican el lugar de las figuras. La Sombra ha quedado con su hacha apagada, y, en cambio, la Luz la lleva encendida. “Descúbrese una cruz, y a los lados, el Verbo y el Hombre.” Y al final, “tocan chirimías y suben el Verbo en la Cruz y el Hombre de rodillas.” Véase la agrupación de las figuras de este auto:

4 FIGURAS DECORATIVAS. LOS CUATRO ELEMENTOS

Aire, Agua, Tierra, Fuego, 6 + 4. Una mayor tendencia al equilibrio clásico.

“LA VIDA ES SUEÑO”, AUTO, SEGUNDA REDACCIÓN.

Calderón llegó al final de su vida a dar la forma definitiva, en auto, al asunto de *La vida es sueño*. Lo compuso para el Corpus de 1673. Había ya repetido el tema de síntesis de historia teológica de la Humanidad en obras como *El pintor de su deshonra*, *La cura y la enfermedad* y, sobre todo, del reciente y magnífico *El divino Orfeo*, que data de 1663. El autor se hallaba, pues, en la supermadurez de dominio del género y de aplicación del concepto teológico más estricto y matizado al mejor sentido poético de la simbología.

Volvemos a encontrar el sentido del equilibrio inestable del barroco, pero con mucha más sabiduría y fina y profunda matización que en la lejana comedia. Desde luego, de las indecisiones del auto primero a esta obra, de plena reflexión y conocimiento del tema, hay una extraordinaria distancia. Volvemos a encontrar el número 7, aunque con diversa modalidad, ya que se debe al ritmo de 6 + 1, y éste 1 = 3, por tratarse de las tres personas de la Trinidad.

He aquí las figuras del auto. En vez del Verbo, Calderón ha dado corporeidad admirable a la doctrina patristico-escolástica de la Trinidad, concibiendo tres personajes a los que designa con los atributos más típicos de las tres divinas Personas: Poder, Sabiduría y Amor. El auto comienza con la lucha de los cuatro Elementos, como en la primera redacción. Entonces aparecen las tres Personas con esta caracterización: “El Poder, anciano venerable, y Sabiduría y Amor, de galanes.” La descripción que sigue está muy hábilmente dividida en boca de los tres

personajes. El Sumo Poder divide a los cuatro Elementos, la Sabiduría distribuye su colocación y lugar,

*que si la creación ha sido
atribución del poder,
lo es de la Ciencia el arbitrio.*

El Amor es el que logra la armonía de la unión, dejando a los Elementos “ufanos y enriquecidos”, adornados con nuevos dones. Igualmente, después, en la descripción que sigue, los parlamentos se distribuyen en tres partes, puestas en boca de cada una de las Personas. El Poder habla de la obra de la creación y su designio de hacer al Hombre su heredero del Imperio terrestre; de la rebelión de los ángeles —por este motivo— y su vencimiento. Al prever lo que había de hacer el Hombre, la Sabiduría se adelanta y continúa la narración —“... Yo sé que todas las ciencias...”—, para indicarnos la caída en el pecado de origen. También ahí, al ir a indicarnos la obra de la redención, por conmiseración ante las desdichas del Hombre en desgracia, vuelve a cortarse el relato, dramáticamente, para entrar en juego el Amor, que da la solución al problema. Remata la escena con las nuevas palabras del Poder y la admisión del Heredero por los Elementos. Así, lo que antes habían sido largas descripciones en boca de un personaje —lo mismo en la comedia que en el primer auto— se matizan con gran profundidad teológica y dramática, para dar lugar a una escena variada, dentro de su solemne gravedad trascendental, y de gran potencia poética e ideológica. Con mucho mejor sentido de lo exacto en los conceptos, el ayo que se designa para el Hombre es su Entendimiento (el equivalente del Clotaldo remoto). La dualidad entre él y el gracioso, el Albedrío, aparece patente al presentarse ambos al Hombre en la “prueba” del paraíso terrestre:

HOMBRE. Saber de los dos intento
 quién sois en servicio mío.
 ALBEDRÍO. Yo soy tu libre albedrío.
 HOMBRE. Y tú, ¿quién?
 ENTEND. Tu entendimiento.

El Entendimiento aparece como viejo venerable, según se indica en la continuación de este mismo diálogo, en contraste con la joven ligereza frívola del Albedrío:

HOMBRE. ¿Cómo el primer día tan cano
 estás?
 ENTEND. Este es claro indicio
 de que las canas del juicio
 amanecen más temprano
 que las del poco saber.

La escena del pecado original se matiza con aguda insistencia, culminando en el momento en que, después de rogar el Entendimiento al Hombre de rodillas, éste, loco de furia, lo arroja por un peñasco, lanzándose inmediatamente tras la fruta de la prohibición. El Albedrío, aunque continúa con el papel de gracioso, tiene rasgos mucho menos exagerados que en el primer auto, sin desentonar de la poética majestad de toda la obra. Sus pequeños toques irónicos sirven para aflojar la tensión poderosa de un drama de pensamiento sin distraer demasiado de la tesis central.

A diferencia de la posición algo borrosa de los enemigos del Hombre en el primer auto, reducidos a la intervención de la Sombra, aquí surge de nuevo el rival del protagonista, más esencial aún que Astolfo respecto a Segismundo. Lo es el Príncipe de las Tinieblas, que aparece en escena llamado por la Sombra. Así, los dos personajes negros, aviesos —figura masculina y femenina—, como señor y criado, se colocan al lado izquierdo del heredero del mundo para fraguar su perdición. Su apari-

ción en las tablas tiene lugar en incisivo contraste con un himno de *Benedícite* entonado por los Elementos. Para conseguir el autor el mejor efecto hasta en las formas externas, recurre en la escena de la Sombra y el Príncipe diabólico al empleo de los versos en rima aguda —aquí silvas— que ya había asociado a escenas de terror o de odio, como en las octavas de *La cena de Baltasar* pronunciadas por la Muerte, o el comienzo de *El pleito matrimonial*, diálogo entre la Muerte y el Pecado. La silva aguda también se amoldó a escena de odio y miedo, inseparablemente unidos en la situación del hombre poseso en lucha con el espíritu infernal, con que se abre la parábola escénica de *El diablo mudo*. La culminación de la parte dramática de estas figuras tiene lugar, naturalmente, en la escena de la tentación y caída del Hombre. Calderón, aquí, como en todos los autos de su madurez, deja suficientemente en claro, siguiendo la doctrina de Santo Tomás, que la esencia del pecado de origen residió en la soberbia con que quiso igualarse el primer Hombre a Dios:

SOMBRA. (*Al Hombre.*)

Como esta dorada poma:
si una vez su sabor gustas,
verás que no solamente
en ti mis ciencias infunda,
pero que inmortal te haga,
para que no puedas nunca,
igualándote al poder
del Rey, perder desta augusta
majestad la acción...
¡Come, y como el Rey serás
eterno edades futuras!

Queda bien en claro que la materialidad de comer el fruto es algo secundario en la malicia satánica del pecado de orgullo, aunque Calderón, con intuición finísima, no deja la ocasión de

señalar la participación de los apetitos inferiores en la comisión de la culpa:

HOMBRE. Mucho me ofreces, y mucho
de la poma la dulzura
brindando está al apetito.

Calderón, que conoció, sin duda, las teorías de San Agustín—en muchos autos se revela claramente agustiniano— y de San Anselmo sobre el concepto del pecado original, se atuvo sabiamente al sentido sintético de la interpretación tomista en todos sus aspectos. Si un personaje femenino es la Sombra, necesario en la Culpa, incluso para recoger en algún momento el papel de la Eva del “génesis”, el otro lo es la Gracia, que lleva el nombre y símbolo de “la Luz”.

Los cuatro Elementos, en vistosa escenificación, revelada desde la *Memoria de apariencias* de la obra, constituyen el elemento decorativo a través de la acción, y con matizaciones e intervenciones musicales que superan con mucho su adivinadora posición del primer auto. Por la aludida *Memoria de apariencias* venimos en conocimiento que las cuatro figuras las representaban mujeres. En primer lugar, al abrirse los carros el efecto plástico es sorprendente. Los cuatro carros tienen la forma de globos. Al abrirse, por medio, cada uno de ellos, queda ante el espectador un fondo o paisaje en relación con cada uno de los Elementos. Así, en el primer semiglobo había bosques y animales, estando “lineado como mapa de esfera terrestre, y entre sus líneas cuajado de rosas y flores, *lo más hermoso que se pueda*”. La Tierra, figura femenina, aparece cabalgando “en un león corpóreo”. El segundo ofrece, en pintura, su primer cuerpo “de nubarrones y estrellas”, y su globo lineado como esfera celeste, con signos e imágenes del Zodíaco, y todo con resplandores; el Fuego cabalga en una salamandra de relieve. La pintura del tercero era “color de mar, cuajado en ondas cerúleas,

todo de diversos pescados". El Agua cabalga en un delfín. Y en el último, la pintura alude a la atmósfera, con diversos pájaros. El Aire monta sobre un águila. Cada medio globo descansa sobre dos columnas. En el de la Tierra representaban dos árboles; en el del Fuego estaban pintadas con pirámides ígneas; en el del Agua, de "ovas, conchas y corales", y en el último, como "dos bichas" o culebras, seguramente enroscadas a los fustes, en aire de columnas salomónicas, que rematarían en dos figuras de aves. El efecto visual había de ser magnífico. Las cuatro figuras de mujer, cabalgando sobre diversos animales, correspondían a la plástica de la época. Por ejemplo, en la Catedral de Toledo hay cuatro esculturas de plata, representando las cuatro partes del Mundo, en que en cada una hay una mujer cabalgando sobre un animal que corresponde a la fauna de cada región geográfica. Calderón emplea esta misma forma para personificar a Europa, Asia, Africa y América en su auto *La Semilla y la Zizaña* (1).

Tenemos, pues, como el primer efecto de las cuatro figuras decorativas, este magnífico fondo estético. Inmediatamente comienza la parte dinámica, de danza ágil y de sentido musical, en la que estos personajes aparecen a través de todo el auto. Las cuatro mujeres se apean de los cuatro animales simbólicos, y asidas de una corona de laurel —como en el primitivo auto—, luchan por poseerla. Las voces de Poder, Sabiduría y Amor para ordenar lo discorde de esta pelea van acompañadas de música. A sus palabras trascendentales los Elementos contestan con música también, entonando un *Benedicite*. Tras el hondo diálogo, antes mencionado, de las tres Divinas Personas, vuelven las cuatro mujeres alegóricas al canto de bendición, hasta la, también antes aludida, aparición de la Sombra. Cuando el

(1) Sale en el primer carro Asia, vestida a lo judío, en un elefante; en el segundo carro, Africa, en un león, vestida de moro; en el tercer carro, Europa, a lo romano, sobre un toro; en el cuarto carro, América, sobre un caimán, a lo indio.

Hombre va a entrar en el Paraíso terrestre anuncian, primero, y desarrollan en escena después, la música y los Elementos la invitación citada a propósito del auto primero. Ellos le visten, ofreciendo los objetos del primer texto, pero en escena en que todo tiene una significación alegórica, en conexión con la tentación y el pecado. La Sombra y el Príncipe, en el jardín, tratan de inficionar cuanto se ofrece al Hombre; pero se retiran ante los vislumbres de Cristo o María, significados en las investiduras y presentes de los Elementos ante el Hombre. Así, cuando el Agua ofrece el espejo, aunque Satán incita a que la Culpa (o Sombra), como basilisco, envenene la vista, esto no puede realizarse, porque hay “en el cristal un rasgo, viso o figura de un espejo no manchado”. En la espada hace vacilar a los Enemigos la cruz de su empuñadura; en las plumas del sombrero, el recuerdo profético de un “ave llena de gracia”, así como en las flores el pensamiento de “una cándida azucena”. Entonces es cuando la Sombra coloca el veneno en el fruto del árbol prohibido. En el momento de la caída original, los Elementos tratan de oponerse al pecado y, tras él, se sienten perturbados y víctimas de un terremoto que denuncia cómo se ha roto la armonía de la creación:

FUEGO. Es que mis rayos se anublan.
TIERRA. Que se estremecen mis montes.
AGUA. Que mis cristales se enturbian.
AIRE. Que mis vientos se embravecen.

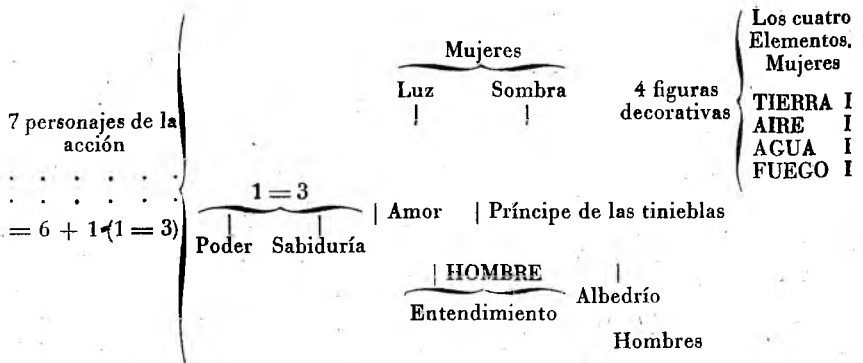
Tras lo cual se vuelven amenazantes al pecador, a la vez que en quejas de lástima, a las que responden las Personas de la Trinidad. Con música cantan un tono lúgubre, llevándose en brazos al Hombre dormido en la culpa. A su vez, son los Elementos, que dejan al Hombre en su prisión y vestido de pieles. Al final, y después de la obra de la Redención, realizada por la Sabiduría, o sea el Hijo, van apareciendo, para la escena de apo-

teosis final, los cuatro Elementos, suministrando la materia de los Sacramentos. El Agua, "con una concha", ofrece la materia del Bautismo; la Tierra, con espigas, la de la Eucaristía, juntamente con el Aire, que alude a las palabras de la Consagración, mientras que el Fuego se ofrece como símbolo del Santo Espíritu y del Amor. Termina la obra con el canto de los Elementos:

*En Aire, Agua, Fuego y Tierra,
concha, espiga, voz y afecto,
tiene, goza, incluye y sella,
gracia, venia, amparo, asilo,
piedad, refugio y clemencia,*

mientras que la música repite el *Gloria in excelsis Deo*. No puede darse un sentido más cerrado y completo, cíclico, del valor decorativo de la cuatro figuras.

He aquí el cuadro de la agrupación de todas las figuras del segundo auto:



LA IDEA DE LA EVOLUCION Y LA BIOLOGIA MODERNA

POR

N. HERIBERT NILSSON

I

EL PROBLEMA DE LA FORMACION DE LAS ESPECIES DESDE DARWIN

BUSCANDO Darwin una explicación del desarrollo orgánico, para el progresivo desenvolvimiento que va desde los organismos unicelulares hasta el hombre, la encontró en tres factores: variación, herencia y lucha por la vida. La *polimorfia* de las especies vegetales y animales fué descubierta por él en una investigación acerca de diversas especies pertenecientes en su mayor parte a los animales domésticos y a las plantas cultivadas. Como quiera que las distintas variedades de una especie, producidas exactamente bajo las mismas condiciones externas, no pudieran igualarse, vino a servir este hecho como prueba de que las diferencias observadas eran hereditarias. Y, finalmente, pudo Darwin aportar la prueba de que una gran cantidad de organismos se producían hereditariamente cuando se daba la posibilidad

de su sustentación. Con esto se produciría también la ruina y al par la eliminación de los menos aptos, mientras que sobrevivían los mejor adaptados. De este modo tendría también lugar un desarrollo ascendente en dirección hacia una organización cada vez más elevada y perfecta por medio de la selección natural. Esta serie de pruebas parecían convincentes y sólidas.

Ahora bien; si queremos dar pruebas estrictamente científicas en esta materia, pronto encontraremos que esta imagen del desarrollo orgánico tiene un punto flaco que, por otra parte, no ha evitado el propio Darwin. El punto a que aludimos es el siguiente: ¿Cómo se forman en general las variedades? Existen, pero ¿cómo pueden, en general, aparecer nuevas variedades? ¿Cómo, si son constantes, pueden formarse nuevas variedades? Únicamente pueden variar, sin embargo, cuando ya ha tenido lugar una evolución o desarrollo. *Herencia y variación parecen encontrarse la una frente a la otra en un conflicto insoluble.*

Cuando Darwin quiso evitar esta dificultad volvió, desde su propia teoría de la selección natural, a un punto de vista que ya su predecesor en la teoría de la evolución, Lamarck, había encontrado. Lamarck, en efecto, había enseñado una teoría de la evolución fundada en las condiciones externas de la existencia. El medio imprime su sello en el organismo y éste, a su vez, se adapta al medio. Los caracteres adquiridos se transmiten. Aquí está la causa del cambio.

De este modo Darwin, que al principio creyó que el medio ambiente no representaba ningún papel en el proceso evolutivo, vino, al fin, a caer justamente en brazos de Lamarck. Elaboró, en su consecuencia, una teoría que es llamada *teoría de la pangénesis* de Darwin. Según esta teoría, existe un portador de la herencia, el *pangene*, que, por medio de la sangre, se transmite a los órganos reproductores y a las células sexuales. Aquí tendríamos la explicación de la herencia. Por lo tanto, cuando un órgano determinado, bajo el influjo de las cambiantes condiciones

externas, se transforma haciéndose más fuertes sus funciones y logrando mayor desarrollo, aumentan y se multiplican sus *pangenes* y se transmiten también a las células sexuales en esta multiplicada forma. Así, se origina una nueva variedad. Consecuentemente los caracteres adquiridos son también hereditarios, según Darwin.

La polémica se agita siempre, desde Darwin, en torno a esta cuestión: ¿Son realmente hereditarios los caracteres adquiridos, o no? ¿Dependen las variaciones y, por tanto también, la evolución, de las condiciones externas?

Después de prolijas e ingeniosas disputas a todo lo largo de los últimos cuarenta años del siglo XIX, en las que llevaron la voz cantante Nägeli, Weissmann y Haeckel, se busca, con ayuda de los experimentos, una respuesta que no se puede alcanzar con sólo discusiones.

El primero que dió un paso decisivo en esta dirección fué el propio Francis Galton, primo de Darwin, famoso estadístico y cultivador de la Eugenesia. Galton argumentaba que, si la teoría de Darwin fuera cierta, sería posible hallar en la corriente sanguínea los *pangenes* que ésta llevara y trasvasarlos de un individuo a otro. Con tal propósito hizo transfusiones de sangre de un conejo negro a uno blanco. Este conejo blanco fué apareado con otro asimismo blanco y no sometido a operación alguna. Se hubiera podido esperar que la descendencia fuera negra o mezclada. Pero éste no fué el caso. La descendencia fué blanca, de donde Galton dedujo que la teoría darwiniana de la *pangénesis* tenía que ser falsa. Aunque este experimento no sea decisivo, tiene, sin embargo, gran interés por ser el primer intento digno de nota para solucionar experimentalmente el problema de la variación.

Pero el que principalmente dirigió el estudio de la formación de las especies por nuevos caminos, poniéndolo sobre ancha base experimental, fué Hugo de Vries. Antes de él nadie lo había te-

nido por posible. Se tenía el desarrollo orgánico por un suceso histórico de tan parsimoniosos precedentes, que no parecía fuéramos capaces de seguir sus efectos revolucionarios, ya que nuestra vida no es lo suficientemente dilatada para ello. Buen ejemplo de esta actitud mental son las siguientes palabras de Lamarck: "Si nuestra vida durara aún menos de lo que dura, si tal vez sólo fuera de algunos segundos, entonces tendríamos la manecilla del minutero por inmóvil y no bastarían las observaciones de sesenta generaciones para convencernos de que se mueve." De aquí se seguía, lógicamente, que la prueba del proceso evolutivo solamente debía buscarse en el conocimiento histórico que se refiere a la estructura y distribución de los organismos y a su sucesión en los yacimientos geológicos. Hugo de Vries probó, por el contrario, que la formación de las especies puede tener lugar actualmente ante nuestros ojos.

El punto de vista de sus experiencias fueron ciertas afirmaciones halladas en la literatura científica acerca de la existencia de diversas e importantes variedades nacidas dentro de una misma especie por modo totalmente repentino. El mismo Darwin, que, por otra parte, opinaba que las nuevas variedades sólo de un modo gradual y muy tenue se van diferenciando de la especie originaria, citó ya algunas variedades de la clase mencionada, que él llamó variedades singulares —*single variations*.

Teniendo esto en cuenta cultivó Hugo de Vries, en el Jardín Botánico de Amsterdam, algunas especies vegetales en gran cantidad, llevado del propósito de probar experimentalmente la formación de nuevas especies. En un caso, el de la *Oenothera lamarckiana*, el resultado llenó sus esperanzas. De un cultivo de unas 100.000 plantas de la especie original nacieron hasta una docena de nuevas variedades. Se formaron estas variedades repentinamente, constituidas en todos sus órganos y partes de un modo claramente diferente de la especie original, sin enlace con ella a través de forma intermedia alguna, y, en ge-

neral, con un carácter fijo, acabado y constante. Constituían nuevas especies muy sorprendentes, nacidas como a saltos, o, como él dijo, por mutación. En cuánto al tipo, eran totalmente diferentes unas de otras. Una forma tenía flores gigantescas, otra aparecía enana, mientras que otra estaba provista de grandes capullos blancos, al par que su tallo era tan fino que la copa colgaba. Una forma tenía el tallo rojo y rojos los capullos y las ramas tan quebradizas que se rompían como agujas de cristal si se las tocaba bruscamente. Las variaciones tuvieron lugar en todas direcciones, sin una fija. Como quiera que todas estas especies, en gran parte diferentes unas de otras, habían nacido en el jardín de experimentación de De Vries y exactamente en las mismas condiciones, no pudo achacarse su formación al medio. Por lo tanto, no podían presentarse como prueba de la transmisión de caracteres adquiridos. De hecho, Hugo de Vries negó también, en general, la posibilidad de una tal transmisión de caracteres. Según su opinión, la formación de las especies no tenía lugar por medio de un lento proceso de adaptación, sino más bien surgía bruscamente a consecuencia de una eclosión debida a un impulso interno, previa la asimilación de las sustancias terrestres circundantes.

La teoría de las mutaciones de Hugo de Vries apareció como una poderosa prueba en favor de la primitiva teoría darwiniana de la selección natural. Sin duda que solucionaba algunas dificultades de aquella teoría. Darwin se había hecho la idea de que la evolución se realizaba a través de una serie gradual y continua de variaciones. Frente a esta idea se había levantado la objeción de que una evolución desde la *ameba* hasta el hombre en tales circunstancias requería un lapso de tiempo tan inmenso que no podía ser llenado por las edades geológicas de la tierra. Ahora bien; estas nuevas variaciones bruscas cambiaban totalmente la situación en su conjunto. Para dar un ejemplo típico del optimismo con que De Vries y muchos otros con él mantenían, a comien-

zos de siglo, la teoría evolucionista, citaré tan sólo su cómputo del número de mutaciones que él calculaba necesarias para el total proceso evolutivo. Había hallado que de todas las especies por él puestas a experimentación únicamente la *Oenothera lamarckiana* era mutable. Pero, ¿cuánto habría durado el período de tiempo transcurrido entre dos ondas consecutivas de mutación? En las antiguas sepulturas de las pirámides de Egipto se habían encontrado restos de plantas que representaban las especies vegetales existentes en aquel tiempo y que aún hoy crecen en aquella comarca. Por lo tanto, estas plantas no habían cambiado en el espacio de casi cuatro mil años. En este espacio de tiempo vió De Vries el valor mínimo de un intervalo mutacional. El único dato que era ahora preciso conocer era el de la duración de la existencia de la vida en la Tierra. Según los cálculos de lord Kelvin, ésta se apreciaba en 24.000.000 de años (al presente se valora esta duración en un número considerablemente mayor). Una simple división nos daba, por tanto, el número de los períodos mutacionales, que fueron, en su consecuencia, calculados en 6.000. ¡Según De Vries, todo el proceso evolutivo había tenido lugar en 6.000 cambios mutacionales!

Mas este nuevo florecimiento de la teoría de la evolución no se mantuvo por muchos años, pues al mismo tiempo que un hermano de leche —la teoría de las mutaciones—, había criado De Vries un hermano adoptivo —el mendelismo—. Y este hermano adoptivo se desarrolló muy rápidamente. Perteneció De Vries a aquella clase científica a quienes el descubrimiento de Mendel arrebató más. Aquel descubrimiento fué de tal naturaleza que vino a poner el problema de la formación de las especies en una base totalmente diferente. En efecto, nos vino a enseñar que el individuo está constituido por unidades hereditarias, o, como en el entretanto se dijo, por *genes*, que son tan esenciales y tan invariables como los átomos de la química. Se vino a pensar que *si dos individuos poseen unidades hereditarias diferentes,*

entonces estos genes no pueden fundirse en un nuevo gene en la descendencia, del mismo modo que dos átomos no pueden fundirse en un nuevo átomo. Cuando dos variedades distintas se entrecruzan tiene lugar, en la descendencia, en vez de una completa mezcla de las sustancias heredadas de los antepasados, solamente una nueva combinación de sus genes, que quedan libres e independientes, combinación que ocasiona la formación de las nuevas variedades. Los descendientes son distintos de sus padres porque cada uno de los caracteres separados o genes de los últimos se reagrupan de modo diferente en cada nuevo descendiente. De esta manera el número de variedades que pueden nacer es una función pura del número de diferentes caracteres existentes en los padres. Cuando los padres se distinguen por dos caracteres pueden solamente formarse dos nuevas variedades. Pero si los caracteres diferentes son diez, pueden llegar a formarse no menos de 1.022 nuevas variedades, que cada una se distingue de los padres en un cierto carácter, mientras que si los caracteres diferentes fueran 20 se podrían formar variedades hasta un número superior al millón. *La grandeza del descubrimiento de Mendel estriba en que ha puesto fin al conflicto, en apariencia insoluble, entre la herencia y la variación, entre la fuerza conservadora y la creadora en la formación de las especies.* Ahora bien, ¿de qué depende la herencia? Descansa, sin duda, en la transmisión de una determinada unidad hereditaria, de un determinado gene, a la descendencia. ¿De qué depende la variación? Simplemente de la reagrupación de los genes paternos y maternos.

El mendelismo nos lleva a un mundo de ideas totalmente nuevo. Las formas de variabilidad, que Darwin y sus secuaces creyeron habían nacido *unas tras otras y unas de otras en el transcurso del tiempo a modo de una cadena variacional*, no pueden formarse tan incondicionalmente. Pueden en un momento aislado, y esto es lo cierto, *formarse*, por miles y millones,

como una gran esfera de variantes, *del cruce*. Se las puede clasificar de acuerdo con el tipo originario en una serie variacional, pero no se han formado precisamente en este orden serial. Nosotros clasificamos todas las cosas según sus semejanzas, pero semejanza no quiere decir por sí mismo prueba de *evolución semejante*, sino, solamente, *de semejanza constitucional*. En su consecuencia, el mendelismo ha solucionado el problema de la variación, así como el de la herencia, pues al mismo tiempo sus resultados son para la teoría de la evolución parecidos en sus efectos a los de un bloque de rocas que cayera en medio de una corriente. El resultado capital del descubrimiento de Mendel es éste: los *genes* son constantes..

Mas al solucionarse el conflicto entre la variación y la herencia surge un nuevo conflicto entre el mendelismo y la evolución. Pero, ¿acaso es éste un conflicto realmente serio?

Con ello no hemos aún alcanzado el punto realmente crítico. Queda todavía la posibilidad de que puedan formarse nuevas unidades hereditarias, nuevos *genes*. Pero, ¿cómo puede esto acontecer? Por mutación. Necesitamos, por lo tanto, volver sobre este fenómeno de la variación y tomar en cuenta los resultados de la investigación desde los tiempos de Hugo de Vries.

No ha sido la *Oenothera lamarckiana* la única especie conocida por sus mutaciones. Se han encontrado variedades formadas por mutación brusca en innumerables plantas y animales. La mutación, además, alcanza a los más diversos caracteres. Pero las alteraciones no son siempre tan grandes como en la *Oenothera*; a menudo lo son mucho menos. Así ocurre, por ejemplo, en la planta de la avena negra común, en la cual solamente cambia, haciéndose blanco, el grano. Pero en otros casos nacen plantas cuya aparición semeja totalmente a la avena loca —*Avena fatua*—. En ocasiones alcanza la alteración no solamente a la apariencia externa de la planta, sino también a su economía interna. Un investigador norteamericano, Eysler, encontró en una

mutación aislada del maíz que ésta se desmedraba perdiendo tamaño y palideciendo su coloración verde. Una asombrosa propiedad de esta variedad mutante consistía en que trasudaba constantemente por la punta de sus hojas unas gotas líquidas, y, lo que aún era más digno de notarse, que estas hojas eran muy a menudo visitadas por las moscas. Una vez analizado el líquido, se encontró que estaba formado de una solución dextrógira. Aquellas plantas eran incapaces de emplear para su crecimiento el azúcar formado en el proceso asimilativo. El carácter mutacional consistía, por tanto, en que la planta se había vuelto diabética. Y de hecho murió diabética en menos de un mes. En este caso la mutación se había hecho peligrosa. De modo semejante se han hallado especies vegetales mutantes en las cuales se había perdido la capacidad clorofílica. Ahora bien; como esta función clorofílica es necesaria para el mantenimiento de la vida, estas plantas mueren en cuanto han agotado todo el material de reserva alimenticia de que estaban provistas en sus semillas. En las plantas de trigo en las que ocurre esta carencia de función clorofílica puede prolongarse la vida algunas semanas; en el haba caballar, que tiene una semilla notablemente gruesa, pueden alcanzar el período incluso de la floración, pero nunca se alcanza en estos casos el estadio de la formación de las semillas, y, por lo tanto, nunca se llega a producir ninguna clase de descendencia.

La presentación de mutaciones no sólo se ha observado en las plantas, sino también en los animales. Al presente la especie cuya mutabilidad es más conocida y que ha sido mejor investigada es la pequeña mosca *Drosophila melanogaster* —mosca del vinagre—. Este conocimiento lo debemos al premio Nóbel T. H. Morgan y a sus infatigables colaboradores, que han realizado un importante trabajo, tanto intensivo como extensivo, de investigación en el estudio de la herencia en este pequeño insecto. Desde los comienzos de su investigación en el año 1910 han cria-

do y estudiado más de 20 millones de moscas. Los resultados correspondieron maravillosamente a este esfuerzo: se hallaron más de 400 mutaciones. También aquí se forman a veces caracteres nuevos poco importantes. En algunos casos las cerdillas aisladas del cuerpo no se han desarrollado, o se han acortado, mientras que en otros casos se han torcido como si hubieran sido chamuscadas. O bien, en casos no frecuentes, el rojo intenso de los ojos se ha transformado en un blanco purísimo. Se conocen quizá 30 mutaciones que todas se dejan distinguir solamente por un ligero matiz del color de los ojos, que va del negro al blanco; pero todos son, sin disputa, estrictamente hereditarios. En otros casos han cambiado de tal modo la figura y disposición de las alas, que han llegado a ser más o menos inútiles, y, en casos extremos, incluso han llegado a desaparecer totalmente, de modo que se forman mutaciones desprovistas en absoluto de alas. En muchos casos está impedido el desarrollo en gran manera, pues se llega a producir variedades mutacionales provistas de abdómenes torcidos y anormalmente desarrollados, o con patas acanaladas y cortas, o con pies que han crecido el doble de lo ordinario. Aparecen también, incluso, mutaciones estériles, sin capacidad reproductora. Pero el suceso más notable consiste en que muchas veces el carácter mutacional, que entonces se llama *letal*, es de tal naturaleza que ocasiona la muerte a su poseedor. Cuando esto ocurre, este *gene* mata ya al mutante en muchos casos, en el estado embrional o en el larvario, mientras que en otros el insecto mutante logra el estadio de crisálida o el de insecto perfecto. En algunos casos crecen abscesos o tumores malignos sobre todo el cuerpo del joven gusano. Solamente en la *Drosophila* conocemos hasta 60 *genes letales* que tienen efectos mortales.

También se presentan formas de variaciones que parecen no poder ser clasificadas según las leyes de Mendel. Se las tiene por formaciones nacidas espontáneamente, ya a causa de una repentina alteración de los *genes*, ya a causa de un cambio en los ele-

mentos del núcleo celular portador de los genes, en los cromosomas. Ahora nos encontramos aquí con un factor regenerador totalmente nuevo que interviene en la variación. Y, por lo tanto, nos encontramos con nuevas posibilidades respecto a la evolución.

Pero —y he aquí otra vez un nuevo “pero”— no basta en modo alguno que puedan originarse mutaciones. Necesitamos, además, estar completamente seguros, primero, de que, en efecto, estos cambios de los genes son la causa, y, segundo, de que estos cambios progresan en un sentido positivo, esto es, en dirección de la evolución.

Ahora bien, nuevas investigaciones nos han traído la prueba decisiva de que en muchos casos no se puede atribuir las mutaciones a cambios en los genes. Esto ha ocurrido, a la verdad, de un modo inesperado y casi fantástico. Se ha encontrado que determinadas variedades poseen una como doble naturaleza, por así decirlo. Se las ha llamado *quimeras*. Nuestra *Pelargonía* común, por ejemplo, posee variedades de esta clase. Sabido es que se distingue por sus hojas pintarrajeadas. Cuando estudiamos anatómicamente una planta cuyas hojas se han vuelto blancas, encontramos que la envoltura celular externa es blanca, o que está formada de células blancas; pero que, sin embargo, los tejidos interiores siguen siendo verdes. La impresión total que hace la planta es como si un núcleo de tejidos verdes estuviera recubierto por un manto blanco. Por ello se ha llamado a estas variedades *quimeras periclinales*.

En muchos casos sucede también que aparecen en estas plantas junto a las hojas blancas —por mutación— ramos con hojas completamente verdes. Se creyó al principio que se trataba con ello de una mutación que afectaba al botón foliar de las hojas; pero después que hemos aprendido a conocer la naturaleza de estas plantas, se hace preciso explicar este fenómeno de otra manera. Las yemas están situadas en el tejido verde interior. Y su-

cede que muchas veces al brotar no empujan consigo, como suelen hacerlo de ordinario, el manto blanco que las rodea y en el cual aparecen envueltas. En tales casos el brote aparece exclusivamente constituido de tejidos verdes.

Si la *quimera* está compuesta de dos dispositivos diferentes, ya perceptibles por el color, y, por lo tanto, fácilmente distinguibles, como en el caso precedente, entonces se hace fácil descubrirlos. Pero en otros casos, cuando los caracteres observados solamente ocurren en una parte de la planta, hácese más difícil aclarar el asunto. En aquellos casos en que el manto es grueso y la parte nuclear yace tan profunda que los brotes salen totalmente rodeados del manto, ocurre que la naturaleza quimérica de la planta permanece oculta, a menos que una casual herida de la planta ocasione un origen más profundo de los brotes en los tejidos que el ordinario. En efecto, investigaciones puramente experimentales han mostrado en estos últimos tiempos que existen *quimeras* de esta clase ocultas, que han sido llamadas *criptoquimeras*. En ellas han ocurrido variaciones que eran anteriormente conocidas como mutaciones bruscas insólitas. Una investigadora rusa, T. Asseyeva, ha provocado, separando las yemas en una patata, el nacimiento de nuevos brotes que yacían más profundos que de ordinario en el tubérculo. De este modo obtuvo de una conocida variedad llamada "Wohtmann", que tenía tubérculos rojos, una variedad blanca. Todo esto se conocía antes como mutación espontánea. Valiéndose todavía del mismo método, obtuvo ella, más tarde, una serie completa de nuevas variedades, algunas de las cuales le eran conocidas como mutaciones.

De Moll, investigador holandés, ha logrado igualmente un cierto número de nuevas variedades lesionando la cebolla del jacinto, variedades que antes eran bien conocidas como mutaciones. El mismo alcanzó idénticos resultados utilizando los rayos X para producir una perturbación en el tejido de la cebolla.

Se podría tal vez objetar que en todos estos casos había cambiado todo el vástago, mientras que en las mutaciones solamente las células germinales, también las sexuales, eran las que sufrían la mutación, en general, y que esto es evidentemente algo distinto. Pero no es así. Pues también las hojas son vástagos, y cuando estos vástagos efectivos se perforan, entonces se cambia también, en todo o en parte, la célula sexual que de ellos se forma.

En estos últimos tiempos han levantado gran polvareda los experimentos que el investigador norteamericano Müller ha llevado a cabo en la *Drosophila*, logrando en ella nuevas mutaciones por medio de los rayos X. También en la *Drosophila* se conocen *quimeras* —de las llamadas *quimeras en mosaico*—. Incluso no son raras, y es muy verosímil que también en este caso sean los rayos los causantes de las perturbaciones en los tejidos, las cuales, como en el jacinto arriba mencionado, llegan a hacer patentes los dispositivos quiméricos ocultos. Mas no parece posible que podamos llegar a causar en la Naturaleza un proceso de mutación por medio de los rayos radiactivos, ya que éstos no los manejamos en la medida en que sería preciso para producir mutaciones experimentalmente. *Actualmente es imposible decir cuáles de las mutaciones conocidas son causadas por diferenciaciones quiméricas y cuáles por una transformación real de los genes.* Pero aun en el supuesto de que en cada caso haya alguna espontánea mutación de los *genes*, todavía quedarían algunas cuestiones pendientes que exigen respuesta. Tales cuestiones son: La mutación de los *genes*, ¿corre en una dirección positiva? ¿Producen una evolución selectiva?

Por lo que atañe a la primera cuestión, existe un hecho digno de notarse. Un enorme número de todos los mutantes no han adquirido un carácter nuevo a causa de la mutación, antes por el contrario, han perdido un *gene* de la especie materna. Son mutantes que pierden. Ahora bien; si la evolución quiere fundarse en tales mutantes, se hace preciso suponer que la más elevada

diferenciación y evolución está ligada a la pérdida de *genes*. Como consecuencia de todo ello sería preciso que la *Ameba* poseyera un número considerablemente mayor de *genes* que el Hombre; pero nadie querrá conceder estas premisas y sus consecuencias, pues entonces serían los vertebrados solamente *Amebas* hereditariamente venidas a menos.

Solamente un pequeño número de mutantes parecen ser los enriquecidos con un nuevo *gene*, y estas positivas formaciones nuevas representan a los mutantes progresivos. Así, por lo que a éstos se refiere, hay una inquisición que hacer de vital interés; consiste en la siguiente pregunta: ¿Poseen estos mutantes un valor selectivo que las permita no solamente mantenerse en la lucha por la vida, sino también suplantar a las especies paternas?

Hemos de reconocer que, por lo que a la capacidad vital se refiere, los mutantes están pobremente armados. No menos de 60 de las 400 mutaciones de la *Drosophila* tienen como carácter nuevo aquel que las conduce a perecer. Tanto las carentes de función clorofílica como las diabéticas, entre las plantas, y asimismo entre las moscas aquellas que poseen alas inútiles o patas partidas, están condenadas a una rápida desaparición. Pero incluso las mutaciones que se desvían escasamente de sus progenitores tienen una constitución débil y una vida más corta que aquéllos. Es sabido, y lo prueban los hechos, que las mutaciones de la *Oenothera* y de la *Drosophila* no existen en la Naturaleza. Es verdad que se presentan aquí y allá ocasionalmente y que pueden encontrarse casualmente, pero son rápidamente eliminadas y no pertenecen en modo alguno a las formas que normalmente componen la especie, y mucho menos son capaces de suplantar a sus progenitores. *Aparecen simplemente como variaciones incapaces de persistir en la vida, que en circunstancias favorables de cultivo podemos obtener; mas son formas que la naturaleza se encarga de hacer desaparecer rápidamente, sin dejar huellas tras sí.* Y esto es exactamente igual

para las mutaciones en que aparecen caracteres dominantes como para aquellas en que desaparecen los recesivos. Como regla puede valer: *cuanto más divergente es la mutación, tanto menos capaz de vida.*

Es más que difícil fundar una evolución a base de mutaciones. Sería algo así como lanzarse a una mar tempestuosa en una cáscara de nuez.

Debemos añadir que en los últimos treinta años no ha sido posible mostrar, en esta cuestión del nacimiento de las especies, que una variación lograda por mutaciones sea capaz de mantenerse en la lucha por la existencia. Si, además, no se ha logrado probar una adaptación progresiva por medio de la herencia de propiedades adquiridas, ya que todos los muchos experimentos realizados en esta dirección han fracasado, nos vemos forzados a concluir que *la teoría de la evolución, en lo que se refiere al origen de las especies, no puede corroborarse por medio de una investigación experimental.*

Tampoco se está al presente inclinado a prestar oídos a un resultado como éste, del mismo modo a como se estuvo dispuesto hace setenta años a aceptar el concepto de evolución orgánica. Tal opinión se tendría simplemente por irracional y sin objeto. Pero, se dice, la teoría de la evolución es justa y más que justa, está probada en su aspecto histórico. Pero, ¿estamos seguros de que lo que surge ante nuestros ojos, cuyo incremento, sin embargo, no hemos visto, poseyó una vez, realmente, una poderosa fuerza incremental? ¿Estamos completamente seguros de que la evolución es un suceso natural como el desarrollo de un organismo desde la semilla hasta convertirse en un árbol frondoso y florido? ¿No podría acontecer que la evolución fuera solamente un vistoso edificio que hubiéramos levantado nosotros mismos poniendo piedra sobre piedra y que ahora, acabado y como cualquier edificio, fuera cosa muerta? No puede de ninguna manera ser un suceso que haya acontecido en la naturaleza y cuyos efectos aún

hoy perduren. Es ésta una cuestión con la que tenemos, queramos o no, que enfrentarnos: lo exige la situación. Ahora bien, como científicos no podemos darnos por contentos con un *credo quia absurdum*. Pero, ¿no podría la Biología pasarse sin la idea de la evolución? En aquella rama de la ciencia que es mi especialidad, en la Sistemática, ¿no es dónde la doctrina de la evolución es una piedra angular? En efecto, así lo decimos. Pero nosotros, los biólogos sistemáticos, clasificamos en realidad solamente según las semejanzas y no podemos afirmar que *semejanzas* quiera decir otra cosa que *semejanzas constitucionales*, esto es, la presencia de los mismos *genes*, *isogenia*, dicho correctamente. Siempre hemos clasificado de acuerdo con la *isogenia*, y en lo futuro nuestras series clasificatorias se atenderán a lo mismo. En este respecto no puede cambiar nada y en ello no hay peligro alguno. Mas si a estas series sistemáticas queremos llamarlas *series evolutivas*, esto no es —*sit venia verbo*— sino una descripción poética de los resultados de la investigación.

Si ahondamos más en la materia veremos que la teoría de la evolución no es seguramente más que el último residuo de nuestra manera de pensar antropomórfica. Cuando Darwin precipitó al Hombre desde su puesto único de Rey de la creación en la serie de la serie de la evolución, le volvió de nuevo a colocar en lo más alto de ella, y todavía Nietzsche esperaba tras del Hombre al Superhombre. El Superhombre de Nietzsche yace destrozado por la Gran Guerra y en tierra, y la evolución de Darwin se ha mostrado sin vida y, lo que es peor probablemente, como una mera ficción. Entonces, ¿qué debe hacer la Biología? ¿Caminamos tal vez en dirección a un nuevo *ignoramus*? De ningún modo. Por el contrario, marchamos en progreso continuo *hacia una Biología como ciencia exacta*. Del mismo modo que la afinidad en Química o en Mineralogía no se funda en el supuesto de que los elementos han nacido por desarrollo unos de otros, desde el hidrógeno al uranio, exactamente de la misma manera no hay necesidad

de que nuestras series afines en Biología se funden en la evolución de la *Ameba* hasta el Hombre. Desde este punto de vista se hace preciso contemplar al Hombre justamente como a cualquier otra especie biológica, como a una esfera de variaciones constantes, limitadas. Punto de vista que no debe olvidar el creador de sistemas prácticos para la vida social humana. De este modo el candente problema social del futuro debe dirigirse más hacia la Estabilidad que hacia la Evolución.

II

LA IDEA DE LA EVOLUCION Y EL MUNDO VEGETAL DEL PASADO

Cuando una nueva gran idea se suscita produce en un principio una corriente de pensamiento que todo lo arremolina en torno. Y, muy naturalmente, levanta también contradicciones. Al ofrecer nuevos puntos de vista se advierte, al par, que abre también nuevos caminos a la investigación. Después de algún tiempo toda la disciplina en cuestión se dirige a un único punto, a saber: a la construcción y perfección del nuevo edificio científico, que se alza como una orgullosa fortaleza en medio de las antiguas construcciones.

De este modo, también la idea de evolución, desde que Darwin la dió vida, ha crecido hasta convertirse en una creación conceptual de gigantescas proporciones. No solamente domina todas las disciplinas biológicas, sino que también ha sido utilizada por las ciencias exactas de la Naturaleza y asimismo, y de modo muy particular, por las ciencias sociales. Con la teoría de la evolución amaneció una nueva edad: la de la libertad del pensamiento. De aquella fortaleza se sacaron las armas para luchar por la evolución social. Poco a poco esta teoría llegó a no necesitar más pruebas científicas, a tal punto que ella misma se acorazó en su propia fuerza conceptual y en sus consecuencias prácticas. Se la llegó a considerar como algo evidente por sí misma. Alcanzó la categoría de axioma.

Si se dice: "Parece que los fundamentos de la fortaleza em-

piezan a socavarse”, se contesta: “Sí, pero ¿se ignora acaso qué papel ha representado esta construcción ideológica y qué papel representa aún?”

Si se añade: “Veo peligrosas resquebrajaduras en los cimientos”, se responderá: “Cierto, pero ¿acaso no reparáis en lo bella que es esta construcción?”

Durante los tres últimos decenios ha aportado la Genética a la investigación de la formación de las especies un rico material. Merced a él se ha visto que los organismos están constituídos por elementos fundamentales constantes. Este descubrimiento derrumba el primitivo concepto de una evolución paso a paso, ya que los factores externos no alteran duraderamente los organismos, como se creía, ni son, por otra parte, hereditarios los caracteres adquiridos. En el caso de que surja una variabilidad se hace preciso que haya cambiado un elemento fundamental, un *gene*, un átomo biológico, como se llama ahora a estas unidades constantes.

¿Acaso no conoce la investigación exacta de la herencia ninguna de tales variaciones? Ciertamente que ya conoce innumerables. Pero todas tienen de común que probablemente no son novedades. Algunas son segregaciones de complicados resquebrajamientos —de agregados compactos—, otras son derivaciones de *quimeras*. Pueden ser producidas experimentalmente, mas no las ofrece espontáneamente la Naturaleza. Como quiera que siempre se derivan de la especie original en un cierto porcentaje, se las ha hecho salir, como de De Vries, de la labilidad de los *genes*, o como de un modo exacto y claro hizo B. Timofeeff-Ressovsky (en la conferencia que recientemente dió aquí, en Lund), de “una inestabilidad estadística de los *genes*”. Pero en uno y otro caso la consecuencia es que son tan viejas como la especie. Por lo tanto, no son algo nuevo.

Ahora bien; si estas mutaciones son antiguas variantes, ¿por qué no se han presentado? Cuando uno se ha ocupado de ellas no

encuentra dificultad en la respuesta. Simplemente tienen menor vitalidad que la especie originaria. Por lo tanto, no tienen ningún poder selectivo. Aparecen y desaparecen, siendo descartadas, en general, de la Naturaleza, y sólo cuando son observadas en un cultivo artificial parecen productos nuevos. Sería más que osado construir sobre ellas un sistema evolutivo. Así es que los resultados experimentales de la formación de las especies no dan pie para ninguna clase de evolución progresiva.

Pero se dirá que una evolución ha podido, en todo caso, tener lugar en el pasado. Sin duda que es muy fácil ordenar una tal evolución en nuestra cabeza, como fué igualmente fácil en otros tiempos suponer una evolución progresiva mientras no le salió al paso ninguna investigación experimental. Una evolución desde la *Ameba* hasta el Hombre es completamente natural, se dice, puesto que el Hombre se desarrolla desde un organismo unicelular. Ninguna dificultad hay en esta idea por lo que se refiere al comienzo y fin de la evolución. Pero ya es más difícil explicar la evolución del *Taraxacum* al *Sonchus*, o al contrario, hacerse a la idea de que no se puede decidir la cuestión cuando se encuentra en estas o parecidas consideraciones que las primitivas y evolucionadas propiedades han disminuído. La consecuencia, entonces, es siempre que ambos géneros han evolucionado desde una forma progenital común. Resolver de este modo el problema de la evolución descarta casi en absoluto toda posible excepción. El número de géneros espontáneos de la familia de nuestras *compuestas* es 56. Para todos ellos tendríamos que admitir, pensando en evolucionistas, una sola forma progenital. Pero aquí no tenemos ninguna seguridad científica.

El material probatorio de la teoría de la evolución se ha construído en gran parte sobre la semejanza entre series, breves o largas, en relación con estructuras externas o internas. De la semejanza concluimos la común ascendencia. Pero semejanza no

puede significar más que parecida constitución. Esto es evidente en una ciencia natural exacta.

Vierte gran luz sobre esta cuestión el eminente descubrimiento que hizo a mediados del siglo pasado Hofmeister acerca de las homologías entre las fanerógamas y las criptógamas. Linneo y otros investigadores posteriores vieron un profundo abismo entre ambos grupos del reino vegetal. Hofmeister señaló de un modo genial la existencia de una serie de transiciones extraordinariamente bellas y continuas, desde el punto de vista embriológico y de la fructificación, entre todas las plantas cormofitas. La serie: musgos, helechos, helechos marinos, cicadáceas, coníferas, angiospermas, mostraba, en lo que se refiere a los cambios generadores y a las sucesivas reducciones del *protalo*, así como en la formación del *arquegonio*, una notable concordancia, de modo que no podía ponerse en duda su íntima intercorrespondencia. En ellas encontramos un parentesco constitucional claramente manifiesto.

Las investigaciones de Hofmeister son predarwinianas. Cuando un par de decenios después surgieron las ideas evolucionistas, se transformaron las series constitucionales definidas en series de derivación. Se afirmó entonces una evolución desde los musgos hasta las angiospermas a través de los citados escalones intermedios. Con la reducción del número de *esporogonios* y con la firme unión del *indusio* se transformó después lo que quedaba del *soro* en un dispositivo seminal. De un modo totalmente sucesivo se formó, pues, como corona de la evolución, el dispositivo seminal. De las plantas con esporas salieron por evolución las plantas con semillas. Y así, de este modo, en ninguna parte del mundo vegetal se encontró una prueba más evidente que en las cormofitas de Hofmeister. Clarísima era, pues, la causa del cambio, el factor impulsor de la transformación. Consistiría ésta en una reducción del *protalo*, la cual fué explicada por una disminución de la humedad durante los sucesivos períodos terrestres.

De este modo se edificaba un árbol genealógico. Pero, ¿es esto probable? Si se entiende como construcción meramente subjetiva, lo es; pero el que sea ajustada a la realidad, no lo sabemos ciertamente. Para decidir la cuestión nos es preciso investigar allí donde deben aparecer los documentos de esta evolución, a saber: en la historia geológica de la Tierra. Los fósiles deben mostrar los rasgos principales de esta evolución. De este modo podemos decidir de una manera enteramente empírica la cuestión.

El estadio más inferior de las cormofitas o plantas con arquegonios son los musgos y, por lo tanto, éstos son los que debiéramos encontrar primeramente. Y puesto que las algas ya aparecen en las formaciones carboníferas, debiéramos esperar que los musgos aparecieran antes. Pero no se encuentran ni en el carbonífero ni antes. Tampoco se encuentran en todo el paleozoico ni en el más antiguo mesozoico. Por primera vez se encuentran atestiguadas en el cretácico. No se sabe, pues, que precedan a los musgos.

Se arguye, empero, que los musgos son productos muy delicados, cuya conservación como fósiles apenas se puede concebir. Esto es tal vez justo, en tanto se trate de impresiones. Pero tenemos en el carbonífero numerosos fósiles de dolomitas en forma de bolas —“coal balls”— (de las productivas capas de carbón), en las cuales se han conservado en perfecto estado pequeñísimos restos vegetales. La posibilidad de la conservación de parte de los musgos es aquí tan grande como la del ámbar en el más antiguo terciario, en el que son abundantes los musgos. Como quiera que los musgos forman mantos que recubren el suelo de los bosques, y también viven epifíticamente, es apenas posible que, en el caso de existir en los grandes bosques carboníferos, no se hayan conservado restos fósiles. De modo que los musgos cuyo origen se piensa como muy antiguo tienen una tardía aparición.

La verdad es que las algas son más antiguas, e incluso se ha

llamado al carbonífero la época de las algas. Parecen, pues, ser muy antiguas.

Durante este siglo ha cambiado mucho el estudio de las plantas carboníferas en relación con la primitiva idea que se habían formado los científicos acerca de estos vegetales. Principalmente se ha señalado que los árboles que fueron tenidos por especies arbóreas de algas nada tienen que ver con nuestras actuales algas, en cuanto éstas son plantas con esporas. Son no sólo muy diferentes, sino que lo sorprendente es que son plantas de semilla. Son plantas de semilla con hojas de algas, son Pteridospermas. La semilla está completamente desarrollada, no se muestra en ningún estadio transicional. Son tan perfectas plantas de semillas como nuestras actuales gimnospermas.

¿Qué significación tiene, pues, la constatación de este notable grupo? Significa que ya en el antiguo paleozoico aparecieron las plantas de semillas. Pero ¡debían ser el miembro final de la evolución! En efecto, pero sólo según nuestras especulaciones. Ahora bien, aparecen innegablemente en el carbonífero, y aun en tiempos más antiguos, ya que se han registrado en el devónico. Y no son ninguna rareza: aparecen en los grandes bosques del hemisferio boreal formando un componente imponente de los yacimientos carboníferos.

Aquellas plantas de semillas, la forma más elevada de la evolución de las cormofitas, que debiéramos esperar por primera vez en el último período terrestre, están ya representadas en el carbonífero. Aquellos vegetales, que sólo después de millones y millones de años y como evolución de otros inferiores debían aparecer, he aquí que ya existían con todas sus perfecciones en el devónico.

Tal vez se objetará que los períodos predevónicos han sido extraordinariamente largos y que, por tanto, debe suponerse una gran duración al desarrollo de las Pteridospermas. Pero esto no es posible, pues en el precedente período silúrico no tenemos nin-

guna planta terrestre, y asimismo ninguna cormofita. Mientras que en los comienzos de la vegetación terrestre hay ya plantas con semillas perfectamente constituídas, iguales a las formas que actualmente viven. La vegetación de aquellas primeras épocas contiene también plantas de semillas.

Nuestras actuales algas podrían servir como formas progenitales de las plantas de semilla. Pero éstas aparecen ya en el Paleozoico contemporáneamente con las algas. Aunque es cuestionable si en el devónico hay algas propiamente tales, no es dudosa la aparición de las Pteridospermas.

Mas constituir una imagen de la evolución con los hechos apuntados no es factible, pues no tiene sentido hablar de evolución de una cosa a otra cuando ambas aparecen contemporáneamente. Y cuando un tipo tenido por altamente evolucionado, como las plantas de semillas, ya existe en el comienzo de la formación vegetal terrestre, no se necesita de manera ninguna una evolución de cientos de millones de años para justificar su presencia actual. Esto es evidente por sí mismo. La mencionada extraña vegetación de las Pteridospermas desapareció en el paleozoico o, a lo más, en el comienzo del mesozoico, después de una innumerable multitud de otros extraños tipos, que al igual de las vegetaciones actuales, pueden repartirse en "superiores" e "inferiores". Se formó una flora terrestre totalmente nueva. También en ella hubo plantas con semillas. Estas fueron al mismo tiempo plantas con flores. Pero son tan distintas de nuestras plantas con flores como puede ser una soñada vegetación lunar. Muchas veces se ha ensayado reconstruir las hipotéticas flores de los antecesores de nuestras plantas con flores angiospermas, pero nadie ha llegado a concebir la idea tan fantástica de representarse, ni aun aproximadamente, las flores de las *Bennettinae* del mesozoico. Hojas estaminíferas, parecidas a las hojas en miniatura de las algas, combinadas con hojas-frutos, reducidas solamente a un tallo con un dispositivo seminal (y, por tanto, a un

como fruto compuesto salido de las hojas-frutos especialmente estériles). Todo esto está fuera del esquema constitucional de nuestras actuales plantas florales.

Aquellas que más o menos se asemejan a las hojas vegetativas se separan de un modo igualmente decidido de las plantas paleozoicas con semillas, en las cuales las semillas ordinariamente aun no se asientan en esporofilas, asentadas, a su vez, en formas florales.

Tenemos en las *Bennettinae* un tipo totalmente nuevo de plantas con semillas, el cual no representa ni una forma de transición entre las paleozoicas y las actuales espermatofitas, ni pueden ser enlazadas paleontológicamente con éstas a través de una serie de formas intermedias. Los tres grupos caracterizan tres tipos constitucionales totalmente independientes, tres esquemas constitutivos o tres complejos de reacción, como ahora se dice.

Las *Bennettinae* forman la vegetación predominante en todo el mesozoico. Se extendieron sobre toda la tierra. Luego, se originó una nueva flora, pero no formó ningún estadio preliminar a nuestra actualmente predominante flora angiosperma.

Si esto es así, ¿cuándo se formó nuestra actual vegetación? Y ¿cuáles son los progenitores de las angiospermas?

A la primera cuestión podemos contestar al punto casi con exactitud: las angiospermas se formaron en las capas superiores del cretácico inferior.

También a la segunda cuestión podemos contestar, si bien a nadie le es dado ofrecer una respuesta directa y franca: *No conocemos ningún predecesor de las angiospermas.*

Al antiguo cretácico siguió una asombrosa transformación de toda la vegetación.

La flora mesozoica, arriba mencionada aun se encuentra en las capas inferiores. En las superiores aparece otra totalmente distinta, un mundo vegetal extraordinariamente distinto, en que predominan las angiospermas. Se han podido identificar ya nues-

tros géneros *Quercus*, *Platanus*, *Artocarpus* y *Cinnamomum*. En el cretácico medio y superior, del que posemos hallazgos más o menos ricos, ocurren ya géneros de casi todos los sistemas actuales: dicotiledóneas, monocotiledóneas, coripétalas y simpétalas. Encontramos representantes de nuestras familias y géneros, en ciertos casos también aparecen nuestras especies, aunque para estas últimas es, naturalmente, más difícil la identificación.

Esta flora está en la más íntima correspondencia con la actualmente viva. Extraño es, sin embargo, que no haya representantes de un precursor primitivo de nuestras angiospermas. Se encuentran fácilmente otras especies y géneros de las actuales, pero apenas otras familias. *La flora del cretácico es más rica, pero no más primitiva que la actualmente viva.* Las angiospermas constituyen el componente dominante en la vegetación, exactamente como hoy. En determinados yacimientos del primer cretácico están en un porcentaje de un 70-90 por 100. Se extienden sobre toda la faz de la Tierra. Se encuentran en Norteamérica, en Groenlandia, en Siberia, en Sachalin, en Bohemia, en Portugal, en Madagascar, en la Patagonia.

En el cretácico brotan las angiospermas cumplidamente. Desaparecen las anteriormente dominantes *Bennettinae*. Una nueva vegetación, perfectamente dispuesta, incluso superabundantemente, surge. Y esta flora vive aún. Ha persistido durante todo el cenozoísmo, un período de tiempo que se calcula en 50 millones de años. En este caso no es difícil de constatar su continuidad. Es ésta tan intacta en su duración como definitivo fué el acabamiento de toda aquella otra flora que la acompañó en el cretácico inferior. Ya en la flora del antiguo terciario de Wight hay un 89 por 100 de géneros actualmente existentes. Nuestra flora, empero, muestra una menor diversidad, una menor variabilidad que la del terciario antiguo. Lejos, por tanto, de probar una evolución en el sentido de una evolución amplificadora, lo que señala es una depauperación, una reducción selectiva.

De este modo se nos niega terminantemente el verificar con pruebas sacadas de la Paleontología lo que parecía iba a ser el intento mayor y más serio de establecer una seriación evolutiva, pues los musgos y las angiospermas, el grupo más inferior y el más superior, aparecen contemporáneamente, y ambas tardíamente. Las plantas con semillas que debían ser el miembro final de la evolución, existían ya en las más viejas épocas geológicas, casi cuando aparecían por primera vez las plantas terrestres. Nuestra actual flora angiosperma aparece completamente aislada en el antiguo cretácico, sin predecesor; e igualmente incomunicada sin formas intermedias y sin predecesores están las primeras floras terrestres.

Todo esto hace absurda la evolución de las cormofitas y, en su consecuencia y de manera incontestable, hace que consideremos la evolución en general como improbable. *Las grandes floras terrestres parecen representar esferas de variación independientes. Se muestran meramente como sucesivas, no como evolutivas.*

Se objeta, sin embargo, que esta conclusión es tal vez justa en cuanto está fundada en nuestro actual conocimiento del mundo vegetal fósil, pero que éste es demasiado fragmentario para poder ser utilizado en una resolución de consecuencias tan importantes.

Yo me atrevo a decir que esto no es así; pues, si bien es verdad que únicamente conocemos una porción de la pasada vegetación ya desaparecida, ésta nos basta para formarnos idea en cada período de la verdadera flora que existió como más común; lo cual es mucho más importante que todas las construcciones genealógicas especulativas hechas desde Darwin, y, por otra parte, es suficiente el material estudiado para mostrar claramente el asombroso *hiatus* existente entre las floras terrestres, y asimismo para afirmar su gran diversidad.

Es de una claridad meridiana que los resultados de la investigación llevados a cabo durante este siglo en el campo de la Ge-

nética y de la Paleobiología no pueden ser comprendidos en una teoría cuyas bases explicativas se apoyen en la idea evolucionista. Ciertamente que las especies actuales parecen ser más variables que lo que en un principio se creyó, porque sus contenidos biotípicos pueden reagruparse múltiplemente; pero son también más constantes de lo que se sospechó por el pensamiento evolucionista, ya que no pueden ser alteradas ni por factores externos ni por una mutabilidad que carece de fuerza selectiva. Son, como esferas de variabilidad, constantes. Esto mismo nos enseña la flora angiosperma. Una primera constatación de los géneros y familias de esta flora nos muestra que no son ni primitivas ni fuertemente entrelazadas. Pero también estos grupos sistemáticamente elevados parecen presentar una esfera de una variabilidad constantemente limitada. La idea de Linneo acerca de la constancia de las especies no parece ahora un dogma, sino un hecho. Partiendo de la idea de la evolución no podrían ser explicadas las grandes floras terrestres, tan totalmente distintas, de las diferentes épocas geológicas.

Además, se presentan sin miembros intermedios, al par completas y al par en una gran multiplicidad de formas. Una tras otra aparece una nueva gran vegetación, sin que podamos encontrar los predecesores postulados. Esta sucesión, sin evolución, con períodos de *tabula rasa*, nos trae a la memoria la idea de Cuvier acerca de la formación del mundo orgánico.

Mendel nos ha enseñado una nueva concepción de la constitución de las especies y de la variabilidad; según ella, hay que considerarlo como síntesis y análisis de los elementos biológicos fundamentales, que son tan constantes como los átomos de la Química. Con ellos puede el biólogo experimentar, tan seguramente como el químico o el físico, con los átomos o los *quanta*. Podemos ahora avanzar más exactamente en Biología, pero no necesitamos para ello ni ideas teleológicas ni ideas evolucionistas.

Nada se gana agarrándose a una teoría que no armoniza con

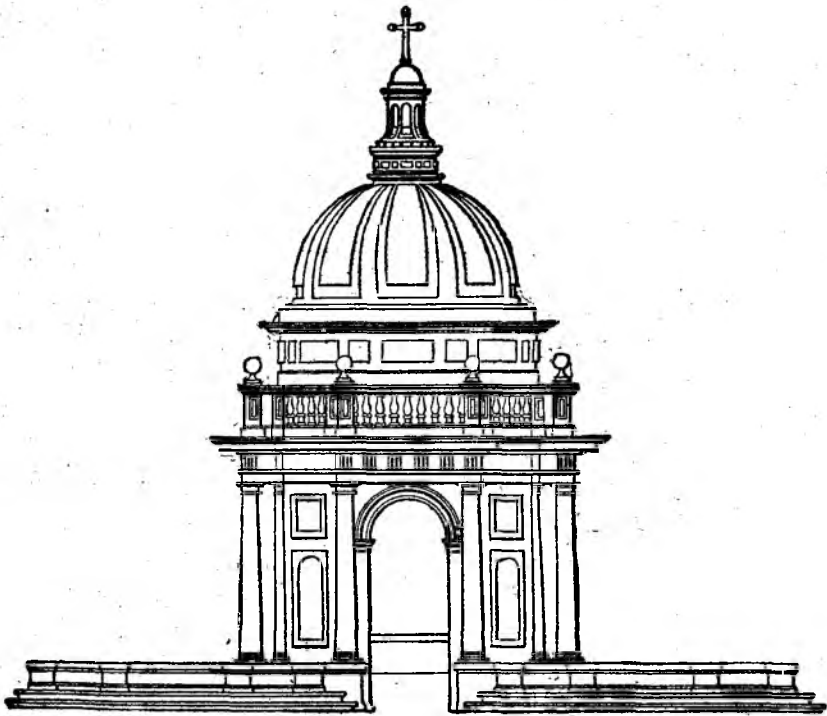
los hechos del más importante material de investigación obtenido en este siglo en el terreno de la estructura de las especies. No podemos seguir con Lamarck, Darwin y De Vries. Si queremos alcanzar una comprensión total de la composición de las especies, tenemos que caminar por la senda ideológica que señalaron con exactitud Linneo, Cuvier y Mendel. Con ello nos vemos precisados a abandonar no sólo aquella filosofía natural, sino también aquel romanticismo evolucionista, y a dirigir nuestra consideración hacia los momentos exactos de la Biología. Esto quiere decir que no podemos aceptar ni una *creatio divina ex nihilo*, puesto que no conocemos una síntesis hecha de la nada (1); ni una *creatio darwiniana ex una cellula*, puesto que ya los más antiguos períodos biológicos contienen organismos de la más grande y variada diferenciación.

No sabemos en cuál síntesis poderosa se han constituido los elementos fundamentales que han originado la vida, pero que, merced a uno de ellos, surgió de una vez la flora en uno de los grandes períodos geológicos de la Tierra, es cosa que salta a la vista, tanto en cuanto a las especies inferiores como en cuanto a las superiores. Esto está de acuerdo con la *ciencia natural exacta*, pues basta con que existan los *componentes de reacción* para que puedan formarse tanto los productos terrestres más sencillos como los más complicados. Y aquí el tiempo no significa nada. Esta

(1) *Nota bene.* — Lamentamos que el autor caiga en un *sin-sentido* tan patente como el de estas palabras. Confunde, en efecto, la formación o producción de los seres naturales con su creación. La primera cuestión, resuélvase por síntesis o análisis como quiere el autor, o por transformación como quieren los evolucionistas, deja intacta la segunda, que no pertenece al orden de la explicación científico-natural, sino al teológico. Y si el autor no quiere nada con la Teología, esto no le autoriza a cometer la conocida falacia de la *μεταβασις εις άλλος γένος*. O dicho en cristiano: las palabras *creatio* y *divina* no tienen sentido en el campo de las ciencias naturales, y toda frase que se componga con ellas es simplemente algo *sin-sentido*. No deja de ser curioso cómo la pasión teológica —o anti-teológica— asoma siempre la oreja. Y en este caso perturbando el buen sentido y la clara inteligencia del Prof. Nilsson.

idea concuerda con aquello que sentimos como una *línea límite de nuestro horizonte* en la investigación científico-natural, es a saber: que todo el acontecer, lo mismo en el mundo biológico que en el atómico, obedece a una gran ley, la de los grandes números.

(Traducción y nota de MANUEL CARDENAL.)



Poesía

Luis Felipe Vivanco: *Poesía*.—Emiliano
Aguado: *Leyendo el Génesis*.—*Cartas de*
John Keats, traducidas por Leopoldo Pa-
nero.

POESIA

POR

LUIS FELIPE VIVANCO

1

AL POETA LEOPOLDO PANERO TORBADO EN SU DESPEDIDA DE SOLTERO

LEOPOLDO, desde el fondo del corazón desierto
que no quiere la vida sin la verdad humana,
desde esta sangre humilde que habita un tiempo muerto
porque no supo el nombre de la dicha cercana,

desde esta voz que olvida la palabra sumisa
para ser un sollozo rebelde en el paisaje,
desde este ensueño triste y esta triste sonrisa
donde el dolor más bueno revela su mensaje,

desde esta fe cautiva de su unidad más pura
como un chopo de invierno desnudo en el camino,
y esta vieja esperanza de mi carne madura
que en su límite siente consumado el destino,

*desde este amor que sabe perdurar sin historia
con sus alas cansadas para el vuelo más leve,
y esta novia perdida que encuentro en mi memoria
recordando sus dulces pisadas en la nieve,*

*a ti, porque hoy estrenas la luz de tu mirada
y mañana en tus ojos será la primavera
tan pequeña y alegre, tan íntima y alada
como en su débil cuerpo la alondra mañanera,*

*porque ya está la muerte tranquila en la obediencia
y tus pasos caminan la tierra prometida,
porque todo el misterio termina en la presencia
de ese panal reciente que te endulza la vida,*

*porque tu frente besan los rayos de la aurora
y el claro pensamiento se torna silencioso,
y en tus manos ya brilla la estrella bienhechora,
y es un nido en la rama tu corazón esposo,*

*porque hoy nace una nueva Felicidad contigo
y sus pupilas tienen transparencia de hogar,
con mi verso soltero quiero llamarte amigo
y bendecir las aguas que mana tu hontanar.*

ELEGIA EN LA MUERTE DE AURORA

(Era la novia de un buen amigo y,
como a la corza blanca de la canción,
los lobos la mataron
al pie del agua.)

PRIMER ANGEL

*Mi voz es siempre joven en tu alabanza pura,
Señor, pero mis ojos ven la sangre del hombre
derramada por Ti, por alcanzar tu Nombre,
y sus claras pupilas desmayan en la altura.*

*Todas mis perfecciones te aclaman: Santo, Santo;
pero el hombre merece morir por tu Presencia
verdadera en sus labios, y en su muda obediencia
con mis alas se duermen las palabras del canto.*

*Señor, en el silencio brizador de mi sueño
sola está la hermosura de la sangre cantora,
de la sangre que ha sido cautiva y redentora
cuando en virgen regazo fuiste un niño pequeño.*

*Mi palabra confiesa tu bienestar divino,
pero la voz del hombre tiene un dejo de pena
que la hace más humilde, más sencilla y más buena,
si el corazón creyente defiende su destino.*

SEGUNDO ANGEL

*Grata como el perfume que la oración eleva
confiado a las plumas calladas de su vuelo,
suave como el agrado con que dispone el cielo
la paz de la criatura que su humildad renueva,*

*más blanca que la nieve del resplandor seguro
en que estoy bendiciendo las manos que me hicieron,
más cierta que el asombro con que mis ojos vieron
al Amor reclinado sobre el trigo maduro,*

*más alta que la eterna vigilia verdadera
donde crecen los salmos del gozo transparente,
y más pura que el fino misterio adolescente
con que en tu cuerpo niño brotó la primavera,*

*vienes tú, porque vienes, oh elegida doncella
cuyo nombre festeja la luz de la mañana,
deshojando las rosas de tu asunción temprana
sobre el llanto del hombre que te miró más bella.*

AURORA

*Dejadme que en el cielo recuerde su mirada,
que junto a Dios sus ojos me sueñen más graciosa,
que no pierda esta dulce memoria dolorosa
y en mi espíritu siga mi sangre arrodillada.*

*Como a una corza blanca los lobos me mataron
y he dejado en la yerba mi vida con gemido,
que el corazón estaba gozando a su querido
cuando los fieros dientes su dicha lastimaron.*

*Dadme la luz más tierna, la claridad más viva
que erguida en mi martirio mantuvo la esperanza:
ese albor suficiente que la piedad alcanza
sonriendo en la espuma del agua fugitiva.*

*Dadme el alba cristiana con que amanece el día
para huir lisonjero, mientras queda conmigo...
Pero no me deis nada, que no sé qué me digo,
¡que el corazón no sabe contemplar su alegría!*

A LA BELLEZA IDEAL

*Tierra virgen, sin alma conocida,
qué ternura al umbral de tu belleza
como un valle de otoño donde empieza
la fronda de oro a conmover mi vida.*

*Pero cuánta distancia prometida
del alto mar sin rumbo en la tristeza
de las olas que sienten su pureza
tan cerca de la luz recién nacida.*

*Qué perfección oculta en tu mirada,
sin que llegue a tus ojos el latido
de la sangre que habita la obediencia.*

*Y en tu débil ribera inmaculada,
cómo arraiga mi ensueño preferido
consagrando el destino en la presencia.*

A LOS OJOS NIÑOS DE UNA MUJER GRANADINA

*¿Qué huerto con cipreses me espera en tu mirada?
¿Qué jardín torreado junto al cielo risueño?
¿Qué aroma de celindas en un patio pequeño?
¿O qué alegre horizonte de nieve inmaculada?*

*En tus ojos oscuros hay un barranco triste
con sus chopos dorados por el sol de poniente,
y en la noche andaluza del corazón ausente
oigo el rumor cautivo del agua que persiste.*

*Y hay una calle sola con su luz en olvido,
y un compás donde crecen las hojas del acanto,
y al pie de las murallas un bosque como un llanto,
y en los cerros lejanos un olivar dormido.*

*Porque en tus ojos niños cabe todo el paisaje,
y la ciudad olvida sus fáciles primores
para ser la leyenda de sus horas mejores,
confiada al encanto de tu dulce hospedaje.*

5

EN EL JARDIN DE ASTORGA

*Cuando aún tiembla en tu sangre tu vocación de esposa
como en árbol de otoño las alas de la brisa,
tu soledad secreta de madre cariñosa
se inclina sobre el niño y encuentra su sonrisa.*

*Ay, madrecita virgen, piadosa y dolorosa,
que cuidas la ternura de la ilusión precisa
para que en tus pupilas la tierra silenciosa
sueñe el cielo más íntimo de una vida sumisa.*

*En el jardín que brizan las sombras del ramaje
yo te he visto acunando la flor de tu obediencia,
tú, que en tus dulces brazos tuviste al tiempo muerto.*

*Porque junto a la lumbre lejana del paisaje
hay un niño pequeño dormido en su inocencia
que mantiene en el gozo tu corazón desierto.*

6

CONTEMPLACION

*La mañana es la clara primavera del cielo
que acaricia los ojos con su brisa reciente,
y en el alto prodigio de la luz inocente
la mirada gozosa perfecciona su anhelo.*

*La tarde es apacible regazo campesino
donde sueña en reposo la soledad madura,
y el corazón abierto derrama su ternura
sobre todos los seres que alegran su camino.*

*La noche es el milagro de la creación entera,
y en el tránsito suave de su paso callado
las estrellas alientan como un himno sagrado,
revelándole al hombre su unidad verdadera.*

EPITAFIOS

I

DE FEDERICO HOELDERLIN

*Lejano y no vivido te presente
mi corazón sumiso a su alegría.
No vivido por ti, ni por el ángel
que agilitó tu verso con sus plumas.
Lejano, entre las islas olvidadas
donde un mar elegíaco está llorando
lo que han visto tus ojos soñadores.
Y el mundo ajeno al suspirar del ave,
sin canción en los labios solitarios
que eran como la espuma del arroyo.
Te he presentido así, lejos del día
en que la gracia habita la ribera
y es más dulce que el cielo la criatura.
Tú quisiste otra imagen, y en tus ojos
prevaleció el ensueño sin caricias
mortales. Sí, lejano y no vivido.
Acariciado sólo por tu orgullo
que invocaba a sus dioses sobre el llanto.
Y aun puedo recordar, piadosamente,
desalmada y sin ti, tu larga vida...*

II

DE DOÑA ISABEL FREYRE

*Isabel es tu nombre, pero altivo
lo guarda el corazón, sin merecerlo.
Para que en el paisaje revelado
por su celeste y honda transparencia
no haya más que el ventalle de los chopos
sobre la mansa claridad del río.
Y las sílabas puras del silencio
conmueven la unidad de la hermosura
porque dicen que fuiste más amada
cuanto más dulcemente inexpresable.
¿Quién llorará tu muerte? Lastimados,
los labios que el amor enmudecía,
sin nombrarte en el tiempo, han mantenido
tu presencia ideal en el instante.
Y como leve pulsación de estrella,
la verdad silenciosa de tu nombre
sigue habitando el tierno firmamento
del verso más amigo y confidente.*

LEYENDO EL GENESIS (1)

POR

EMILIANO AGUADO

I

LA CANCIÓN DEL RUISEÑOR.

Scapulis suis obumbrabit tibi; et sub
pennis ejus sperabis.

SALMO XC, 4.

HACE ya mucho tiempo que recibí la carta en que te quejabas de mi tardanza en contestarte. No te escribo con la frecuencia que yo quisiera, es cierto; pero lo que más me duele es no poder decirte todas las cosas que me bullen en el alma; solamente me libraría de su agobio si acertara a decírtelas. Tú también has atravesado situaciones anímicas parecidas; por eso creo entrever al través de tus quejas y reproches un destello de esa cordialidad a que me tienes acostumbrado. Tú, a pesar de la distancia que nos separa y del silencio en que procuro ocultar mis zozobras, las adivinas y las padeces como yo; cuando se te vino abajo el mundo en que habías creído y se ensañó de tu corazón la incertidumbre, apenas si me percaté de la tremenda batalla que se estaba librando en tu alma. Recuerdo ahora

(1) Capítulos de un libro de inmediata aparición en nuestras ediciones.

*

con ternura las palabras entrecortadas que se escapaban cuando me escribías y el vaho inefable de tristeza que dejabas en todas tus obras. Pero yo no había sufrido aún en mi carne esa tortura; tus palabras me llegaban envueltas en la placidez que en aquel tiempo tenía la vida para mí; por más que te esforzaras en decirme tus congojas, en la batahola de un mundo que se nos ofrecía con el encanto de todo lo precario, no podía yo entenderlas, ni siquiera vislumbrarlas.

Lo que hoy nos sucede es cosa bien distinta. Yo he tenido que afrontar a solas el destino que nos ha cabido en suerte a algunos hombres de los que gozamos y sufrimos en estos tiempos turbulentos; y en medio de un tropel de incertidumbres y malos presagios me han llegado algunas de las palabras que me escribiste cernidas por el recuerdo y la nostalgia. Y es ahora cuando me hago cargo de las transiciones bruscas que había en tus cartas y de aquella abundancia de puntos suspensivos, que ya se me antojaban harto incomprensibles. No he sido demasiado explícito contigo, pero sé que no necesito justificarme; conoces casi tan bien como yo los repliegues de mi alma, y sabes que mi tardanza en escribirte y la parquedad que reprochas en mis cartas pretendían ocultarte en alguna manera mis sobresaltos para que no reviviera el recuerdo de los tuyos.

Quizá presentas lo que voy a decirte, quizá no tengas tanto miedo al recuerdo de tus aflicciones, quizá me hayas reprochado mi silencio como el padre que tiene una sonrisa de benevolencia cuando advierte en su hijo los primeros temblores de la adolescencia, quizá me hayas reprochado mi hermetismo para que me hiciera aún más hermético; tú no tenías necesidad de que te dijera nada de lo que me ocurría, como en un libro de aquellos que nos estremecieron en otro tiempo porque guardaban en sus páginas un eco del temblor del mundo leías en mi alma también estremecida, y quizás pensaras en la rama del árbol y en el soplo de voluntad sagrada que la anima. La ver-

dad es que estamos en el secreto, y como nos sentimos asistidos de la mano de Dios, podemos mirar al mundo como si acabara de ser creado y con la unción que lo miramos una mañana de primavera desde la quietud de nuestro retiro campesino.

Parece que las cosas se han ido alejando poco a poco, que los colores se han ido apagando lentamente y que la luz del día, cayendo a torrentes sobre una inmensa llanura, lo llena todo de sueño y confianza. ¡Qué lejano está de nuestros anhelos el tropel temeroso de las ideas que antes nos arrebatava con la furia de un vendaval y nos acultaba la dicha del reposo y esa tibieza sin nombre que deja en nosotros la esperanza! Ahora sentimos como nunca el encanto que nimba las cosas más pequeñas de la vida y la poesía inefable que ha dejado en todo la voluntad que anima, en el fondo del rumor de los bosques, la hoja más escondida del árbol. No andaba yo en lo cierto cuando hacía esfuerzos por ocultarte mis desazones, pensando que pudiera torturarte el recuerdo de las tuyas; estoy seguro sé que las miras con la ternura que siente el capitán cuando recuerda las batallas que ha ganado para su patria; tú piensas que en esas luchas íntimas has dejado un jirón de tu vida, y en seguida sientes el aliento de la misericordia de Dios.

Y cuando pasen muchos años y vuelvas la mirada sobre los días que fueron decisivos en tu destino y revivas los sentimientos que animaron tu alma en las horas aceradas de tus incertidumbres, te acordarás con temblor de la hoja del árbol y pensarás que también tu alma era una hoja de árbol arrebatada por la misericordia que hoy te llena de beatitud. ¿Qué hace Dios con nosotros? Nos basta saber que no nos deja de su mano; nos basta sentir en el camino esa alegría temblorosa que pide el Salmo. De esta manera se aleja el narcisismo de los dominios de lo humano y el hombre se acostumbra a descubrir en todas partes la mirada de Dios, que lo penetra todo, y esa indecible misericordia que cuida hasta de la hoja del árbol. Y la luz de la

mañana nos inunda de pureza, y la quietud del mediodía nos llena de deleite, y la agonía del crepúsculo nos trae nostalgias inefables de mundos que ni siquiera adivinamos, y la calma y el sosiego de la noche nos infunde mansedumbre y esperanza. El mundo entero se nos muestra como si estuviera alumbrado de otra manera o como si de pronto lo viéramos bañado en una luz que tuviera la propiedad singular de trocar todas las cosas en soporte de sus reflejos; entonces aprendemos a mirar a cada hombre como mero soporte de su alma.

Los que han tenido la desgracia de vivir entregados a la tarea de conciliar las ideas que se debatían en su alma, nos aparecen como niños que pretendieran secar el mar o como locos que quisieran subir a la luna averiguando escrupulosamente la distancia que tendrían que recorrer. Por grande que fuera el acuerdo entre las ideas de estos escépticos de profesión, no lograrían más que un placer, tan fugitivo y feble, como el que nos proporciona una jugada de ajedrez. El verdadero escepticismo, el que padeció San Agustín y tantos otros santos, no se calla con una huera combinación de ideas; es que se presiente la infinita vastedad y la hondura vertiginosa del mundo de la fe, se padece la sed y la ausencia de su temblor y no se muestra todavía con claridad el cambio de esperanza o de renunciación que nos aguarda. Estos escépticos han encontrado siempre a Dios; quizá fuera cierta la experiencia mirífica de Pascal; los que pasaron su vida empeñados en poner de acuerdo el tropel de ideas que les estremecía el corazón, no consiguieron más que cortos deliquios, como los que siente el que vive dedicado a la matemática. No consiguieron más, porque, encerrados en el laberinto de sus ideas, no supieron proveerse de alas, como hizo aquel escultor legendario, que supo volar sin que le abrasara la luz del sol ni le entumeciera el frío de la tierra.

Ya podemos hablar de nuestras desazones sin miedo a que nos gane la seducción del recuerdo, y cuando nos dejamos lle-

var de nuestra afición de historiadores de nuestra propia vida, nos domina el sentimiento de que ni un solo instante, ni la más leve decisión de nuestra voluntad, ni el más escondido secreto de nuestro corazón, ni la más pobre de nuestras renunciaciones, nada ha pasado sin que lo animara la Voluntad que mueve la hoja del árbol. Como los lirios, como los pájaros que Dios sustenta y viste de esplendor, hemos andado por el mundo, y nos ha seducido unas veces el fulgor de las cosas para servirnos luego de cansancio y desaliento que nos hiciera encontrar más deleite en la meditación y el apartamiento. Unas veces nos esforzábamos por conocer los secretos del mundo, entonces estudiábamos con ahinco y con fe; otras veces se apoderaba de nosotros la necesidad de saber lo que pasaba en nuestra alma. Cuando el mundo se nos mostraba lleno de encantos y de misterios, nos entregábamos con pasión a los mandamientos que nos ha dejado Goethe en sus obras; cuando eran las vicisitudes de la vida interior lo que nos atraía, acudíamos con deleite a la serenidad de Sócrates, que se desentendía de todas las cosas por reputarlas poco valiosas mientras no supiera si llevaba en su alma la ferocidad de una pantera o la dulzura de un corderillo. Otras veces sentíamos la necesidad de que se nos revelara el latido más recóndito de la vida, que fluye y cambia en torno nuestro sin cesar, hasta que un día la vemos alejarse desde la orilla en sombra; entonces buscábamos con avidez en los ensueños de los poetas, nos poseía el afán de apresar ese vago hábito de futuro que se nos revela en las corazonadas y que animó la alta poesía épica de Grecia. Pero la vida, que se desvanece y retoña sin cesar, va llenando de sombras y de luces el mundo que nos rodea, y nuestra huella se pierde ahora en un rincón de silencio para revivir más tarde en un laberinto de afañes y estridencias. Y poco a poco se va perfilando nuestra verdadera biografía, la que vamos dejando como sombra de nues-

tros pasos, la que no conoceremos jamás, la que va tomando formas al soplo de la voluntad que mueve la hoja del árbol.

Después de todo, nos quedaba en el alma un poquito de tristeza y un deseo de soledad y de sosiego; y cuando se nos pasaba ese halo de resignación que dejan en nosotros todas las cosas perdidas sin remedio, volvía de nuevo al enjambre de quehaceres de la vida cotidiana y nos arrastraba fuera de nuestro más íntimo camino, el estridor de cada día nos forzaba a hablar en voz alta y a rehuir el diálogo; y como la vida cordial pide una comunidad más honda y duradera que las palabras, no entiende nada quien desconoce el lenguaje del susurro ni quien es incapaz de presentir en las pausas de su interlocutor lo que él también quiso expresar en otro tiempo.

No te he escrito hace mucho tiempo, cierto; mis últimas cartas eran cortas y mudas en demasía, cierto. Pero sé que me has comprendido mejor por mi silencio de lo que me hubieras comprendido a lo largo de explicaciones y rodeos. Y ahora, cuando estamos ya restablecidos del desplome de nuestras creencias y podemos contemplar el mundo a la luz de una fe que nos llena de regocijo y esperanza, se nos ofrece el curso de la vida como un arabesco lleno de sorpresas y cubierto de luces y de sombras que no tuviera más finalidad que la de ser contemplado por los que han logrado comprender que sólo poseemos lo que hemos perdido para siempre.

Antes, cuando estábamos persuadidos de que el hombre era el fin último del mundo, buscábamos en todas partes huellas personales y nos esforzábamos por dejar en todas las cosas nuestra huella; no había nada que no aludiera a lo que creíamos ser, a lo que hubiéramos querido ser con el deseo más ardiente de nuestro corazón. Cuando encontrábamos en nuestro camino a un hombre que tenía preferencias y aversiones como las nuestras, le tomábamos por amigo; luego, a medida que el tiempo y el comportamiento corroboraban nuestra amistad, íbamos des-

cubriendo nuestros rasgos originales, porque estábamos persuadidos de que la originalidad era nuestra sola razón de ser y la única virtud que nos hacía dignos de ser llamados hombres. En nada veíamos la huella del destino ni la mano sobrecogedora del azar. Ni en la amistad, ni en el amor, ni en la vocación, ni en las vicisitudes encontradas del vivir; en fuerza de buscar nuestra originalidad, vivíamos ajenos a la profunda originalidad del mundo, y cuando nos acercábamos con amor a los arcanos insondables de la Naturaleza, nos movía el afán de ver en su fondo, como en un espejo desusado y lleno de encantos, nuestra propia imagen, nuestros propios sueños y hasta el secreto del enigma que nos torturaba sin tregua ni descanso.

¡Qué distinto es todo ahora! ¡Qué deleite más penetrante se apodera de nosotros cuando conocemos que el curso de los astros está regido por leyes infrangibles! El mar que surcaron las naves de Homero es el que nos aguarda con su camino y con su luz; y las montañas de la leyenda, y los bosques sagrados, y los pueblos perdidos entre las montañas, y las playas remotas, llenas de maleficio y de silencio, adonde fueron a morir hombres nacidos de la leyenda o de la vida..., todo permanece igual o cambia bajo el mandamiento de leyes incambiables.

Desde mi ventana veo, con encanto inagotable, la luz de cada día, siempre la misma, cada día más nueva y más pura; y cuando parece que la tarde se fatiga y se derrama sobre la sombra como un desmayo de melancolía, siento que estoy en presencia de algo nuevo, que me sobrecoge de veneración y me llena el corazón de ansias que no acierto a discernir. Entonces pienso en los hombres de la Biblia y en los que han dejado su huella en el recuerdo de la humanidad, y me estremezco al pensar que un día los iluminó también la agonía de la tarde y que también soñaron o anduvieron bajo la luna que vislumbro; la misma luna, la que alumbraba los pasos de los hombres en la noche desde el comienzo de los tiempos, quizá sin saberlo, quizá ignorando que

haya cielo y tierra. Todo pasa para retornar, y la vida se nos ofrece siempre nueva, siempre inmutable; el invierno nos trae todos los años la imagen de la noche y de la muerte, que nos persigue en todas partes; la primavera nos trae, una y otra vez, la exaltación de la vida y del ensueño; el verano, desde el nacimiento del mundo, nos ofrece la lentitud de sus tardes y la tristeza de su plenitud, y el otoño, como un desmayo del mundo y de la vida, deja en nuestro corazón su huella de pena. Y siempre las mismas cosas, dejándonos la misma huella, la que dejaron en todos los hombres que nacieron antes que nosotros, la que irán dejando en los que vengan más tarde.

Ahora es cuando descubro la portentosa riqueza de la vida; ya no me importa buscar mi originalidad; las canciones de amor que cantaban los héroes de la leyenda y las que inspira el destino de los rústicos más apegados a la tierra son las mismas; lo que cambia es la hojarasca que las oculta. Es bien que algunos hombres tengan la ilusión de dejar su huella personal en todas las cosas; pero no nos quitéis la beatitud imponente de sentirnos anegados en la onda de misterio que llena los espacios infinitos y lleva sustento y esplendor a los pájaros del aire y a los lirios del campo.

¿Por qué te complaces de ese modo en hablarme de la música? Este forzado apartamiento en que estoy me hace ver en la música un don sobrenatural, aunque todos los dones son sobrenaturales; porque lo difícil no está en probar que no hay milagros; lo imposible es probar que no sea un milagro todo lo que nos rodea. Sé muy bien que todas las cosas guardan su arcano y que ni la hoja del árbol se mueve sin la voluntad de Dios; pero la música es un milagro entre los que pueblan el mundo; no fué, ciertamente, un alma impía quien soñó, en un delirio de beatitud, que los mundos estaban bañados en armonías celestes, y como aún no le pareció bastante soñar esto, enseñó a los suyos que los hombres comienzan a oír esas armonías des-

de que nacen; por eso, sin oír las de una manera distinta en cada momento de su vida, las llevan en sus entrañas y en su corazón, como la sangre, como el aire, como la mirada que cuida de los pájaros y de los lirios. Los que saben muchas cosas nos dicen que entre las escuelas de música hay grandes diferencias; la verdad es que todas tienen de común el afán de arrebatarse al hombre y llevarle a un mundo en que no puede orientarse quien no sepa abandonar su personalidad. No hay nada que hacer en la onda indecible de un andante de Schúbert con la mezquina originalidad de cada uno; y cuando cantan los violines como si se estremecieran de espanto en la pasión, de Bach, se siente la dicha de haber tenido algo en la vida, porque creemos que la renuncia es lo único que nos hace dignos de perdernos en ese bosque estremecido de armonías y silencio. Cuando canta la orquesta en éxtasis uno de esos cantábiles de Bach, tan sencillos, tan serenos, parece que nos visita la melancolía del crepúsculo o la esperanza de la mañana; parece que es, como las flores o como el amor, algo que se ha repetido desde la aurora de la vida y que se repetirá después de nuestra muerte hasta la consumación de los siglos. Te he dicho que la música, cuando nos arrebatara hasta el frenesí, pide el abandono de nuestra originalidad; no es que haya querido decirte que los autores fueron poco originales; lo que ocurre es que la originalidad de Bach, por ejemplo, se ha consumado arrebatando su armonía a las esferas, y la personalidad de Bach fué precisamente la que le permitió, sin dejar su huella en la empresa, arrebatarse la onda de serenidad y de pasión que guardaba en su fondo el corazón humano. Schúbert cantó los quehaceres cotidianos de la vida y las eternas ilusiones del amor, siempre las mismas, como la primavera y el crepúsculo, y siempre nuevas, como la luz de la mañana.

Como de todas estas cosas me hablas con frecuencia y con pasión, creo que te habrás hecho alguna vez esta pregunta: ¿Qué

es la originalidad? Por lo pronto, como hemos convenido varias veces, la originalidad de Bach está en haber dado forma y expresión al latido más recóndito del corazón humano. Yo no sé de qué otra originalidad puede hablarse; quizá no haya más que esa otra desmedrada originalidad que buscan en todas partes los que hubieran sucumbido en el laberinto de Creta, y que consiste en acusar lo individual, lo que nos separa del mundo y de la vida, lo que no es más que un narcisismo que va apagando el color y enfriando el corazón de quien lo padece hasta poner un puñado de sombra en el hueco que dejó la imagen de un hombre enamorado de sí mismo.

Quiero decirte ahora todas las cosas que he callado durante tanto tiempo; quiero que nuestras cartas recobren su antigua diafanidad; antes podíamos hablarnos sin rodeos, pensábamos lo mismo y, lo que es más importante, queríamos las mismas cosas. Luego vino el tremendo desplome de tus creencias y la desazón de sentirte inerte frente al arcano que nos rodea; tus zozobras te hicieron buscar más tarde, en lo ancho de la tierra y en lo profundo de la soledad, la huella de ese poder inenarrable que gobierna el curso de los astros y la vida fugitiva de los hombres, y encontraste la fe que habías presentado desde los días de tu infancia, cierto: ni la hoja del árbol se mueve sin la voluntad de Dios. Ya podemos hablar sin rodeos; usamos otra vez el mismo lenguaje y buscamos en todas partes las mismas cosas.

En lo que ha sido siempre, en lo que vemos repetirse cada día ante nuestros ojos, buscamos hoy el secreto del mundo y la huella indeleble de los hombres; hemos aprendido a sentir el misterio que nimba todas las cosas como si acabara de ser creado, como si jamás hubiéramos oído hablar a los antepasados que tejieron la historia y la leyenda. Voy a decirte cómo veo lo que está más cerca de mí y cómo sueño lo que me parece hundido en la oquedad de una lejanía adonde ni siquiera osa llegar la imaginación.

El ruiseñor canta en la noche, como hace milenios, como cantará mientras guarde calor la tierra en su regazo: ¿por qué canta?, ¿para quién canta? ¿Sabe el ruiseñor que nos estremece en la noche con su canto?

¿Por qué nos estremece el canto del ruiseñor? He prometido no hablarte más que de las cosas que tengo cerca de mí o de las que veo con la mirada del ensueño en mundos adonde ni siquiera osa llegar la imaginación; pero no te he dicho que estoy sumido en un mar de confusiones; como quizá hayas echado de ver en las preguntas que te hago; ¿son demasiado ingenuas, verdad?; pues de estas ingenuidades quiero hablarte; no me siento capaz de otra cosa ni la deseo. Quisiera hablarte de la luz de la mañana como si acabara de verla por vez primera; quería decirte algo sobre los pájaros y las flores, como si fuera maestro de escuela y me viera en la necesidad de hablarles a los niños, que ni tienen ciencia, ni la necesitan.

Como ahora estoy leyendo un libro tan viejo como la humanidad, que han leído y estudiado los hombres más doctos y más piadosos de todos los siglos, me propongo referirte las impresiones que va dejando en mi corazón; y digo en mi corazón, porque lo estoy leyendo con la ingenuidad que me han inspirado las preguntas que acabo de hacerte. Te diré las cosas que se me vayan ocurriendo, y te ruego desde ahora que donde encuentres una huella de mi originalidad la borres sin miramiento y en la persuasión de que avaloras mis escritos y das remate más acabado al propósito que los anima.

Si ahora se te ocurriera preguntarme, para responder a mis preguntas, qué es originalidad y quiénes son los originales, yo te diría, de pasada, que la originalidad se va conquistando poco a poco, a medida que se va soltando el lastre de la personalidad; te diría sólo es original el que acierta a trocarse en arpa que cante la canción perenne del infinito. Y te diré, como respuesta final a la pregunta que me hago en tu nombre, que el

más original, el que se ha trocado en arpa que canta la canción del mundo, el que debe servir de modelo a todos los que pretenden ser originales, es el ruiseñor. Y como creo haber contestado cumplidamente a tus preguntas, permíteme que te vuelva a preguntar: ¿Por qué canta el ruiseñor? ¿Para quién canta? ¿Por qué nos estremece su canto en la quietud augusta de la noche?

Y como el ruiseñor que canta en un mar de sombra y de silencio, sin presentir quién escuchará nuestras palabras, caminaremos por este mundo tan puro y tan cargado de siglos; quizá, como el ruiseñor, tengamos miedo del silencio y de lo sombrío; quizá tengamos menos miedo del bullicio y de la luz, y en este tráfago de ruidos y silencios, de luces y de sombras, de noches y de días, se va enmestiando nuestro color, se van apagando nuestras esperanzas y se va enfriando nuestro entusiasmo; pero cuando comienza a ganarnos el desánimo y temblamos de pavor ante el frío de nuestra vida, que se marchita, trae el viento unas palabras viejas que han repetido millones de hombres en los días amargos de su tribulación: ni aun la hoja del árbol se mueve sin la voluntad de Dios.

Ya no podrán contra nosotros ni las tragedias del mundo ni las renunciaciones que nos va arrancando la vida que pasa a nuestro alrededor; Dios cuida de las estrellas y de los lirios, sabe nuestros afanes y a veces nos los aumenta para que nuestro corazón, como el eco de la montaña, pueda repetir la canción inefable del mundo que nos cobija y el silencio temeroso de la tierra que ha de guardarnos para siempre envueltos en el silencio y en la sombra de donde brota la canción del ruiseñor.

II

VOCACIÓN Y DESTINO.

Deus, Deus meus, ad te de luce vigilo.
Sivivit in te anima mea: quam multipliciter tibi caso mea!

SALMO LXII.

QUIERO reanudar la lectura del Génesis, interrumpida durante siete u ocho días, para aguardar siquiera una de tus cartas. Después de este corto desvío voy a seguir el hilo de mis impresiones, ya que, poco más o menos, adivino el sesgo de las tuyas por las dos cartas en que me dices tantas cosas y me preguntas otras tantas. Y, a propósito de mi silencio y mi desgana de estos días, veo ahora con toda certidumbre que buena parte de la tranquilidad que estoy disfrutando en este retiro me viene de las páginas de este libro inmortal que nos habla del origen del mundo y de las primeras peripecias que acaecieron a los hombres sobre la tierra; el silencio y la calma de estos sucesos, cayendo sobre el espíritu inquieto y sobre un volcán de anhelos encantados, no me hubiera sosegado más que durante unas horas, las de la primera impresión después del abandono de las preocupaciones que me agitan de continuo en la ciudad.

Cuando abro nuevamente el Génesis siento algo así como si me hubiera apartado de mi camino y se apoderase de mí un extraño goce al reanudarlo. Es el sentimiento que nos turba a menudo, cuando nos percatamos un mal día de que no seguimos la ruta que nos ha trazado nuestra vocación. Y como la vida que se lleva en nuestros días pide la entrega del hombre a

tareas en que ni siquiera puede poner su personalidad, no es fácil vivir sin preocuparse de la llamada mirífica de la vocación; lo peor es que la vocación, que a veces parece dormida en el ajeteo de la vida moderna, irrumpe a menudo con violencia inesperada y se adueña por completo de nosotros. Quizá te parezca harto extraño; pero en estos momentos, cuando más fuerte es la llamada de nuestra vocación, es precisamente cuando más persuadidos estamos de haberla desoído; nos parece que hemos errado el camino o que acabamos de descubrir con pena que no tenemos vocación, que lo que creíamos tal no fué más que una ilusión que nos ocultó el verdadero camino, el que Dios quiso que siguiéramos al infundir su imagen en nuestra alma.

¿Crees tú que todos los hombres tienen vocación? ¿Te parece más acertado pensar que nacen con ella o que la van sintiendo conforme avanza la vida? ¿Pero es que tener vocación es lo mismo que sentirla? ¿De qué nos serviría estar dotados de vocación si no la sintiéramos? A veces doy en pensar que la vocación viene a ser en nosotros como el eco de esos enjambres de cosas infinitas que presentimos; más que un don positivo se me antoja un ansia, una inquietud, un anhelo incontenible de perdernos en alguno de los innumerables caminos del mundo. ¿Por qué sentimos vocación? ¿La sentiríamos si fuéramos perfectos? ¿Por qué se nos revela únicamente cuando la vida y el mundo se abren anchos y diáfanos ante nosotros?

Si creemos que la vocación es un eco del enjambre de cosas infinitas que presentimos, y nos vemos arrollados de un modo incontrastable por esa voz silenciosa, no hay más remedio que decidirse a reconocer una comunidad entre lo que hay en el mundo y nuestro corazón; una comunidad tan honda y tan misteriosa, que empieza antes que la vida y no sufre merma con la muerte. Pero, a la vez, esa comunidad se nos revela de una manera oscura y tenaz, nos atrae sin tregua ni descanso, como la entraña del abismo, como la hondura temerosa del mar; somos

nosotros los que ansiamos algo, quizá estemos destinados a ansiarlo todo. No son esas cosas que presentimos las que nos buscan, somos nosotros quienes hemos venido a este mundo quizá para buscarlo todo, para pasar la vida soñando en el reposo, quizá porque el reposo nos sea tan ajeno como las estrellas; y en este tropel de cosas cercanas y remotas, en que no acertamos siempre a discernir cuál es nuestro lugar, se nos antoja que el reposo tiene en nuestra vida la misión que incumbe también a las estrellas: suscitar nuestros ensueños, para que de esta manera no seamos capaces ni de ver que los caminos que siguen los demás hombres van a parar donde el nuestro.

También podemos pensar que la vocación brota de la plenitud de nuestra vida; sentimos el ansia de perdernos en el mundo cuando estamos cargados de vigor y de esperanza. La vocación vendría a ser de este modo una fuerza parecida a la que nos hace ser generosos o a la que obliga al guerrero poderoso a llevar la guerra a los países más alejados; la vocación puede ser un ansia de emplear nuestro vigor tanto como un deseo irrefrenable de imprimir en el mundo nuestra huella. Si es el primero, brota de la soledad de nuestra vida y nos deja en la soledad perdidos; quizá el hombre generoso, más que por la estimación que le infunden los demás, lo sea porque sienta necesidad de ser generoso, como para vivir el pez siente la necesidad del agua. Pero si la vocación fuera algo así como un ansia de imprimir nuestra huella en el mundo, tendríamos que preguntar por qué sentimos tal ansia, qué fuerza nos lleva a desear que nuestra vida deje rastro en esa historia silenciosa del mundo, que sólo canta el viento al pasar por bosques y llanuras, y, en fin, habría que preguntar cómo se nos revela ese mundo en que quisiéramos dejar nuestra huella.

Y la lectura del Génesis, como la lectura de todos los libros de la Biblia, podría despertar muchas veces la vocación en los que no aciertan a vivir sin ella. Por las vicisitudes históricas de

nuestro tiempo parece que estamos condenados a vivir sin contar para nada con las más hondas raíces de nuestra intimidad; las cosas bellas nos atraen como en otro tiempo atraían al hombre las cosas profundas. Más que a trastornar con grandes pensamientos las preocupaciones de nuestros semejantes, queremos decirles algo que les proporcione contento y nos traiga admiración. Más que a ser profundos aspiramos a ser perspicaces, y más que a ser humanos aspiramos a ser agradables. Con esta manera tan floja de vivir tenemos que olvidar los libros que nos hablan sin cesar de lo que ha preocupado siempre a los hombres y de lo que jamás podría dejar de preocuparlos; preferimos los libros que nos hablan con sensibilidad enfermiza de lo que está ante nosotros, y cuanto más ajeno sea, tanto mejor para despertar nuestro interés. No hace falta para convencerse de esto más que echar una ojeada a las últimas tendencias artísticas que han gozado del favor del europeo; parece que este hombre, entregado a lo inhumano y a todo lo más apartado de nuestro destino, estaba dejado de la mano de Dios.

Bueno es que comencemos a sentir la extrañeza de este mundo artificioso que hemos forjado; no tardaremos en sentir el regocijo de la vida sencilla y retirada que fluye mansa desde el comienzo de los tiempos; y notaremos este camino por los libros que nos interesan y por el arte que busquemos con ahinco, ya que el de nuestros días nos parece hartamente desmedrado y yerto para recoger lo que bulle y se insinúa en este viejo mundo que ahora se despierta como si quisiera soñar con la luz de la mañana.

Los últimos capítulos del Génesis tienen ya toda la ternura y toda la nostalgia que es capaz de sentir el hombre sobre la tierra. Los protagonistas del relato son Jacob y sus hijos, que, como aconteció con los otros hombres de que nos habla el Génesis, andan errantes en busca de pasto para sus rebaños o del pan que no les da su tierra. Encontramos la ternura de Jacob, la des-

gracia de José y la maldad de sus hermanos; y luego, cuando pasa el tiempo, volvemos a encontrar a José encumbrado por su suerte y su destreza y libre ya de rencor y de recelos. Poco a poco se van entrelazando episodios, hasta que, venido Jacob a tierra extraña, pide que le lleven cuando muera al lugar en que descansan sus antepasados; lo mismo pedirá José más tarde, y desde entonces suspirará el pueblo de Israel por la tierra prometida que mana leche y miel.

Como si fueran temas de una canción eterna van desarrollándose los episodios del Génesis con ritmo inalterable y sencillez; los temas de estos últimos capítulos son los mismos que aparecen ya en los últimos tiempos, aunque ahora se nos ofrecen envueltos en las mismas tiernas expresiones y en la vastedad de deseos que se va abriendo en el alma de los que, al tiempo de labrar la tierra, son labrados por ella. El más pleno dominio sobre los impulsos primarios, que hace imposible el perdón y la alegría, se nos revela por modo insuperable en José, que tiene ya un nutrido repertorio de expresiones capaz de sacar a la luz lo que lleva en el alma. Acoge con amor a sus hermanos y hace venir a Egipto a su padre; pero cuando están todos reunidos en la prosperidad y la vida se les ofrece dócil y pródiga, sienten la nostalgia de la tierra como una fuerza incontrastable, cuyo influjo consideran más poderoso que la muerte. Por eso, al morir, encargan que sus cuerpos vayan a reposar con los cuerpos de sus mayores; y he aquí cómo esa atracción de la tierra, que antes aparecía expresada con poca fuerza, cobra ahora un vigor que ya no va a ser superado en el transcurso de los siglos, aunque sea cantado por los más espléndidos poetas de la palabra y de la música. Egipto, con todas las dichas que ofrecía al principio a los hijos de Israel, será siempre tierra de peregrinación y de añoranzas; cuando pase el tiempo y se rompan los lazos personales que atan al pueblo de Israel a la tierra de sus peregrinaciones, se trocará en tierra de aflicción. Y

la nostalgia, cada vez más honda y más irresistible, se convertirá, andando el tiempo, en sed de liberación; la tierra prometida no será ya solamente lo que fué para Jacob cuando ordenaba a sus hijos que le llevaran muerto al lugar en que descansaban sus antepasados; desde la amargura de la esclavitud, la tierra prometida se les ofrecerá a los hijos de Israel como el único lugar en que pueden proseguir su historia. La tierra viene a ser de este modo uno de los más imprescindibles impulsos de la historia. Desde el principio del Génesis se echa de ver esto de manera que no deja lugar a dudas, como nos lo muestran los innumerables pasajes en que Dios promete a sus elegidos tierra y descendencia. Lo que ahora vemos en Egipto, con la fuerza y la emoción de la distancia, lo hemos visto antes varias veces expresado de una manera menos vigorosa. Como el tiempo tal vez no sea más que un molde en que vamos echando todo lo que nos pasa, a veces creo encontrar en las peripecias primeras que acaecieron al hombre un recuerdo de lo que nos cuenta el Génesis que ocurrió en Egipto.

Pensando en estas cosas se me ocurre preguntarte si crees que la historia pasa sobre la tierra, sobre los hombres o sobre sus sueños. Quizá lo entiendas mejor si te imaginas que la historia es algo así como una corriente de agua que viéramos pasar desde lejos al través de un fondo de cristal; y lo que te pregunto es si crees que esa corriente de agua pasaría sobre el fondo de cristal de la tierra, de los hombres o de sus sueños. Si me contestaras que sobre una sola de estas cosas, te preguntaría por el papel de las otras; pero si me dijeras que la historia pasa a la vez sobre la tierra, los hombres y sus sueños, te preguntaría en qué manera colabora cada una de estas cosas al paso de la historia. Porque algunas veces nos parece que lo fundamental está en la tierra; otras veces creemos, como ocurre en las épocas saturadas de cultura, que el hombre lo es todo; y otras veces pensamos que todo emana de sus ensueños, como ocurrió

en tiempo de los griegos. Podemos también preguntar si hay una historia para todos los pueblos o si, por el contrario, cada pueblo tiene la suya; y lo mismo cabe pensar de los hombres, que algunas veces los creemos empeñados en la tarea de la historia del mundo y otras veces se nos antojan ocupados en su propia historia, que va haciendo a solas cada uno a lo largo de su vida.

Cuando nos imaginamos la nostalgia que sienten los judíos en el destierro, quisiéramos preguntar si brota del pasado que dejan tras de sí o de ese porvenir tan ancho y lleno de promesas que presienten; pero como las cosas que ahora les ocurren en Egipto son las mismas que les vienen ocurriendo desde el comienzo de la historia, aunque ahora nos lleguen expresadas con más rigor y más riqueza, podemos hacernos esas mismas preguntas desde el momento en que se nos habla de nostalgia o de esperanza. No es que sintieran los hombres el paso vacío de la historia; para sentirlo hace falta un esfuerzo de abstracción que no está al alcance de los pueblos primitivos; lo que han hecho siempre los hombres sencillos, y lo que harán hasta la consumación de los siglos, es vivir, que luego diga la historia una cosa u otra. Aunque les moviera el deseo de la fama y sacrificaran para saciarlo hasta la propia vida, lo que había en el fondo de ese sacrificio era cosa bien distinta de su creencia, aunque, más allá de la voluntad humana, tal vez contra ella, se va haciendo la historia.

Lo cierto es que los hijos de Israel gimen en el destierro y ansían los lugares en que vivieron y fueron sepultados sus mayores; y con plena conciencia de la empresa en que estaban metidos o sin adivinarla siquiera, la verdad es que aquellas angustias y aquellas esperanzas, por la voluntad de Dios, fueron las más recordadas y cantadas a lo largo de los siglos; los Salmos nos traerán su quejumbre y su alegría, y aquellos días de triste-

za en el destierro han pasado a la memoria de los hombres como símbolo de todo lo que pueden sentir de amargura o de consuelo.

Sin abandonar el Génesis, el ambiente cambia por completo cuando nos acercamos a los últimos capítulos. Ya hay mucha pasión, y a veces advertimos la falta del sosiego con que iban transcurriendo las cosas en los primeros momentos; como si tuviera vida propia, a la manera de un ser humano, el Génesis va pasando por todos los caminos que se ofrecen al hombre en la vida, desde los caminos anchos de la infancia, en que no hay mancilla ni sobresalto en el mundo, hasta los caminos, ya resobados de la vejez, en que hemos dejado jirones de nuestra vida y que quisiéramos recobrar en el poder de la nostalgia. Como hay quienes son capaces de ver en un segundo la historia entera del hombre, no es nada asombroso decir que en el Génesis, como si todo discurriera a modo de proyección cinematográfica, se nos ofrece un compendio de lo que va a ser más tarde la historia del mundo.

Ya sé que hoy, acostumbrados como estamos a tener siempre ante nuestros ojos muchedumbre de hechos y de ideas, nos cuesta demasiado esfuerzo ver algo sin recurrir a la historia universal y a las últimas concepciones del mundo elaboradas con la acumulación de datos sin cuento; sobre carecer de capacidad para ver en las cosas pequeñas un reflejo de las grandes, tenemos que recurrir a la creación entera para creer que hemos comprendido lo que vemos a diario en las cosas que nos rodean. Son dos maneras de contemplar el mundo que tal vez tengan un mismo fundamento; lo peor es que no se ofrecen indistintamente a nuestro antojo, como nos sucede en los días que corren.

Imagínate que quisiéramos conocer lo que hay en el mundo sin considerar más que una gota de agua o una brizna de hierba; imagínate que pretendiéramos conocer lo que pasa en torno nuestro preocupándonos seriamente de todo lo que pasa

en el mundo desde el día en que fué creado. Las actitudes serían bien distintas, pero los resultados serían aún más distintos. Quien busca en la gota de agua o en la brizna de hierba el secreto del mundo, presupone, aunque no lo sepa explicar, que entre todas las cosas existe una comunidad que escapa a nuestra razón y que sólo podemos conocer a la luz del pensamiento; lo que puedan enseñarnos las cosas que están a nuestro alrededor son las menos atendidas; en la mayoría de las ocasiones ni las vemos siquiera; parece que estamos condenados a huir sin tregua ni descanso de lo cercano hacia una lejanía que agranda más y más el eco de nuestros pasos. De una u otra manera, las cosas que topamos se nos ofrecen como espejos en que esperamos encontrar la huella del conocimiento o la huella de una revelación. Quizá por esto han pensado algunos místicos que el hombre, a modo de estela indeleble, va dejando su rastro en las cosas del mundo, quizá más en las remotas que en las próximas; pero tal vez pueda decirse asimismo que las cosas todas del mundo, unas con su presencia, otras con su ausencia, van dejando su huella en el alma del hombre a medida que se pierde en los caminos desiguales de la vida.

Los hombres de los últimos capítulos del Génesis, a pesar de que andan errantes por tierras extrañas, viven con aplomo, nunca vacilan cuando hay que arrostrar las mudanzas de la suerte; parece que su mundo está acabado, parece que desconocen la vastedad de la tierra o no tienen más que un mero saber de ella. Lo cierto es que en esa porción tan pequeña del mundo se mueven con holgura y con la certidumbre del que se cree bien asegurado contra las asechanzas de lo imprevisible. Y esta manera de vivir, tan serena y tan libre de sorpresas, nos hace pensar que no sintieran el vacío de aquella tierra recién nacida que los rodeaba en soledad por todas partes. Pero también nos hace pensar que en el rincón más estrecho del mundo puede sentirse el desasosiego, de la misma manera que en la espesura de un bos-

que o en la inmesidad turbulenta del mar puede sentirse la dulzura que nos inunda en las horas más dichosas de la vida. Lo que hace que los hombres del Génesis se muevan con ese aplomo que nos maravilla en un mundo tan inmenso y tan desconocido es la gracia de Dios; es la gracia de Dios la que hace que sintamos dulzura en los trances más recios, y es precisamente la ausencia de esa gracia la que nos hace sentir miedo, aun cuando estamos bien resguardados contra el hechizo de la soledad y contra el estremecimiento del mar y del bosque. Los hombres del Génesis ven en la tierra una morada, un destierro o una sepultura; lo que nosotros sentimos al hablar de países lejanos no es tanto la distancia a que se encuentran de nosotros como la lejanía. La lejanía ha cobrado carta de naturaleza y nos atrae como nos atrae todo lo que es inaccesible: como el horizonte, como lo desconocido; en fuerza de pasar ante nuestros ojos siglos y más siglos, hemos acabado perdiendo el interés por lo que se nos ofrece paladinamente para ponerlo entero en lo que nunca alcanzaremos, como si lo único importante fuera el camino, como si la vida no fuera en su entraña más que una peregrinación.

¿Qué son las cosas que tengo delante? ¿Qué es este mundo inabarcable en que estoy metido como en mi propia piel? Desde que pregunto por estas cosas siento la comezón de rebasarlas; lo mejor, tal vez lo más sencillo, sería no preguntar por nada de lo que nos rodea, mirarlo todo sin asombro y guardar silencio. Pero esto requiere un largo aprendizaje que nos va labrando en silencio, como hacen los hombres con la tierra desde la mañana del mundo. Los hombres del Génesis no preguntan nada, les basta con usar las cosas que encuentran en su camino; el mundo carece para ellos de secreto, les basta la luz de su fe. Por que el secreto del mundo es algo así como el eco de nuestra incredulidad; cuando la fe nos enseña cómo son las cosas, ¿a qué preguntar por ellas? Pero si la fe calla en nuestro corazón, ¿de qué nos servirán todas las preguntas que podemos

hacer si comienza siendo un misterio el mismo afán de preguntar? Y según se apodera de nosotros la fe amenguan las preguntas, hasta que un buen día lo encontramos todo bañado de luz, y en lugar del ansia inquisitiva que padecemos, con deleite brota en nosotros el ansia de rezar. Creo que no te he dicho lo que pienso acerca de la manera de rezar los primeros hombres; antes quiero advertir que no busques en las expresiones que estaban al alcance de tu mano la comprobación de lo que voy a decirte; los sentimientos humanos son, poco más o menos, los mismos, pero sucede que se revisten de las más varias expresiones.

Imagínate perdido en una llanura inacabable; imagínate expuesto a las inclemencias del tiempo y a los sobresaltos del día y de la noche. Todas las cosas que te rodearan, y tú con ellas, estaríais como a merced del ocaso. Aunque hicieras esfuerzos sobrehumanos para orientarte en ese laberinto de vacío imaginado, no conseguirías más que desazonarte y caer desfallecido de cansancio y de desesperanza. Imagínate que un buen día, cuando menos lo esperas, se te ofrece todo claro; el mundo, que antes te amenazaba a cada instante, se rinde sumiso a tu voluntad, y ese esfuerzo que antes creías perdido sin remedio se te muestra como un entrenamiento valioso para tu provecho, para tu cultura anímica. No podrías describir, aunque lo intentaras, el sentimiento desusado que se apoderaría de ti en ese trance; no encontrarías palabras ni silencio capaz de aclarártelo a ti mismo. Y como algo tenue que se te escapara del corazón llenándolo de ternura, brotaría la plegaria. No ha ocurrido esto una vez sola en la vida; las experiencias íntimas como éstas son intransmisibles, cada cual tiene que revivirlas en sí; ni la historia de estas cosas es irreversible, ni ocurren una sola vez en nuestra vida. Como el hombre primitivo, nos sentimos en presencia de un mundo que a veces pierde su sentido, y como el hombre primitivo, asistimos con asombro a la revelación de ese milagro que está obrando Dios desde que infundió vida inmortal

a nuestra carne. La faz del mundo cambia; donde hay ahora una llanura puede verse más tarde un pueblo, y al revés; los parajes de la tierra en que habitan los hombres son muy distintos: montañas, riberas, calores, nieves; pero los sentidos son inmutables, tan inmutables como el alma del hombre, tan inmutables como su destino.

Abraham, cuando compró una heredad para enterrar a Sara, creó un lazo más entre el hombre y la nostalgia, y Jacob, desde Egipto, mandó a sus hijos que le llevaran al lugar en que descansaban sus padres. El primer hombre que, muerto en tierra extraña, se hace llevar a la propia, porque, a su modo de ver, no era lo mismo descansar de los trabajos de la vida en cualquier lugar, bajo cualquier cielo. Y Jacob fué trasladado a la tierra de sus antepasados, como iba a serlo más tarde el pueblo de Israel en masa con la ayuda de Dios. Nosotros hemos perdido este calor de la tierra y vivimos sin preocupación alguna en los más diversos parajes del planeta; por eso nos cuesta un poco de trabajo hacernos cargo de ese apego al suelo; sin embargo, duerme en los adentros de nuestra alma hasta que despierta, ya en forma de patriotismo para arrojar al invasor, ya en forma de añoranza cuando nos hallamos en suelo extranjero. Si nos asombra a primera vista que el hombre del Génesis no sintiera pavor ante la inmensidad del mundo que tenía ante sí, ¿por qué no nos asombramos también, y con mucha más razón, de que podamos vivir nosotros sin conocer muchas de las cosas que llevamos dentro y sin que podamos presentir siquiera cuáles van a ser las más decisivas en nuestra vida? De la vastedad hosca de un mundo inescrutable podremos librarnos refugiándonos en un pequeño lugar que nos preste cobijo y placidez; pero ¿y de la temerosa inmensidad de nuestros anhelos y sentimientos, de esos que llevamos escondidos, tal vez ignorándolos, en los penetrales de la vida, cómo librarnos?

Y he aquí por qué en cualquier momento podemos encon-

trar ese indecible deliquio de que brota la plegaria; lo peor que puede acontecer al hombre es que viva entregado al juego ingobernable de sus anhelos sin saberlo; lo peor es perderse en esa maraña inextricable sin saber que está perdido. El asombro que echamos de menos en los hombres del Génesis es precisamente el que nos hace falta a nosotros en las vicisitudes de nuestra vida, sobre todo cuando no es la fe lo suficientemente honda para iluminarlas o la resignación no tiene poder bastante a hacernos insensibles contra ellos. Los hombres del Génesis andan por el mundo, que encuentran vacío de historia y de senderos; en fuerza de andar por aquellos lugares, tan llenos de sugestión para nosotros, los fueron llenando poco a poco de sentido humano. Y el mundo, que se les ofrecía ancho e inabarcable, tiene su más acabado símbolo en la anchura y profundidad del mundo de nuestros sentimientos, como el repertorio escaso y sencillo de los sentimientos de aquellos hombres tiene su expresión más lograda en el escaso repertorio de sorpresas que nos puede proporcionar este mundo en que estamos alojados, ya tan resobado y pequeñito. Precisamente por eso buscamos lo inaccesible, como la lejanía y el temblor que deja en todas las cosas el paso del misterio; por eso estamos siempre afanados en buscar lo que nos saque, siquiera sea brevemente, de esta realidad, ya demasiado angosta; la presencia de las cosas nos agobia de continuo y apenas nos deja trecho para que nos hagamos cargo de nuestro destino y no nos dejemos arrebatar por el torrente del mundo que hay en nuestro alrededor.

Como ya hemos dicho varias veces, yo, en las cartas que te he escrito, y tú, en las que he recibido estos días, los hombres del Génesis no sienten pavor por lo que se les descubre de las cosas que tienen delante; cuando se estremecen, es la ausencia, esa ausencia que delata la presencia de Dios, la que causa su estremecimiento. Y por si fuera poco esta manera misteriosa de sentir la presencia de Dios, está cerca el sueño las dos veces en

que se nos habla de ella. Abraham es sobrecogido de un grande pavor a la hora de la tarde, cuando sobrevienen juntos la oscuridad y el sueño; Jacob, en el camino que hizo hasta llegar a casa de Labán, huyendo de su hermano, soñó, y cuando despertó y se dió cuenta del lugar en que estaba, sintió estremecimiento en su alma y echó de ver la presencia de Dios. Lo que no nos dice el Génesis es lo que hacía que se viera la presencia de Dios en las cosas que antes pasaban inadvertidas; pero, aparte de que esto es indecible, la narración del Génesis transcurre, como la primera peregrinación de hombres sobre la tierra, con naturalidad, sin que haya un abismo entre lo que nos dice de los hombres y lo que ellos dicen y sienten.

Lo que les hace sentir estremecimiento es esa peculiar ausencia de lo que presiente, esa ausencia inexplicable que a veces encontramos en todas las cosas y que nos hace ver el mundo a una luz nueva y penetrante. No es esto lo que hace que se estremezcan los hombres del Génesis, a pesar de que ésta sea la primera interpretación que se nos viene encima; el pavor que se apodera de Abraham y luego de Jacob brota de la misma santidad en que se les aparece súbitamente el poder infinito de Dios. No hay dudas en los hombres del Génesis, unos creen y guardan la palabra de Dios: mientras otros viven ajenos a todo lo santo, como ocurre con las ciudades arrasadas por el fuego; lo que hay de temor y de aflicción en los Salmos está aún muy lejos, como está muy lejos de los Salmos la sencillez de alma con que se nos presenta en sus alegrías y en sus trabajos el hombre del Génesis.

En contra de lo que nos ocurre a nosotros, los que vivimos en estos tiempos de muchedumbres y turbulencias, que nos esforzamos de ordinario por encontrar un retiro que nos proteja contra el mundo que nos asedia, el hombre del Génesis, sobre no sentir el agobio de las cosas, va a ellas, hacia ellas, como si fueran promesas. Todo el libro está lleno de episodios en que se nos refieren peregrinaciones y más peregrinaciones en busca de tie-

rra o de pasto para los rebaños; la calma que se respira en el Génesis no está en que los hombres lleven una vida sedentaria ni en que falten altercados ni contratiempos. La calma brota de lo hondo de ese mundo recién creado y de lo hondo de esas almas que, sin artificios ni rodeos, acertaron a vivir con profundidad vertiginosa en la superficie, como otras, las almas de las culturas ya acabadas, viven con superficialidad inhumana, en las honduras artificiosas que ha creado una técnica de la expresión, más abominable y más satánica que todas las técnicas imaginables del mundo.

Precisamente por esto se nos hace un tanto incomprendible al pronto que la sencillez en que nos aparecen los hombres del Génesis sea la expresión más plenaria de su grandeza. Después de dos siglos de halago al poder del hombre nos cuesta trabajo creer que alguien puede ser grande sin haberse conquistado su propia grandeza en lucha abierta con la vida; pero la verdad es que esa presunta grandeza humana, que está al alcance de cualquier fortuna, es bien poca cosa. Y si admitimos que no todos pueden conquistarla, habremos reconocido que lo esencial de esa grandeza es lo que hace precisamente que unos la conquisten y otros no; es decir, algún poder ingénito que está fuera del alcance de los resortes humanos. Lo que llamamos, pues, grandeza humana no es más que un artificio de expresión que los bien dotados logran en lucha abierta con la vida; esto es, los que logran expresar de manera apropiada lo que se les concedió de manera graciosa, es decir, gratuita.

Y justamente por eso se nos antojan al pronto tan rudimentarios los hombres del Génesis; sí, en fuerza de exaltar el poder humano, hemos llegado a confundir la grandeza del alma con la riqueza de expresión que logran los hombres en lucha abierta con la vida. Los hombres del Génesis tienen que parecernos fatalmente más pobres que cualquiera de esos gacetilleros que hayan leído un par de docenas de libros de los que se escribieron

hace un siglo. Porque esa es otra. Ahora resulta que hasta hace poco menos de un siglo se escribieron libros que merecen aún ser leídos; pero desde entonces no se ha escrito uno solo que merezca ponerse al lado de las obras maestras de la humanidad. ¿Será acaso porque se haya amortiguado tanto el fuego de la fe que no tengamos más remedio que vivir de la que nos dejaron hombres más apasionados? ¿Cómo hacer un buen libro en este mundo tan frío y tan menesteroso?

CARTAS DE JOHN KEATS

A JOHN HAMILTON REYNOLDS

Carisbrooke, 17 de abril de 1817.

MI querido Reynolds: Desde que escribí a mis hermanos al llegar a Southampton he vivido en continuo ajetreo; en este momento estoy a punto de instalarme definitivamente; ya he desempaquetado mis libros y los he colocado en un simpático rincón de la estancia; he colgado en un lienzo de pared a Haydon, a María, reina de Escocia, y a Milton con sus hijas; todos en fila. En el pasillo encontré una cabeza de Shakespeare que era para mí desconocida. Es, con toda probabilidad, la misma de que Jorge hablaba tan elogiosamente, pues me gusta con extremo. He puesto esta cabeza sobre los libros, exactamente encima de los tres retratos, y no sin antes haber retirado la efigie de un embajador francés. No dirás que empleé mal la mañana. Ayer fui a Shanklin; ese viaje suscitó en mi mente la duda de si debía habitar allí o en Carisbrooke. Shanklin es un sitio sumamente bonito; laderas de bosques y de pradera se extienden en torno al Chine, que es una hendedura de unos 300 pies de profundidad abierta entre los acantilados. Esta grieta se llena de árboles y zarzas en los congostos; al ensancharse se muestra desnuda y recubierta únicamente por las primaveras verdiamarillas, que se derraman por uno de sus flancos hasta el borde mismo del mar; en el otro lado hay algunas chozas de pescadores, colgadas a regular altura, bordeando las balaustradas de

hermosos setos verdes y a lo largo de las gradas que descienden hasta la arena. Pero el mar, Juan, ¡el mar! La pequeña cascada, primero, y, después, los blancos cantiles y el collado de Santa Catalina —“la oveja sobre el prado y entre el trigo las vacas”—. Entonces, me preguntarás, ¿por qué vives en Carisbrooke y no en Shanklin? Sencillamente: porque, en primer lugar, me costaría el doble y me sería tres veces más molesto; en segundo término, porque desde aquí puedo ver vuestro continente; subido a lo alto de una colina cercana alcanzo a distinguir todo el ángulo norte de la isla de Wight y el agua que hay entre nosotros, y, finalmente, porque contemplo desde mi ventana el castillo de Carisbrooke y porque he descubierto diversas y deliciosas sendas que cruzan el bosque y los sotos y los arroyuelos de límpidas aguas. En lo que toca a las flores, debiera esta isla ser llamada la Isla de las Primaveras; es decir, si el reino de las velloritas, cuyas varias tribus comienzan ahora a alzar sus pálidas cabezas, otorga su conformidad. Otra de mis razones para quedarme aquí es el tener más al alcance los sitios de los alrededores. Tengo la intención de andar la isla de norte a sur y de este a oeste. No he visto muchos ejemplares de ruinas; pero dudo que vea jamás alguno que sobrepase en hermosura al castillo de Carisbrooke. El foso está cubierto de césped suavísimo y los muros de hiedra. El torreón es, en su interior, una tupida enramada de hiedra; una colonia de grajos tiene allí su residencia desde hace cientos de años. Me atrevería a afirmar que son estos pájaros que revolaban por el castillo los descendientes de algún viejo graznador que a través de los barrotes contemplaba a Carlos I durante los largos días de su prisión. El viento está irascible. ¡Oh Juan! ¡Cuánto me agrada-
ría ser el favorito de un hada para que, tocándome con su mágica varita, me concediese el poder de ver a mis amigos a través de la distancia! Me gustaría, por encima de todo, tener un dibujo tuyo, y otro de Tom, y otro de Jorge; Haydon los hará si le dices cuán vivamente los deseo. Por falta del natural reposo he tenido los nervios algo excitados, y el pasaje del *Rey Lear* en que se habla del mar —“¿No oyes el mar?...— me ha obsesionado intensamente.

SOBRE EL MAR

*Un susurrar eterno y una desierta ola
mantiene en sus orillas yermas y desoladas;
las hondas grutas colma de espuma y tornasola,
y deja un son sombrío en las rocas calladas.*

*Tanta es su calma a veces, que ni la caracola
más leve en muchos días mueve de las doradas
arenas donde yace, inmensamente sola,
entre el viento y las aguas furiosas y cansadas.*

*Los que tenéis de insomnio la mirada marchita,
venid, gozad mirando la fiesta inmensa y pura;
¡oh aquellos que el tumulto de la ciudad traspasa!*

*Los que buscáis, hastiados, la música infinita,
escuchad con el alma la voz de la hermosura,
el coro de las ninjas y la espuma que pasa!...*

Di a Jorge y Tom que me escriban. Verás: el día 23 es el aniversario del nacimiento de Shakespeare; si en esa fecha recibiera una carta tuya y otra de mis hermanos, ¡qué maravilloso regalo! Siempre que me escribas haz un comentario breve sobre algún pasaje de Shakespeare que te haya parecido nuevo al releerlo; lo que puede sucedernos de continuo aunque leamos una misma obra cuarenta veces; por ejemplo, el siguiente trozo de *La Tempestad* nunca me había producido un asombro tan vivo como ahora,

*... Duendes,
cuando en la vasta noche libremente trabajan
ejercerán su imperio sobre ti...*

¿Y cómo no recordarte aquel verso que dice:

En el fondo sombrío y el abismo del tiempo?

Me doy cuenta de que no puedo existir sin poesía; sin eterna poesía. La mitad del día no me basta; necesito la jornada entera. Empecé con

un poco; pero el hábito me ha convertido en un Leviatán. Había llegado mi cuerpo entero a vibrar dolorosamente por no haber podido escribir nada estos últimos tiempos. El soneto que te envió me ha hecho mucho bien. Gracias a él he dormido mejor esta noche. Esta mañana, sin embargo, me siento mal de nuevo. Hace un momento abrí mi Spencer y los primeros versos que vi eran éstos:

*El noble corazón que hospeda la hermosura
más alta y de gloriosa ambición vive en cinta
no puede descansar hasta que el hijo propio
la eterna estirpe inicia de su profunda gloria.*

Cuéntame cosas de Haydon principalmente; dile que me escriba hablándome de Hunt, aunque no sean más de diez líneas. Espero que todo marche bien ahí. Yo voy a comenzar en seguida mi *Endimion*; pienso tenerlo bastante avanzado cuando vengas a verme, en cuya ocasión leeremos nuestros versos en un maravilloso lugar cercano al castillo, donde todos los días paso unos instantes. Saluda con vivo afecto a cada una de tus hermanas, abraza a Jorge y a Tom y haz presente mi recuerdo a Rice y a la señora Dilke. Tu verdadero amigo.—JOHN KEATS.

A FANNY KEATS

Oxford, 10 de septiembre de 1817.

MI querida Fanny: Hemos vivido tan poco tiempo reunidos desde que eres mayorcita y capaz de pensar seriamente en las cosas, que esta es la fecha en que ignoro si prefieres la *Historia del Rey Pepino* a *El viaje del Peregrino* de Bunyan, o *La Cenicienta* y su zapatilla de vidrio al *Almanaque de Moor*. Espero llegar a saberlo en seguida para, de esa manera, acomodar mis cartas a tus gustos y preferencias personales. Debes comunicarme cuanto leas, aunque no sean más de seis páginas a la semana; si así lo haces, yo te corresponderé con pliegos y más pliegos rebosantes de palabras y de cariño. Siento esto como una verdadera necesidad. Pues es absolutamente preciso que lleguemos a comprendernos íntimamente para que no sólo pueda que-

rente como a mi única hermana, sino también confiar en ti como en el amigo más entrañable. La última vez que te vi te dije que pensaba pasar una temporada en Oxford; hace justamente una semana que me encuentro aquí. Vivo en el Colegio de la Magdalena y soy el huésped de un joven amigo, al que no hace mucho que conozco, pero con el que me une una profunda simpatía. Estamos los dos muy atareados: él, con sus estudios universitarios, y yo, escribiendo un largo poema, que espero veas concluído a comienzos del próximo año. Quizás te agrade conocer el asunto de mi poema. Voy a contártelo.

Hace muchos años había un joven y hermoso pastor que llevaba a pacer sus rebaños a la ladera de un monte llamado Latmos; era este pastor muy aficionado a meditar y soñar y vivía en soledad entre los árboles y las amplias llanuras, sin ocurrírsele pensar que una criatura tan bella como la luna pudiera enloquecer de amor por su causa. Así era, sin embargo. Mientras yacía dormido sobre la fina hierba solía ella descender del cielo y contemplarle con intensa y muda admiración durante largo rato; hasta que, por fin, no pudiendo reprimir por más tiempo su amorosa ansiedad, le llevó un día en sus brazos a la cima más alta de la montaña; él soñaba entre tanto... Pero de seguro has tú leído éste y los demás bellísimos cuentos que han llegado a nosotros desde los antiguos tiempos de la hermosa Grecia. Si no, dímelo, y te relataré más extensamente otras leyendas tan maravillosas como ésta. Oxford es, sin duda alguna, la ciudad más hermosa del mundo; está toda ella llena de viejos edificios góticos, de delicados y transparentes chapiteles, de torres, de patios espaciosos, de claustros y de arboledas y rodeada por los más claros arroyos que he visto nunca reunidos. Todos los atardeceres suelo pasear por la orilla de uno de ellos y, gracias a Dios, en todo este tiempo no ha caído una sola gota de lluvia.

He recibido una larga e interesantísima carta de Jorge y, cruzada sobre ella, otra más breve de Tom. Me escriben desde París, y ambos envían cariñosos recuerdos para ti. Como la mayor parte de los ingleses, sienten ellos una profunda preferencia por todo lo inglés; las praderas de Francia, los árboles, los habitantes, las ciudades, las iglesias, los libros, absolutamente todo—a pesar de lo que puedan tener de bueno—, al compararlos con nuestra verde isla, se desvanecen como las golondrinas en octubre. Han visto catedrales, manuscritos, fuentes y surtidores, pinturas, tragedias, comedias, amén de otras cosas con

las que casualmente puede uno topar en aquel país, como, por ejemplo, lavanderas, faroles de gas, guardas del portazgo, marmitas para el pescado, profesores de baile, atabales, garitas de centinela, caballos de cartón...; últimamente se han comprado un par de guantes de boxeo. Al contestarles digo a Jorge que te escriban directamente.

He trabajado tanto estos últimos días, que he llegado a sentir un gran cansancio cerebral; no te enfades, por lo tanto, si divago alguna vez; si bien es cierto que, aun con la cabeza completamente clara, suelo también hacerlo. Pienso permanecer aquí hasta haber terminado el tercer libro de mi poema, en lo que emplearé, a lo sumo, otras tres semanas; inmediatamente después cuento hacerte una visita. ¿Te gustan los ensayos de miss Taylor sobre la rima? Yo no he hecho más que hojear el libro, pero me ha parecido a propósito para ti. Mientras te estaba hablando de Francia se me ocurrió pronunciar unas cuantas palabras en ese idioma. Es, quizás, la lengua más pobre inventada por el hombre después del guirigay y la confusión de la Torre de Babel, y cuando llegues a saber que el uso real y la grandeza de una lengua está en relación directa con su literatura, te asombrará el comprobar cuán inferior es el francés a nuestra lengua nativa. Desearía que el italiano reemplazara al francés en todas las escuelas y universidades inglesas, por ser éste un lenguaje pleno de fantasía y de poesía verdadera y por parecerme más apropiado a la gracia de la mujer que el inglés mismo. Parece que lo único que se proponen al obligarnos a estudiar el francés es ponernos en condiciones de hablarlo con consumada elegancia. ¿Para qué? Es un error verdaderamente lamentable. Y ahora, Fanny, escíbeme pronto; cuéntame todo lo que pienses, sea lo que sea; lo único que te pido es que me escribas mucho y largo. No tienes por qué hacerlo de una sola vez; emplea dos o tres o cuatro días en escribir una carta, como si se tratara de un pequeño diario de tu vida. Tú guardarás todas mis cartas y yo conservaré siempre las tuyas. Así, al correr del tiempo, tendrá cada uno un buen manajo, y más tarde, cuando posiblemente haya todo cambiado extrañamente y hayan sucedido Dios sabe qué cosas, podremos, juntos, releer nuestro pensamiento y volver la vista atrás y recordar con placer el tiempo pasado, que en este instante es todavía el futuro. Te saluda con el mayor cariño tu hermano, JUAN.

19 de febrero de 1818.

MI querido Reynolds: Voy a contarte lo que estaba pensando hace un instante. El hombre podría gozar una deliciosa existencia de la siguiente manera. Bastaría con que un día cualquiera de su vida leyese un pasaje de verdadera poesía o de concentrada prosa. Esta poesía le impregnaría el alma; le llevaría consigo dondequiera que fuese; la meditaría; la vería con diáfana claridad; profetizaría con su espíritu y soñaría en ella, hasta hacerla perder toda su fuerza y agotar su virtud. ¿Sucedería esto alguna vez? Yo creo que nunca. Cuando el hombre ha llegado a un cierto grado de madurez intelectual, cualquier contacto con la belleza espiritual, por leve que sea, puede servirle de punto de partida hacia "los 32 Palacios del Deleite". ¡Cuán feliz viaje para la imaginación! ¡Qué deleitosa y diligente indolencia! El sueño no lo impide en ningún modo, y dormidos sobre el trébol se atenúan etéreamente nuestros dedos al acariciarlo; la charla de los niños le da alas y el pensamiento de los adultos fuerza para volar; el son lejano de la música le conduce a "un misterioso rincón de la isla", y cuando las hojas susurran en los árboles siente su alma ceñida por la hermosura del mundo entero. No implicaría ese discreto comercio con los libros más nobles, irreverencia hacia sus autores. Los honores pagados por un hombre a otro hombre son una nonada si los comparamos al beneficio que las grandes obras humanas reportan al Espíritu y a la esencia del Bien por el mero hecho de su existencia pasiva. La memoria no debiera ser llamada conocimiento. Muchos hombres poseen un espíritu original sin percatarse de ello; van por el mundo como arrastrados por la costumbre. Pues bien, creo yo que todos, o casi todos los hombres, pueden, a semejanza de la araña, extraer de su interior los leves materiales de su aérea ciudadela; los puntos de las hojas y de los tallos donde comienza la araña su tarea son bien escasos, y, sin embargo, cubre el aire con sus hermosas y delicadas redes circulares. El hombre, a su vez, debiera contentarse con mínimos puntos de apoyo al guarnecer la fina tela de su alma y tejer una inmaterial tapicería llena de símbolos para su visión espiritual, de suavidad para su toque espiritual, de espacio para sus delirantes vagamundeos, de alegre claridad para el placer de sus sentidos. Pero los espíritus de

los hombres son tan diferentes y siguen tan diversos caminos, que puede, a primera vista, parecernos imposible una tal armonía de gustos y de sentimientos, siquiera entre dos o tres seres. Sucede, sin embargo, todo lo contrario. Las almas se separarían al iniciar su viaje; llevarían direcciones contrarias; pero se entrecruzarían en muchos lugares y, al final de la senda, se reconocerían y se saludarían amistosamente. Un anciano y un niño hablarían entre sí, y el anciano sería guiado en su camino, y al separarse quedaría el infante pensativo. El hombre no debiera afirmar ni disputar, sino decir al oído de su vecino los resultados de su experiencia. Y así, extrayendo de cada germen de vida la savia de su mantillo espiritual, llegarían los hombres a ser verdaderamente grandes, y la humanidad, en lugar de ser un vasto páramo cubierto de tojos y agavanzos, con un roble remoto o un pino solitario alzándose entre las peñas, se convertiría en una gran comunidad de árboles hermosos y pujantes. Hace mucho tiempo que, para estimularnos y espolear nuestra voluntad, se nos brinda el ejemplo de la colmena. Mi opinión es que debiéramos aspirar a ser como la flor y no como la abeja; pues es una falsa enseñanza la que nos induce a creer que ganamos más recibiendo que dando. No; el que recibe y el que da obtienen iguales beneficios. Sin duda alguna recibe la flor un bello galardón de la abeja; sus pétalos se teñirán de una púrpura más viva la próxima primavera. ¿Y cómo saber, entre un hombre y una mujer, cuál es el más ganancioso en los placeres del amor? Es más noble estar sentado en un trono como Júpiter que volar como Mercurio. No vayamos, por lo tanto, afanándonos de un lado a otro, cosechando siempre miel y zumbando como las abejas, llenos de impaciencia ante nuestro destino y nuestro misterio; abramos, en cambio, nuestra corola como una flor y seamos pasivos y receptivos, hinchando pacientemente nuestro pimpollo bajo la mirada de Apolo y tomando lecciones de humildad de cada insecto noble que nos favorezca con su visita; la savia nos será dada para nuestra hambre y el rocío para nuestra sed.

Me ha inspirado estos pensamientos, mi querido Reynolds, la belleza de la mañana, que ha empapado mi alma de una dulce pereza. No he leído ningún libro. La mañana me ha dado la razón. No pensaba en otra cosa sino en ella; su hermosura me llenaba por entero, y el zorzal, coincidiendo con mis pensamientos más puros, parecía decir:

*A ti, que en el invierno, con el alma aterida,
contemplastes el cielo lleno de copos leves
y entre los olmos negros a las estrellas frías;
a ti la primavera te colmará de frutos.
A ti, que con el alma descifraste y leíste
la luz de la suprema tiniebla, el solo libro
abierto cada noche por tus manos cansadas,
tres veces dulce el alba recreará tus ojos.
No quieras saber mucho. Yo no sé nada y canto,
y la música nace sin esfuerzo en mi pecho.
No quieras saber mucho. Yo no sé nada y toda
la creación me escucha. Aquel que se entristece
al pensar en el ocio no puede estar ocioso,
y está sólo despierto el que se cree dormido.*

Me doy buena cuenta de que es todo esto una pura mentira, a pesar de lo cerca que anda de ser una pura verdad; una excusa de mi propia indolencia. No trataré, pues, de engañarme a mí mismo y de equiparar realmente al hombre con Júpiter; puede aquél darse por contento con ser un humilde Mercurio y hasta una humildísima abeja. No importa que yo tenga razón o no la tenga; igual da una cosa que otra si han servido mis pensamientos de alguna distracción a tu alma y han hecho más leve durante algunos instantes el peso del tiempo en tu corazón. Tu verdadero amigo, JOHN KEATS.

A JOHN TAYLOR

Hampstead, 27 de febrero de 1818.

MI querido Taylor: Te estoy profundamente agradecido por el trabajo que te has tomado al corregir mis versos. Me apena pensar que alguien tenga que vencer sus prejuicios más arraigados y generales al leer mi poesía. Esta clase de crítica me afecta más vivamente que cualquiera que pueda hacerse, por rigurosa que sea, sobre un pasaje concreto de mis poemas. Con Endimion apenas he hecho otra cosa que soltar los andadores de la infancia. Tengo, en materia de poesía, unos

cuantos axiomas; ya verás cuán lejos estoy de haber logrado su plena expresión artística:

1.º Creo que la Poesía debe sorprender por el exceso y la variedad de la belleza y no por la singularidad; es necesario que el lector reconozca sus pensamientos más altos y puros; que se sienta como revelado y descifrado a sí mismo en las palabras del poeta; que le parezca que las recuerda.

2.º Creo que los toques de belleza deben tener la intensidad suficiente para que el lector quede sin aliento y no meramente complacido. El nacimiento, la progresiva plenitud y el acabamiento de la imagen tienen que parecerle tan naturales como los del sol. La imagen debe brillar sobre su alma, irse alejando suavemente y perderse, por fin, con sobriedad y magnificencia, dejando tras ella la voluptuosidad del crepúsculo. Pero es más fácil pensar lo que la Poesía debiera ser que escribirla. Y esto me lleva a formular mi tercer axioma: creo que si la Poesía no brota tan naturalmente como las hojas en el árbol, valiera más que no lo hiciera nunca. En lo que a mí toca puedo decirte que trato siempre de descubrir países vírgenes y que no puedo impedirme el exclamar: "¡Oh, ascender en las alas de una Musa de fuego!" Si Endimion me sirve a modo de exploración por estos vastos y lejanos países, debo darme por bien pagado. Tengo razones para sentirme satisfecho, pues que, gracias a Dios, puedo leer y quizás entender a Shakespeare en su mayor profundidad. Y me cabe la seguridad de que mis amigos, caso de que frustrara las esperanzas que en mí tienen puestas, atribuirían a humildad y no a orgullo cualesquiera cambios que se produjeran en mi temperamento y en mi vida: a un noble temor de competir con los grandes poetas más que a la amargura de no sentirme apreciado.

Estoy deseando que Endimion esté impreso para poder olvidarlo y seguir adelante. Ya he copiado el tercer libro y comenzado el cuarto. Haz presente mi recuerdo en Percy Street. Tu agradecido y buen amigo, JOHN KEATS.

A BENJAMÍN BAILEY

Leatherhead, 22 de noviembre de 1817.

MI querido Bailey: De nada estoy tan plenamente cierto como del carácter sagrado de los afectos del corazón y de la veracidad de la imaginación. Lo que la imaginación aprehende como belleza tiene que ser verdad, existiera o no existiera con anterioridad. Pues tengo el convencimiento de que todas nuestras pasiones, a semejanza del amor, son, al sublimarse, las creadoras de la belleza espiritual. La imaginación puede ser comparada al sueño de Adán en *El Paraíso Perdido*; despertó y lo halló verdad. Pongo un interés tan vivo en este asunto por haber sido siempre incapaz de percibir cómo una cosa puede ser conocida como verdadera por simple raciocinio, y, sin embargo, puede que así sea. ¿Pero no crees tú que incluso el más egregio filósofo ha tenido que descartar numerosas objeciones antes de alcanzar la meta? De una manera o de otra, yo preferiría siempre a una vida hecha de pensamientos una hecha de sensaciones. Es esta vida “una visión en forma de juventud”; una sombra de la futura realidad. Esta consideración ha hecho más firme mi convencimiento y ha venido a fortalecer otra de mis meditaciones predilectas y más queridas: la convicción de que nuestra felicidad después de esta vida consistirá en una repetición más intensa y delicada de lo que hemos llamado dicha en la tierra. Pero, ¡ay!, un destino tal puede sólo cumplirse en aquellos que se deleitan en la sensación, y no en los que, como tú, están hambrientos de verdad. El sueño de Adán viene aquí como anillo al dedo, y parece probar que la imaginación y su celeste reflejo equivalen, esencialmente, a la vida humana y su repetición espiritual. El hombre puramente imaginativo se siente recompensado por la reaparición de su propia y silenciosa experiencia, volviendo continuamente al espíritu en súbitas y hermosas oleadas. Y comparando pequeñas y grandes cosas, ¿no has sentido tú, al escuchar inesperadamente una antigua melodía, cantada por una maravillosa voz en un lugar también maravilloso, las mismas inefables conjeturas, los mismos pensamientos y sensaciones que rozaron tu alma la vez primera que oyó esa música? ¿No recuerdas haberte representado bello, hasta más allá de lo posible, el rostro de la mujer que cantaba? Pero estabas como per-

dido en el éxtasis del instante y no te dabas cuenta de ello; volabas con las etéreas alas de la imaginación y te alejabas de la tierra. Sí; el prototipo tiene que existir, existe, sin duda, más allá de la vida; algún día volverás a contemplar aquel rostro tan dulce... ¡Qué tiempo será ése! Pero no hago más que desviarme del tema. No; no le sucedería eso mismo a un espíritu más complejo; a un espíritu al mismo tiempo imaginativo y fiel a la realidad; a un hombre que concediera tanta importancia a sus sensaciones como a sus pensamientos y viviera así como gozando de una doble existencia, hasta que, por necesidad, "los años traigan consigo la madurez filosófica del espíritu". Según mi sentir, tu espíritu es de esa familia, y considero, por lo tanto, necesario para tu eterna felicidad que lo enriquezcas de continuo y que no libes solamente el celeste y espirituoso vino de la imaginación, que es como la esencia de nuestras más etéreas meditaciones en la tierra, sino también el agua pura y diáfana del conocimiento; que crezcas en sabiduría y descifres el secreto de los seres y de las cosas.

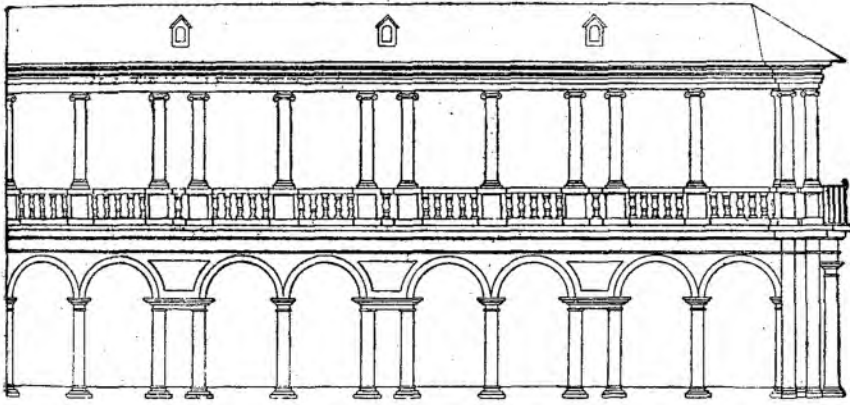
Me complace mucho saber que progresas en tus estudios y que te encuentras en forma para los exámenes de Pascua; ya pronto darás fin a esa molesta preparación, y entonces... Pero este mundo está lleno de zozobras.

En algún tiempo acaso pensarías que podíamos llegar a alcanzar la felicidad en esta vida y que existía la posibilidad de ser plenamente dichoso en la tierra; pensarías, al menos, que tú podías. Tienes, indudablemente, una cierta predisposición natural a pensar así. Yo apenas recuerdo haber contado con una felicidad semejante. Nunca la he buscado más que en la hora presente, en la actualidad pura; fuera del instante en que vivo nada solicita mi alma. La puesta del sol señala los límites de mi esperanza, y si un gorrión se posa junto a mi ventana, tomo parte en su existencia y picoteo con él entre las pedruzuelas. La primera cosa que se me ocurre pensar al enterarme de la desgracia acontecida a alguien es ésta: así tendrá el placer de poner a prueba los recursos de su espíritu. Te pido por favor, querido Bailey, que si en lo sucesivo crees observar en mí frialdad o indiferencia, lo achagues a la distracción de mi espíritu y no a la crueldad de mi corazón. Porque te aseguro que a veces me sucede el vivir una semana entera sin sentir la influencia de una pasión o la exaltación de un sentimiento, y llega esta condición de mi alma hasta hacerme dudar de

la autenticidad de mis afectos y aun a obligarme a creer que son mis sentimientos estériles lágrimas de comediante.

Mi hermano Tom ha mejorado mucho. Piensa marchar a Devonshire. Yo le seguiré allí. En la actualidad acabo de llegar a Dorking para cambiar un poco de escenario, mudar de aires y acelerar la conclusión de mi poema, del que faltan todavía unos 500 versos. Mis recuerdos más cariñosos para Gleig. Tu amigo, JOHN KEATS.

(Traducción de LEOPOLDO PANERO.)



Notas y Libros

NOTAS: *Hechos de la Falange*; *Entre lo vivo y lo soñado*, por Lepoldo Panero; *Historia de Europa*, por Emiliano Aguado; *Mozart y el presente*, por Karl Holl; *En la jubilación de D. Miguel Asín*, por Emilio García Gómez; *Una revista alemana*, por M. C. de Y.; *Vida cultural*. — **LIBROS:** P. José M. March, S. J.: *Niñez y juventud de Felipe II*, por Antonio Tovar; *Réplica a Ramón Carande*, por Carmelo Viñas y Mey.

NOTAS

HECHOS DE LA FALANGE

EL CAUDILLO Y SU PUEBLO

EN medio de tantas dificultades como ha acarreado esta guerra que ahora cobra dimensiones mundiales, se hace necesaria una época de trabajo y de sacrificios que también nos vinieron impuestos por nuestra larga y recia guerra de liberación. El pueblo español, entregado sin tregua ni descanso al trabajo y sufriendo las privaciones sin cuento que se le imponen como consecuencia de estos tiempos difíciles, no ha tenido grandes ocasiones de mostrar su voluntad y decisión; por eso el resentimiento y la frialdad de corazón tal vez le creyeran ajeno a los quehaceres que a todos nos importan por igual y a las esperanzas que nos alumbran en nuestro camino y en nuestros propósitos.

El viaje del Caudillo a tierras catalanas con motivo de celebrarse el tercer aniversario de la liberación de Barcelona ha sido la ocasión que necesitaban los españoles para manifestar su entusiasmo, su decisión inquebrantable de proseguir el camino emprendido el día 18 de julio de 1936 y su íntima persuasión de que todas las cosas duras y tristes que padecemos son fruto de la guerra y se hallan mitigadas por la labor atinadísima y sin desmayos del Jefe del Estado y su Gobierno. Esos frenéticos aplausos que han resonado en las calles y plazas de todas las ciudades españolas por donde ha pasado el Caudillo son buena muestra de la devoción nacional que acompaña todas sus decisiones, y de algo, si cabe, más importante: de que todo el pueblo de España, no como una masa informe guiada por su instinto, sino como falange imponente de trabajo, de confianza y de combate cotidiano, asiste paso a paso a todo lo que se hace o se proyecta. No hay ya, por ventura, aquella separación infanqueable entre el pueblo y sus

gobernantes, y este hecho, que bastaría por sí sólo para confortar el ánimo, es más de estimar cuando pensamos que se da en las circunstancias menos propicias que pueden concurrir. Una guerra mundial que impide el comercio normal entre los pueblos, derrocha abundancia de materias primas tan necesarias en la reconstrucción de Europa y somete la producción entera a las necesidades de la lucha en los lugares en que se plantea, unas tareas nacionales de reconstrucción y, entre estas incidencias tan conocidas para todos, una masa todavía no libre por entero del rencor de la derrota, que prolongan cicatrices y sucesos inevitables. Pues todas estas cosas, que no siempre pueden ser aclaradas como fuera de desear, se han desvanecido como el humo entre aplausos y adhesiones entrañables a la persona del Caudillo y a la política de salvación humana y nacional que está llevando a cabo. Este vivo entusiasmo de todos los pueblos por donde ha pasado nuestro Caudillo, pueblos que viven sometidos a un régimen de escasez como el que todos estamos padeciendo, son la prueba más honda de que no hacen falta siempre explicaciones prolijas de todas las cosas que se hacen, explicaciones que en la mayoría de los casos veda la delicadísima situación por que atravesamos, y de que todo esto se entiende por sí sólo con el único esfuerzo que se pone en juego cuando nuestra vida se halla animada de una buena voluntad.

Oyendo estas aclamaciones se tiene la impresión de que toda España se encuentra, en estos días tan recios que nos van cabiendo en suerte, penetrada de esa buena voluntad que hace posibles empresas en que participan todos los habitantes de un país con su cuerpo y con su alma o propicia un régimen anímico de comprensión y de unión entrañable, en que son padecidas y gozadas en común todas las malas o buenas vicisitudes que traen consigo los acontecimientos que no podemos remediar ni encauzar de manera adecuada. Cuando se desborda el delirio de un pueblo como el nuestro, que acaba de salir de una guerra y está padeciendo los riesgos y las penurias de otra aún más grande y decisiva en los destinos del mundo, hay motivos sobrados de confianza en el porvenir que nos aguarda y en las cosas que podemos emprender juntos todos los españoles, que hasta hace pocos años vivíamos con la intención de encontrar equivocaciones en todas las obras que llevaban a cabo los gobiernos y con un tropel de reservas que nos hacía imposible la convivencia.

No es necesario explicar todas las cosas que están ocurriendo, y los

aplausos con que se ha acogido en todas partes la presencia del Caudillo son buena prueba. Los españoles nos hemos desengañado de muchas cosas, y bien sabido es que solamente de un desengaño sentido con hondura y con dolor es posible que broten esperanzas capaces de estremecer nuestro ánimo y arrebatarlos en quehaceres de ensueño y de alegría. La emoción que ha penetrado esas muchedumbres nos dice que una nueva conciencia popular se ha forjado en el silencio y en el trabajo de cada día, y que la esperanza es tan íntima que basta a apagar nuestras desazones y nuestras estrecheces. Si hemos resuelto la adversidad y el encono de una contienda en nuestro mismo suelo, ¿qué se nos resistirá en días como los que nos aguardan, cuando se haga la paz en el mundo y se hayan borrado por completo los recuerdos malos que aún persisten? Y luego, cuando cesan las aclamaciones y se convierte el curso normal de la vida en trabajo y creación, se adueña del ánimo la certidumbre de que el tiempo es nuestro aliado, de que las cosechas que ahora se recojan serán más abundantes que las del año pasado, de que todo lo que vamos consiguiendo, en relación con lo ya conseguido, viene a cubrir necesidades menos irrenunciables y en un marco ordenado en que puede distribuirse de manera más apropiada. Día a día se levantan edificios, se reconstruyen los que se derrumbaron con la guerra, se cultivan los campos con más cuidado, ya que no con más medios, y se estrechan los lazos entre todos los españoles, haciéndonos la ilusión de que nuestra contienda ocurrió en tiempos remotísimos, que ya en las almas generosas parecen perdidos más allá del comienzo de la historia.

La visita del Caudillo a los pueblos de Cataluña nos ha revelado todas estas cosas. He aquí una realidad que rebasa las más encendidas esperanzas. Es preciso que la imaginación cobre vuelo y nos pinte cómo será España dentro de algún tiempo, cuando se resuelvan las dificultades de la guerra y se extienda ante nuestros ojos un porvenir ancho y luminoso como una mañana de abril con la proclamación de la paz.

ENTRE LO VIVO Y LO SOÑADO

SOBRE EL "DIARIO DE KATHERINE MANSFIELD".

EL mayor poeta inglés dijo, con bien conocidas palabras, que nuestra vida está tejida con igual cañamazo que nuestros sueños y hecha de una misma sustancia. Y uno de nuestros poetas más hondos y verdaderos expresó con grave voz popular impregnada de gracia y de misterio esta misma verdad, tan española, alterando levemente sus términos, y creando o deduciendo una tercera cosa, una nueva verdad profundamente clara y humana:

*Entre el vivir y el soñar
hay una tercera cosa:
adivínala.*

Que cada uno descubra por su cuenta y riesgo la hermosura siempre única de su vida, es la más rica sabiduría que se nos brinda y a la que sólo nosotros podremos llegar adivinándola más que comprendiéndola, poseyéndola y alcanzándola por la gracia de Dios. Por la gracia de Dios les es a unos concedida muy pronto y a otros más tarde esta luminosa enseñanza de su propio ser y esta unidad misteriosa de la criatura con lo increado que nos permite vivir soñando y trascendiendo más allá de nosotros.

Katherine Mansfield, entre lo vivo y lo soñado de su soledad, fué descifrando día tras día ese maravilloso enigma que es nuestra existencia cotidiana. La humildad de un poeta, de un artista, es su única originalidad posible, viene a decir Katherine Mansfield en una de sus cartas, en la que se lamenta del débil eco humano que despierta en nuestros corazones la poesía contemporánea o, más concretamente, la poesía que se escribía en Inglaterra y fuera de ella hacia 1920. Su vida y lo más intenso de su obra son una consecuencia directa de esta íntima actitud religiosa y de este noble afán amoroso que la va acercando a Dios con suavidad y llenando de fe su corazón atormentado.

En un doble sentido podemos decir que este *Diario de Katherine Mansfield* brota de esa tercera dimensión, no soñada ni vivida o soñada y vivida al mismo tiempo, de que nos habla sentenciosa y melancólica-

mente Antonio Machado. Por la madurez espiritual que implica y por el modo que su autora tiene de mezclar a la realidad sucesiva, natural y sensible esa otra realidad invisible y aérea de sus sueños.

La primera y fundamental de esas dos intenciones o sentidos da a este libro unidad, gravedad y plenitud espiritual. La otra agrega delicadamente, como la brizna de hierba que traen los pájaros en el pico, diversidad y transparencia a la frágil belleza de este *Diario* tan soñado como vivido.

Katherine Mansfield murió a los treinta y cuatro años. El dolor físico que había casi aniquilado su cuerpo había dado a su alma esa madurez y riqueza de que son testimonio fiel su *Correspondencia* y su *Diario*. A través de ambos libros vamos asistiendo con creciente emoción a ese silencioso y trágico desbordamiento de su vida interior, a esa humilde entrega de su pureza y a ese desasimiento terrenal en que se refugia durante los últimos meses de su existencia. Hay libros en los que nos sentimos espiritualmente inmersos en ese espacio tan puro que deja un alma tras de sí y que es como la luz que su cuerpo envolvía en tan leve sombra mortal. Las páginas del *Diario de Katherine Mansfield* poseen esa inestimable virtud, amén de otras más fugitivas. Esta clara manera suya de enfrentarse con el mundo y de buscar a Dios, mientras se siente vivificada por el anhelo de encontrarle, es la que otorga a las creaciones de su espíritu esa secreta fuerza y ese sello de autenticidad que nos comunica su temblor y su aliento. "En el fondo de mi tristeza hay una fe absoluta y esperanza y amor", nos dice en una de sus cartas; y también: "Tengo que pasar del amor personal a un amor más grande." Por esa razón de amor, la figura de Katherine Mansfield, tal cual se nos revela en las notas de su *Diario*, es una de las pocas que logran interesarnos plenamente, entre las de su tiempo y su patria. Porque viviendo en el centro de una época artísticamente deshumanizada, en que era la literatura como un fruto más de "la tierra baldía" que ofrece a nuestra desilusionada esperanza la poesía de T. S. Elliot, ella supo encontrar la senda de su soledad y vincular entrañablemente a su alma la irrefutable hermosura de los cielos y de la tierra. En eso estriba su sinceridad, esa sinceridad y desnudez hacia la cual tiende siempre, anhelante y estremecida, y que le hace decir en una de las páginas de su *Diario*: "Señor, haz que me vuelva clara como el cristal para que tu luz brille a través de mí."

No crea, sin embargo, quien lo desconozca que es un tratado de ascesis o de mística, un camino de perfección, este libro frágil y delicado.

do que hoy se nos brinda como fruto sabrido y lleno de íntimas delicias. Encontramos en él los más dulces sabores y los más secretos aromas de una vida transida de dolor y henchida de claridad. Su actitud frente al arte y la literatura de su tiempo es diáfana: "No vivo más que para escribir"; y en otra ocasión: "Sólo siendo leal hacia la vida puedo ser leal hacia el arte. Y ser leal hacia la vida es ser bueno, sincero, sencillo, honrado." Su gran vocación de escritora es el estímulo fundamental y decisivo de su vida. Conoce sus limitaciones y su fuerza y encuentra siempre en su soledad el camino de su esperanza. La observación menuda y gozosa de cuanto la rodea, una ironía delgada y alerta, una exquisita sensibilidad musical del mundo y el don de saber mirarlo en la variedad y la hermosura de su naturaleza, aportan a su *Diario* tan rica copia de elementos y tan sencilla abundancia de flores y de frutos. "Y si te cuesta tanto escribir es porque no aprendes lo que importa, por ejemplo: el espectáculo de este árbol con sus piñas moradas en el cielo azul."

El *Diario* de su vida es como un espejo donde se reflejan sus sueños. Gran parte de las cosas que nos cuenta no tienen otra realidad que esa tan profunda y tan luminosa de su fantasía creadora. Como a través de un vidrio coloreado el mundo aparece ante nuestra vista traspasado de suavidad y de gracia; las evocaciones y las ensoñaciones; las esperanzas y los deseos; todo nos lo ofrece nimbado de luz y envuelto en la bruma de sus íntimas añoranzas. Escribir, para ella, es un acto de amor. Su alma lucha por descubrir el tesoro de poesía y de verdad que hay encerrado en cada hombre. La luz, el mar, la nieve, los pájaros y los bosques dejan en su corazón el eco indecible de una infinita nostalgia. "Dios mío, cuán adorable es este mundo exterior", exclama en otra ocasión. Su espíritu vibra dulcemente al recoger la onda de hermosura que envuelve luminosamente a las cosas. Y, efectivamente, el mundo exterior, recreado muchas veces por su imaginación, llena estas páginas de claridad y de misterio. Pero sus imágenes y sus palabras, lo que inventa y lo que encuentra fuera de su alma, se siente siempre sostenido por algo más puro, inefable y verdadero, por su humilde y humana condición espiritual. Y esto es lo que la separa radicalmente de la mayor parte de sus contemporáneos. Esta presencia continua y viva de su corazón; este anhelo comunicativo e irrefragable de su ser que da juventud perenne a la poesía y a la vida.

Katherine Mansfield sentía el deleite de la creación y poseía las con-

diciones más delicadas del novelista. Sus cuentos y sus novelas cortas la han hecho merecidamente famosa en Inglaterra. Su arte es una mezcla sutil de realidad y de ensueño, en que todo, la gracia de los detalles, el tono de la voz humana, el halo maravilloso de la vida vulgar o la sonrisa humilde de sus criaturas, parece estremecido de misterio como la vida misma. Sus novelas son siempre poenáticas, como lo son las notas y los apuntes de su *Diario*. Quizás se queda ella un poco al margen de la vida, pero tomando parte muy activa en lo que ve o relata, al modo que el amante participa activamente de lo amado en el puro acto de la contemplación. Entre lo vivo y lo soñado, como en ese poema que Katherine Mansfield titula *Fresas y un barco de vela* se quedan las mujeres envueltas por la luz atónita de la tarde al borde del mar, sentimos nosotros al tiempo que se desliza por nuestro corazón y que huye con las velas cargadas de sombra hacia una región más luminosa y verdadera.

Este libro, tan fino de sensibilidad, es en cierta medida poco sentimental; hasta en las más dramáticas coyunturas de que nos da cuenta Katherine Mansfield, como la muerte de su hermano más querido, su voz alucinada y desprendida del corazón, conserva un tono de mesura y de recatada tristeza que emociona tanto más hondamente. Hay, por lo menos, dos especies de intentos y de logros en las páginas de este *Diario*. Algunos apuntes son verdaderamente íntimos, levemente descuidados de forma, como balbuceados, hablados en voz baja desde su soledad; son otros más artísticos, más trabajados, más completos y agotados en sí mismos. Y hay a veces, en los mejores momentos, páginas en que se funden y se vivifican espontáneamente ambas intenciones, en que a fuerza de intensidad y de sencillez resuenan sus palabras como a través de un aire diáfano desde su espíritu al nuestro.

Las hadas de las melancolía y de la gracia pusieron en sus labios las palabras más hermosas, las palabras de la poesía y del silencio. Con ellas nos habla siempre y conversa con nosotros en la callada intimidad de este *Diario*, silencioso y luminoso como una celda que deja entrar por la ventana abierta el olor y el murmullo de los árboles y de las aguas. Porque más y mejor que en sus libros puramente imaginativos es aquí, en este libro recogido y quieto, donde ella nos da la medida de su personalidad y el secreto de su arte, entre lo vivo y lo soñado de ese puñado de años jóvenes que es su vida y su perenne misterio.

En una de las notas de su *Diario*, en que nos dice de su deseo y de su necesidad de escribir sobre los días, antiguos y dulces, de su infancia y

de su adolescencia, pasados en su tierra nativa de Nueva Zelanda, estampó las siguientes palabras: "Y luego quiero escribir poemas. Me siento siempre palpar al borde de la poesía." Este es el único secreto de este arte tan sencillo, tan humildemente original y verdadero. Para ella la esencia del arte está en el espíritu que lo vivifica, en el soplo divino que estremece las palabras y las da su significado justo en cada instante, ordenándolas armoniosamente en la integridad de su recinto espiritual. Lo demás es pura técnica, nada desdeñable, por cierto, pero subordinada siempre a la inspirada voluntad de crear y de creer, de expresar y de apresar lo que en el hombre hay que apenas si le pertenece. Este reconocimiento previo de la intensa humildad de nuestro destino es el único que nos da fuerzas para ser orgullosos y exigentes con nosotros mismos y con los demás. Y es que nos sentimos más fuertes después de haber llegado al extremo de nuestra debilidad; después de haber tocado los pobres límites terrenales de nuestra soledad, nos sentimos más libres.

Al borde de la poesía, como los árboles junto a las aguas fugitivas, huye y permanece la sombra humana de Katherine Mansfield por las páginas de este *Diario* de su vida. Tan cerca de ella la sentimos palpar que nos da la impresión a veces de que va a romper a cantar y de que vamos a oír a los pájaros que vuelan por entre la trémula fronda de sus esperanzas y sus recuerdos. Al borde de la poesía es también una expresión humilde. Lo que ella quiere decir exactamente es poesía en verso, en ritmo y rima espiritual. Katherine Mansfield escribió después, efectivamente, un libro de poemas. Pero por una u otra razón, la mejor creación de su espíritu, la que a los hombres de hoy nos conmueve todavía radicalmente, es la que ha quedado palpitando celestemente al borde de su vida, en los libros menos artísticos, en los libros que ella, casi, no se propuso escribir, en su *Correspondencia* y en su *Diario*. Sería sumamente interesante que para completar la visión que el lector español pueda tener de esta delicada alma femenina fuesen traducidos al habla castellana los dos tomos de su *Correspondencia*. Y conviene a este propósito subrayar firmemente la increíble torpeza con que este su primer libro ha sido vertido a nuestra lengua; aunque tengamos que agradecer que, mal y todo, hayan sido dadas a conocer en España estas páginas tan verdaderamente hermosas y puras que la pobre Katherine Mansfield escribió en los días de su breve tránsito por la tierra. — LEOPOLDO PANERO.

BUEN síntoma de lo que nos pasa es el hecho de que se estén publicando en todas partes libros que intentan esclarecer peripecias de nuestra Historia, ya bien estudiada en todas sus dimensiones desde las postrimerías del siglo pasado. Necesitamos entender este avispero de anhelos que nos sobresalta, necesitamos adivinar algo de lo que se esconde detrás de los años tormentosos que estamos viviendo con tanta pasión y tanto peligro. Y por eso ahondamos en la comprensión y en la reviviscencia de lo que dejamos atrás; bien sabido es de todo el mundo que la angustia que nos infunde el presente pensamos conjurarla con adivinaciones, y aún es mejor y más universalmente sabido que el dominio acotado a nuestras profecías es el pasado. Cualesquiera que sean las realidades con que hemos de topar algún día, la fe y la fuerza que nos inspiran los acontecimientos históricos es un don del cielo que nos hace más sencillas todas las cosas y nos da la convicción de que, cualquiera que sea su estado, podremos afrontarlas y confiarnos.

La historia de Europa es sobradamente conocida; no hay secretos para el hombre medio, avezado a leer con deleite memorias y monografías de los hombres más diversos y de épocas distintas. Lo que nos ocurre es que esa historia tan conocida ya no nos basta: repite con monotonía insufrible lances que nadie ignora y que, sobre todo, no dicen gran cosa a nuestros nervios ni aportan ningún remedio considerable a nuestras desazones. Es preciso ir olvidando el conjunto de la historia de Europa, que se estudia en las escuelas, y destacar algunos de los giros que han tenido en su curso importancia superlativa; más que una importancia que pudiéramos llamar histórica, nos interesa otra importancia más estrecha y más profunda, que podríamos calificar de entrañable. Nos hace falta entender algunos momentos singulares de nuestro pasado, aunque dejemos en sombra los restantes; hace falta antes que nada recobrar el aplomo necesario para vivir y ver, a lo largo de revoluciones y cambios radicales, cómo la vida de estos pueblos animados del soplo del espíritu han tenido que enfrentar-

(1) P. R. Rohden: *Esplendor y ocaso de la diplomacia clásica*. Ediciones Revista de Occidente.

se con los enigmas de su existencia en esa forma angustiosa que hoy se ha dado en llamar crisis. Claro que necesitamos una parte nada más de la historia de Europa, ya que los tiempos no están para largas disquisiciones, y la necesitamos, entre otras cosas, para que nos alumbre en este presente tan turbulento que nos ha cabido en suerte.

El libro que hace algunos años escribió Paul Hazard sobre la crisis de la conciencia europea, que ahora se ha vertido venturosamente al castellano, es un intento de este orden, como lo son, bien que en sentido distinto, las obras de Huizinga. Si es cierto que toda historia se comprende desde el presente, también lo es que hoy no nos basta una mera comprensión, y precisamente por eso hay que echar las campanas a vuelo cuando encontremos libros como este que ahora ha traducido la Revista de Occidente, de P. R. Rohden, titulado *Esplendor y ocaso de la diplomacia clásica*. El siglo XVIII pervive aún en esa forma entrañable que impone la polémica, y este libro interesantísimo de Rohden intenta desentrañar los tres sentidos fundamentales que en menos de un siglo ha puesto en juego la diplomacia europea como expresión bien concreta de algo más hondo que se iba desarrollando en el ámbito del espíritu. ¿Están muy alejados de nosotros estos cambios? En el tiempo, algo más de un siglo; en la realidad de deseos y temores que nos envuelve, a distancias astronómicas. Lo que no se ha dicho es que las cosas que nos llegan de las estrellas más remotas, envueltas o presentidas en el nimbo de su diafanidad, nos sean ajenas. Y desde el principio de este libro nos damos cuenta de que se halla ante nuestros ojos una realidad tejida con formas de expresión superficiales en apariencia que se refiere a lo que más nos interesa, a las relaciones del hombre y el Estado, a las relaciones de los distintos Estados europeos entre sí, a la manera de entender la guerra, al íntimo sentido de la realidad, que en la diplomacia del *ancien régime* es firme, como se refleja en las maniobras pacíficas de Caunitz; en el régimen que podría representar Talleyrand es absorbente y en la realidad que se cifra en el Congreso de Viena y que representa Metternich es temeroso. En poco menos de un siglo se ha desenvuelto la diplomacia partiendo de tres aspiraciones inconciliables, y, como encerrada en un círculo infranqueable, se nos ha revelado aparte, colocando sobre sus empresas y propósitos la etiqueta de "clásica", que se pone siempre inadvertidamente sobre todo lo muerto.

No hay en este libro de Rohden digresiones enojosas que rompan

la idea que lo anima, como si fuera un reflejo de la realidad que histórica; narra hechos y hechos en que se intentan o se logran combinaciones diplomáticas para dar vuelo a unos pueblos o para impedir que lo tomen otros. En el régimen que precede inmediatamente a la Revolución francesa, se consideran los distintos Estados como una reunión de miembros iguales que pueden dialogar y que, recurriendo a la guerra cuando no hay soluciones pacíficas, se sienten lo bastante inmovibles para hacer frente a las contingencias del porvenir.

En los años que siguen inmediatamente a la Revolución francesa, cuando el genio de Napoleón deslumbra con sus hazañas, la diplomacia se revela como una función al servicio de la conquista, que va siempre animada por el afán de imbuir en el enemigo las ideas que Francia se creía llamada a desparramar por la superficie de la tierra. Cuando Napoleón es vencido y vuelven las cosas a un estado de aparente igualdad, después del Congreso de Viena, Metternich hace esfuerzos denodados por que las cosas permanezcan como están: la convicción de que se pisa terreno inseguro es tan grande, que lo mejor parece no hacer, no tocar nada y dejar que pase el tiempo. Este estado de ánimo, del que no podía nacer nada duradero, lo expresan muy bien unas palabras lapidarias de la condesa de Lieven a Metternich, que se copian en el libro de Rhoden. Son éstas: “¿Qué se la mostrado a la vieja Europa con la Asamblea de sus once reyes? En esta exhibición de flamantes monarcas se encuentran cinco imbéciles —los reyes de Inglaterra, Dinamarca, Suecia, nuestro zar Pablo y la reina de Portugal. ¡Vaya una raza superior! ¡Y se admira la gente de que haya jacobinos!”

En poco menos de un siglo han pasado por el suelo y por el alma de esta vieja Europa una edad de razón y de claridades en todas las cosas concernientes al hombre y al Estado, una era turbada por creencias que aspiraban a difundirse por los ámbitos del mundo y que no fallaron mucho sus intentos y una época de reacciones contra lo que llenaba, no solamente el ánimo de los filósofos, sino el de los que se habían jugado todo a la carta de la Restauración, que hoy, al cabo de más de un siglo, y después de las experiencias tremendas que hemos padecido, nos parece un fenómeno hartamente pasajero y falto de importancia. Lo grave es que también estaban persuadidos de esto los contemporáneos de aquel Congreso de Viena, como se refleja en las palabras nada ambiguas de la condesa de Lieven. En aquellos tiempos de

revueltas y temores son más que justificadas las nostalgias de Talleyrand, cuando dice que quien no ha vivido en el *ancien régime* desconoce las delicias de la vida; y es curioso cómo ya desde el Congreso de Viena se ensayan métodos y formas políticas para conjurar el peligro de las revoluciones, que amenazaba con trastrocarlo todo. El libro de Rohden es bueno, entre otras cosas importantes, porque nos lleva a la convicción de que esta era revolucionaria que nos ha tocado vivir tiene raíces muy antiguas, tan antiguas, que se hincan en las postrimerías del *ancien régime* y en las ideas que hicieron posible la diplomacia clásica, entendida como relación de igualdad entre Estados que llegaban a la guerra como un medio de expansión normal con la certidumbre de que la suerte de las batallas no conmovería los cimientos de la sociedad, como creían ya los que se afanaban sin cesar por combatir con buenos deseos y poca fe las semillas que había diseminado por todo el suelo de Europa la Revolución francesa.

Este siglo escaso que nos ha historiado Rohden en lo que hace a las relaciones entre los Estados, que cambian según piden las ideas y las necesidades más irrenunciables de la Historia, no da, en una perspectiva lo bastante dilatada para ver las cosas en su desarrollo y lo bastante reducida para no perdernos en el vacío, el esplendor y el ocaso de la diplomacia clásica, que suponía un modo también "clásico" de vivir, y que no pudieron resucitar en realidad ni los animadores del Congreso de Viena, a pesar de que no habían transcurrido más que unos años. Y por todas estas cosas que nos ofrece con plena claridad el libro de Rohden, como por el enjambre infinito de sugerencias que hay en sus páginas, nos percatamos al leerlo de la distancia a que nos encontramos y del interés inestimable que tienen para la comprensión de este mundo encrespado en que hemos de vivir y para la adivinación del porvenir, que siempre buscamos —quizá no sin razón— en los hechos singulares de la Historia.

Libros así piden hoy nuestros nervios y nuestra mente, libros que sean capaces de condensar en pocos años una peripecia tan importante como la que señala el libro de Paul Hazard en el ámbito de la personalidad, o como la que historia de manera documentada, precisa y con hondo sentido de la realidad, este libro de Rohden, que debieran leer los que tienen ideas y empeños políticos y los que, alejados de la vida azarosa en que se fraguan revoluciones o se intentan cosas permanentes, miran con amor el destino de sus contemporáneos y están

ciertos de que la suerte o la desdicha alcanzan a todos por igual. Un libro como este que ahora se ha publicado, sin aludir jamás a nuestra situación política y humana, la aclara en cuanto es posible hoy aclarar lo que nos pasa, lo que nos arrebata con frenesí y lo que nos puebla el corazón de presentimientos y de nostalgias de otros tiempos que ya sabemos fenecidos sin remedio.—EMILIANO AGUADO.

MOZART Y EL PRESENTE

El Dr. Karl Holl, crítico musical de la «Frankfurter Zeitung», y cuya fama como escritor sobre cuestiones musicales ha sido de nuevo confirmada el pasado año con una Biografía de Verdi, pone atentamente a nuestra disposición, con motivo de las fiestas conmemorativas de Mozart, el siguiente trabajo.

EN medio de la guerra más extensa y violenta que registra la Historia, imponiéndose al estrépito de las armas, resuena hoy, a través de las naciones, continentes y mares, el nombre de Mozart.

Quien con los sentidos despiertos y el corazón sensible haya experimentado en sí el poder de la música, ese poder mágico que consuela, eleva y dignifica el alma; quien se haya acercado alguna vez al auténtico arte musical, recordará estos días con especial predilección y amor a aquel genio, que hace ahora ciento cincuenta años abandonó su envoltura terrena para realizar, sin las trabas y preocupaciones de la vida material y sin las limitaciones impuestas por la moda o la crítica del momento, la misión eterna a que su capacidad creadora, casi sobrenatural, le destinara. Mozart a los dieciocho años había escrito ya más obras musicales que Beethoven cuando murió a los cincuenta y ocho.

Desde el punto de vista de la composición y de la expresión espiritual, nos aparece hoy en la obra de Mozart como un proceso de encadenamiento de las fuerzas elementales por el espíritu, hasta el punto de convertir al arte en imagen de lo que hay de eterno en lo humano. La intensidad de la inspiración musical que revela la obra de Mozart sólo es comparable a la de Bach. En lo que a la variedad de

forma y a la riqueza de expresión se refiere, constituye en música una maravilla única, en la cual el saber, la belleza y la verdad se funden en una perfecta unidad de síntesis. Ya Goethe lo reconoció así cuando veía en Mozart un prototipo del genio. Pero fueron precisos experiencia y esfuerzo para que un amplio círculo de personas apreciara en toda su magnitud el mundo de armonías que Mozart creara, y que se sucedieran épocas y generaciones para que su obra como conjunto pasase a enriquecer como aportación fundamental no sólo el mundo musical alemán y europeo, sino, en general, el mundo de la cultura.

Mozart asimiló en forma perfecta todas las fuerzas espirituales y materiales que impregnaron la vida y la sociedad del siglo XVIII, y de manera especial las formas armónicas que en aquella época prevalecían, a las que luego, merced a sus dotes extraordinarias—o, como dijera en cierta ocasión su hermana, “al talento que Dios le infundiera”—, reflejaba con estilo personal e inconfundible en una realidad perfecta. La música de Mozart, música para aficionados y para virtuosos, para el hogar y para el concierto, para el teatro y para la iglesia, constituye hoy para nosotros, hombres del presente, la idealización sonora del alma y de la mentalidad del siglo XVIII. Mas, pese a esta vinculación cronológica, es, ante todo, la expresión de un temperamento, de una humanidad que excede todos los límites históricos. Lo que él expresa en forma de pureza cristalina, de finura extrema, en tonalidades gráciles y animadoras—la alegría y la tristeza, la realidad y la espiritualidad, lo demoníaco y lo divino, el sentimiento directo y reflejo—, todo ello es transmitido con fuerza sugestiva, asimilado por cada oído cultivado y sentido por todo ánimo sensible. Desde ciertos puntos de vista pudiera incluso decirse que hasta hoy no ha sido su arte plenamente sentido, comprendido y valorado.

El siglo XIX vió y clasificó a Mozart de modo unilateral: como músico ingenuo y genial de la época “galante”, que, incluso cuando pretende penetrar en profundas regiones del alma, tiene que hacer y hace música linda. Nuestros antecesores sólo conocieron parte de su obra y—hablamos del gran público— apenas nada de su persona ni de su sino. Vieron en el arte de Mozart más lo típico que lo individual. Más tarde, en los umbrales de nuestro siglo, los hijos de aquella época individualista aprendieron a calar más hondo y a investigar sobre más anchas bases. Interesó el conocimiento completo de la producción y la vida personal. Se apreció en el arte de Mozart, junto a su belleza, su

verdad; junto a sus luminosas cimas, sus abismos de tinieblas. Con la obra se descubrió la vida, y con la vida se interpretó la obra, apareciendo la tensión interna y el rasgo fundamentalmente típico de su entera personalidad. Incluso se propendió a valorar el exceso, los rasgos trágicos y problemáticos. El Mozart frívolo y divino fué interpretado de pronto como fenómeno serio, humano y profundamente trágico. Pero también esta interpretación, no obstante descubrir una faceta esencial de su naturaleza y de su arte, era incompleta.

El presente, si los síntomas no engañan, está en trance de superar las interpretaciones de ayer y anteayer. Cuanto más y más intensamente nos ocupamos de desentrañar la música de Mozart, cuanto mayor amplitud tiene el campo de nuestra exploración, tanto más reconocemos y admiramos la universalidad de su ser y el equilibrio, la armonía de las fuerzas y sensaciones opuestas de su música.

Mozart, nacido en Salzburgo y muerto en Viena, es un músico alemán. Durante su juventud se ufana de componer en todos los estilos de los países europeos que recorre; pero su contacto con la cultura musical de otros pueblos sólo acentúa su esencia alemana. Las concomitancias evidentes que ligán su arte a la tradición musical italiana más bien resaltan la modalidad específicamente alemana de su sentir y de su figura. Sabemos por sus cartas la gran participación que le cabe en el despertar de la conciencia nacional alemana. Sus piezas maestras representan en un sentido amplio el germanismo de su estilo.

La vitalidad del alemán del sur fué fructificada por el espíritu de los maestros nórdicos Bach y Händel y capacitado para las más altas disciplinas del espíritu. Jamás se entrelazaron con mayor intimidad la cultura formal latina y la profundidad germánica como en el mundo armónico de Mozart. El músico alemán Mozart se ha convertido por ello en una auténtica dimensión europea.

La Alemania actual tiene plena conciencia de la importancia nacional e internacional de este genio. En ninguna época ha sido tan mimada y fomentada en su patria la producción de Mozart ni estimada como valor cultural nacional como durante estos últimos años. El nuevo Reich, que lucha por su existencia y por un nuevo orden en Europa, ha dispuesto que en todas las instituciones musicales alemanas —y son muchas, como es sabido— se ofrezca, para recreo espiritual de todos los sectores nacionales, dividida en distintos ciclos, la obra musical, dramática y religiosa, de este gran músico.

Las fiestas de Salzburgo y las conmemorativas que han tenido lugar en Viena a finales de noviembre y durante el mes de diciembre próximo, atestiguan en forma expresiva cómo es sentida hoy la fuerza beneficiosa e influenciadora de Mozart.

También más allá de las fronteras del Reich se ha rendido tributo en la fecha de su aniversario a este mago del sonido, al cual nada humano fué extraño y cuya amplitud de expresión recorrió desde lo demoníaco a lo divino. Italia está en vías de descubrir a Mozart. Francia, que desde hace un par de decenios viene aportando su esfuerzo fructuoso al conocimiento del auténtico Mozart, ha instituído recientemente una Asociación Mozart. Hoy, a los ciento cincuenta años de su muerte, sus armonías, reflejo de su alma, son transmitidas por las ondas al mundo entero.

¿Percibís lo que Mozart os dice?—KARL HOLL.

EN LA JUBILACION DE DON MIGUEL ASIN

(PRÓLOGO DE UNA BIOGRAFÍA CONMEMORATIVA, EN PREPARACIÓN.)

AUNQUE ojalá se doblen, los setenta años —inmaculados, vigorosos y fecundos— cumplidos por D. Miguel Asín merecen ya ser contados a los españoles, y yo soy tal vez —por discípulo suyo, por sucesor y por amigo filial— el más calificado para hacerlo. Lo intentaré, aun a sabiendas de que, con muchos otros, corro un riesgo que, como buen español, me amedrenta: revelar la propia intimidad. Y es que, en un gran trecho, la vida de Asín está tan trabada con la mía, que narrar aquélla es un poco como escribir mis Memorias, propósito que aborrezco. Procuraré soslayarlo, arrancándome de dentro la figura de Asín para situarla enfrente y copiarla con la imparcial y objetiva exactitud que me dejen los ojos de devoción con que la miro.

El curso 1923-24 cursaba yo en la Universidad Central simultáneamente los estudios de las Facultades de Derecho y Letras, maridaje que suele imponer la utilitaria precaución de las familias a los muchachos que se sienten vagamente propensos a las disciplinas literarias. Seguía Leyes por oficial, con toda regularidad e incluso con buenas notas,

aunque cada vez con mayor desengaño; Letras, en cambio, lo cursaba por libre, a salto de mata, entreverando las asignaturas de los cursos y no concurriendo a más aulas que a aquellas cuyas materias me interesaban. Nunca pensé asistir a la clase de Arabe. Aquel año coincidía, además, con una fundamental de Derecho. Comisioné, pues, a un compañero —el infortunado Duque de Canalejas— para que me pasase los apuntes de las explicaciones de Asín. Pero ocurrió, primero, que estos apuntes eran para mí ininteligibles, y, luego y sobre todo, que el profesor de la clase de Derecho, tristemente célebre en la historia española, me produjo tal repugnancia moral e incluso malestar físico, que decidí no volver a soportarlo. Zanjada así la incompatibilidad y discurriendo que, de no asistir a Arabe, nunca aprobaría la asignatura —que era obligatoria—, me decidí a entrar en el aula de Asín. El curso estaba ya bastante avanzado. Mediaba noviembre.

Nunca había penetrado yo en una clase como aquélla. Se daba en el aula número 13, en el ángulo del claustro central, que entonces era oscuro, con el que conducía, entonces también, a la Biblioteca; cuarto pequeño, cuadrado, con dos grandes balcones que daban al reducido patio, que aún rezumaba a convento, con su desaliñado jardín. Los alumnos éramos pocos, algo más de una docena, mitad hombres y mitad mujeres, pues éstas no habían impuesto todavía en la Facultad, como ahora, su superioridad numérica. Asín era puntual. Minutos después de las once su figura emergía de la penumbra del claustro de Derecho. Lo veo perfectamente avanzar, erguido, elegante, con un aire entre cardenal y torero, con las manos a la espalda sujetando los pliegues del manto impecable, que aún no había sustituido por la dulleta. Al corresponder a nuestro saludo, descubría la cabellera plateada. Nunca un profesor de Universidad española habrá gozado de mayor respeto; al menos, entonces. Nadie entre nosotros osaba hacer sobre él ni siquiera las inocentes burletas o los versitos paródicos que —aprendices de literatos— disparábamos sobre otros catedráticos también eminentes y, en el fondo, muy respetados. Entrábamos callados en el aula y se abría un oasis de silencio sobre el rumor casi de mar de los pasillos.

La clase no consistía, naturalmente, en conferencias, sino en unos diálogos *sui generis*, que no es muy hacedero describir. Asín, perfeccionando el método de Codera, había reducido la enseñanza del Arabe clásico a una especie de matemática lingüística, a la que se presta señaladamente la peculiar naturaleza de los idiomas semíticos. Una vez

clarísimamente expuesto en unos minutos un problema de morfología, y reducido sobre la pizarra a fórmulas casi algebraicas, donde los caracteres eran sustituidos por rayitas, todos abríamos la *Crestomatia* francesa de Derenbourg y Spiro.

—Página tal, línea tal, palabra cual.

Y había que buscarla y analizarla, reduciéndola a las fórmulas abstractas. Era ciencia, y ciencia apasionante —¡nosotros, en la calle Ancha, asomándonos a las letras orientales!—; pero era, a la vez, resolver charadas o buscar palabras en cruz. Y, sobre todo, aquello tenía un ritmo. Se podía enunciar varias hipótesis e irlas desechando; se permitía un prudente titubeo; pero, si éste se prolongaba, los dedos largos y aristocráticos de Asín tamborileaban impacientes sobre la mesa. Un ¡Guapo!, muy aragonés, coronaba, en cambio, la victoria. Cuando el bedel daba la hora, parecía sacarnos a tirón de un ensueño. Alguna vez he comparado la enseñanza de Asín con la ascensión, que luego hice, a la Gran Pirámide. Cada día, izados por su talento, subíamos en vilo tremebundos escalones.

A pesar de mi retraso en la incorporación, logré apresar ese ritmo de la clase, y ya me tintineaba siempre en los oídos como una incitación no desoible. Durante la vacación de Pascuas pedí en préstamo a un amigo *La escatología musulmana en la Divina Comedia*, que me deslumbró como contenido y como método. Y, reanudado el curso, a poco comenzamos a traducir. Como en la metamorfosis de la mariposa, de las reglas rotas y de los análisis ya inútiles, de entre los capullos de la gramática iban surgiendo las caravanas y los ascetas, el lujo soberano de al-Manşūr y de Hārūn al-Rašīd, las animalias parlantes del *Kalīla* y la exquisita figura de 'Ammāra la cantora. Seguí progresando, y un día, al término de la lección, Asín nos llamó a Eugenio Frutos y a mí. Se ofreció, con gran contento nuestro, a darnos clase especial, al terminar la de todos, y nos confió a cada uno un tomo de *Las mil y una noches* en la edición de Bayrūt. Uno de nosotros —no me acuerdo ya cuál— se embarcó en la cáscara de nuez de Sindbād para acompañarlo en sus arriscadas mercaderías; el otro se engolfó en los callejones orientales donde se devana la madeja de las picardías de Abū Qīr y Abū Sīr. Terminado felizmente el curso, Asín nos invitó a Eugenio Frutos y a mí a que le visitásemos en su casa.

Un día de junio de 1924 entré de ese modo por primera vez en el gabinete de Asín, que había de ser, y sigue siendo, mi hogar de trabajo

ya va para veinte años. Es un gran salón en el último piso del palacio de los Duques de Santa Lucía, caserón que ocupa la esquina de la calle Ancha de San Bernardo con la de San Vicente, muy cerca de la Universidad. No tiene más que un solo balcón colocado a un lado de la estancia; de suerte que ésta queda iluminada por una parte y sumida, por otra en la penumbra. Las paredes desaparecen bajo los estantes que encierran una rica librería, heredada por Asín de Codera y de Ribera, y muy acrecentada por él. En el centro, una mesa de billar de las mayores, cubierta por tableros, sirve para escribir. En un rincón, el cederario de Codera; en los espacios libres del muro, fotografías de familiares y amigos; un buró, dos sillones y algunas sillas terminan de alhajar el aposento; interior del Madrid de antaño, modesto y limpio, que es, en cosas del espíritu, la mayor cabeza de puente que tiene España en el Islam.

Aún me parece ver entrar a Asín, con su habitual cordialidad que fundió nuestra primeriza timidez:

—¡Buenos días, caballeros!

Sé que nos sentamos a la mesa, uno a cada lado del maestro, para ver unos libros en ediciones orientales; pero no puedo recordar con exactitud los términos de lo que hablamos. Y, sin embargo, en aquellos instantes se decidió mi vocación. ¡Quién me hubiera dicho unos meses antes que yo iba a ser arabista!

Pasé el verano traduciendo cuentos de *Las mil y una noches*, y, en una escapada a San Sebastián, que fué mi primer viaje a esta ciudad, acompañé alguna vez a Asín en su habitual paseo de mediodía bajo los tamarindos de la Concha. Aquel septiembre dejé inacabados mis estudios de Derecho y terminé mi licenciatura en Letras. Inmediatamente, me puse a trabajar sobre un manuscrito árabe morisco de la leyenda de Alejandro. Comencé en el viejo Centro de Estudios Históricos, todavía alojado en el hotelito, ya desaparecido, de la calle de Almagro; pero, como la labor me resultaba demasiado difícil, el manuscrito y su inexperto lector siguieron su duelo en casa de Asín, con los auxilios de éste.

Fué creciendo la intimidad, y vino todo: el doctorado, la auxiliaría, la pensión a Oriente, la cátedra de Granada... Luego, y siempre juntos, cuántas y cuántas cosas. A los quince años de conocerlo, le sustituía yo en la cátedra de Árabe de la Central. Y hoy, con una indefinible sen-

sación de desconsuelo, lo veo cesar en la enseñanza activa universitaria. Y me veo a mí mismo en trance de contar su vida.

Quisiera contar la vida de Asín, aunque sea sencilla, recta y sin ningún lance de sorpresa, en contraste con la mayoría de las biografías españolas de nuestro tiempo, porque es la existencia ejemplar de un hombre de ciencia arquetípico. Pero quisiera contar, sobre todo, la vida de sus libros y de sus ideas, y la importancia decisiva que ha tenido en la historia del arabismo español.

Muchas veces, en los medios intelectuales, se nos cita a los arabistas de España como a caso extraordinario de continuidad y solidaridad científicas, y con orgullo podemos asegurar que sí lo somos. Sin contar los precedentes oscuros, nuestra Escuela —Gayangos, Codera, Ribera, Asín, nosotros— viene durando, unida como una familia, cerca ya del siglo; más que casi todo en España, y no hay que decir en la ciencia. Me gustaría explicar por qué ha sido así, y, al mismo tiempo, descargar un poco nuestra responsabilidad al recibir la ilustre pero tremenda herencia que Asín nos deja al abandonar los escalafones oficiales. Lo he pensado muchas veces: Dentro de nuestra Escuela, Gayangos fué el terreno propicio; Codera, la raíz sustentadora; Ribera, el vigoroso tronco; Asín es la flor y el fruto. Cuando el fruto se rompa —¡Dios retrase el golpe!—, los que venimos detrás no seremos más que semillas que volverán a hundirse bajo tierra.

Y ojalá logremos que un día germinen árboles nuevos, leales a la noble estirpe.—EMILIO GARCÍA GÓMEZ.

(Estas páginas se publican simultáneamente en la revista Al-Andalus.)

UNA REVISTA ALEMANA

(CRÓNICA)

LA seriedad, la autenticidad y la profundidad del alma alemana es un hecho patente a quien la contempla, en cualquiera de sus manifestaciones, con ojos despiertos. A despecho del avatar histórico, del éxito o fracaso de una política, es lo cierto que lo alemán se ha presentado, y se presenta, en la vida humana con un carácter gran-

dioso y, por lo tanto, arrebatador. Es verdad que no tiene la cultura alemana la respetabilidad de la antigua —cuando los germanos vienen a la Historia ya las culturas mediterráneas chocheaban de viejas—, pero no le falta ni le faltó nunca ni originalidad ni hondura. Y en el sincretismo de la vida cultural de nuestros días, si bien no renunciamos a la herencia de las culturas antiguas—incluyendo la judaica—, lo cierto es que el torso germano se alza potente y subyugador. Hoy, y no por moda, sino por una necesaria imposición de la realidad, llenan el aire las armonías de la música alemana, agitan los cerebros las lucubraciones de los pensadores germanos, y hasta la política —pro o contra— es política germánica. Incluso el único intento de crear un estilo arquitectónico nuevo es alemán —un estilo que supere la insignificancia arquitectónica corriente, la monstruosidad del rascacielo o el suicidio estético del corbusianismo, para no hablar de las imposibles reviviscencias de los estilos *neos*—. Con esto no se quiere decir que todo sea o haya de ser alemán en el angustioso mundo en que vivimos y en que vislumbramos han de vivir nuestros hijos. Se trata sólo de reconocer la presencia imponente y vigorosa del alma alemana en el sincretismo actual.

Cuando a uno —modesto lector y espectador madrileño— le llegan a las manos números de una revista —y siempre una revista es como una vanguardia de las Letras—, siente el deseo de sorprender la palpación del espíritu que ellas nos traen. Hojeamos ahora varios números de la revista *Das innere Reich*, que edita en Munich Paul Alverdes. ¿Qué cantan los poetas, qué preocupa a los pensadores que en ella escriben? Sería inexacto, y además vergonzoso, decir que nos hemos acercado a las páginas de la revista con curiosidad. No es curiosidad, sino íntimo anhelo lo que nos mueve a pasar la vista por sus páginas. Es tan tremenda, dolorosa y sangrienta la coyuntura actual del pueblo alemán, que sentiríamos como congojoso fracaso humano que sus hombres de letras no estuvieran a la altura del momento histórico. No es que pidamos nuevos Homeros para esta nueva Troya. Simplemente querríamos que la expresión literaria tuviera la seriedad, la autenticidad y la profundidad que requieren los tiempos, y que ha sido siempre propia del alma alemana en sus mejores manifestaciones.

Hemos leído los números de la revista *Das innere Reich* con creciente interés. La impresión que nos ha dejado es de serenidad. No hay en ellos gritos, salvo los líricos. Hay, sí, preocupación. Pero no preocupación por la circunstancia histórica, del momento, sino por los problemas eternos, si esta palabra es propia para lo humano, inherentes al alma alemana, a su destino. Nosotros los españoles sabemos de esta preocupación por el propio ser, por el propio destino. Nos esforzamos hace tiempo por inquirir la esencia de lo español. Pero en nuestras dilucidaciones acerca de nuestra propia naturaleza hay una incertidumbre, una duda, una constante controversia que quita sosiego a nuestra reflexión y, en definitiva, a nuestra vida en cuanto españoles. Toda la reciente, y latente, polémica frente a nuestros hombres del 98 no es sino continuación y persistencia de esta crisis en que está el alma española ; desde el Renacimiento! Gran lección, y envidiable, la que nos ofrecen estos escritores de *Das innere Reich*. Ya hablen de Aventino, de Paracelso o de Mozart, no dudan. Para ellos todos son expresiones valiosas de la nación alemana. Nada de lo alemán les es extraño. Se adivina que si hablasen de San Alberto o de Lutero hablarían siempre como de algo propio, como de algo que alguna vez tuvo que aparecer y manifestarse en el alma germánica. La intimidad de lo alemán es una, que habla con voces diversas, distintas, pero no discordantes, nacidas de una misma entraña. Este es el sentido que tuvo el romanticismo alemán, lo que dió impulso a la Escuela Histórica, hizo posible la más característica creación científica alemana —la Filología— y tal vez lo que enseñó Hegel. Y lo que posibilita la idea del Gran Reich. Por eso dice Paul Alverdes en su nota conmemorativa del 150 aniversario de la muerte de Mozart —número de junio— que quiere recoger del gran músico “lo que ha dejado de inolvidable y de imprescindible”. Porque lo que deja un Genio —Durerro, Holbein, Kleist o Hölderlin— “es el aparecer de una nueva forma del Mundo, del Ser del Mundo, saliendo de la oscuridad en que yacía informe, a la Realidad de la Nación” (1). Siendo esto así, caracteriza el mismo Paul Alverdes la conmemoración susodicha como “expresión del agradecimiento, la unión y el orgullo” del pueblo alemán.

Esta preocupación por el alma alemana y por su incorporación y

(1). Uso «Nación» por *Volk*. Nación se acomoda más por su raíz al sentido que los alemanes dan a *Volk*. *Pueblo* es palabra sobrecargada de más 'superficiales acepciones»

presencia en el tiempo actual se ofrece varias veces en los artículos de la revista. Y es, sin duda, de la mejor cepa romántica. No se trata, por otra parte, de añoranzas o de descripciones pintorescas de lo nativo y popular. En el mismo número de junio hay un artículo de Franz Tumlér titulado los "Antepasados". Describe el autor la impresión que le hizo oír contar en una aldea a ciertas jóvenes campesinas. No cree Tumlér, como decimos, en lo pintoresco-romántico, mucho menos en lo folklórico. Para él, aquel canto antiguo, tradicional, es algo en que vive el *fundamento primitivo* de la expresividad germánica subsistente entre las formas culturales que tal vez hayan sobrevenido a la nación alemana. No se trata, en modo alguno, de una reliquia, sino de una fuerza expresiva "que está siempre en el primer comienzo y en el primer día".

Integran los números de la revista otra serie de artículos, que son notas de paisajes y descripciones de viajes. Sus autores han recorrido con los ejércitos alemanes los campos de Francia o de Rusia. A veces el escritor ha tenido la fortuna de asistir personalmente a un interesante suceso histórico. Olt Nebelthan —número de septiembre—, por ejemplo, presencié en el bosque de Compiègne la entrevista de Hitler con los delegados franceses. La descripción del lugar, del acto y de los personajes es sobria, ceñida, patética, generosa. No hay literatura, en el mal sentido de la palabra. La escena es tan impresionante que han bastado las palabras más sencillas para hacer revivir en el lector la gran emoción sentida.

Por Rusia van los alemanes llenándose los ojos de llanura infinita. Y al par pensando en su misión allí. Bruno Behm —número de noviembre— se siente arrebatado por la llanura sin fin y piensa también en lo que Alemania —¿Europa?— puede y tiene que hacer en aquellas tierras —¿de aquellos hombres?— para transformarlas en lugares apacibles, asiento de vida humana, culta. Así fué siempre donde alemanes pusieron su planta, dice Behm. Y hay unas frases agrias para los enemigos de ahora.

Todos estos artículos son fragmentos, sin duda, de futuros libros de memorias, en los que mejor que en el ruido de los periódicos oirán las generaciones futuras el eco de lo que pensaban y sentían los formidables guerreros germánicos de hoy.

Prescindimos aquí de reseñar las numerosas poesías líricas que se

publican en la revista. Por dos motivos: 1.º, porque la poesía lírica es siempre un arcano, y 2.º, por que este arcano aparece cerrado con mil llaves para quien no posee la lengua en que están escritos los versos con aquella seguridad y perfección de quien la posee como lengua vernácula. La palabra es en la poesía siempre más rica, está siempre llena de más resonancias, que en la exposición conceptual. Confesamos, pues, nuestra limitación y pasamos a reseñar el artículo más interesante de los que ocupan las páginas de *Das innere Reich* —número de abril—. Se trata de un artículo de Heinrich Weinstock, sobre la tragedia griega. Sabido es cómo el mundo griego ha sido especialmente revelado, gracias a una íntima simpatía, al alma alemana. La filología germánica nos enseñó a superar la comprensión renacentista de lo antiguo, desdoblando el mundo clásico en griegos y romanos. Como creadores de la visión histórica, de la Filología, nos han adiestrado a ver lo griego. Y, en su consecuencia, a ver ciertos estratos esenciales a la vida humana. En el artículo de Weinstock se plantea, a través de un análisis del *Edipo* de Sófocles, el problema de la tragedia griega y su sentido para el mundo actual. ¿Es la tragedia griega meramente un mito religioso tratado artísticamente? Esta sería una interpretación banal que dejaría a un lado el sentido auténtico de la propia tragedia. En primer lugar, ya cuando Sófocles escribía —en la mitad del siglo v—, los griegos, en plena *Aufklärung* de su evolución cultural, ya no creían en los mitos; por otra parte, hay tragedias puramente históricas, como *Los Persas*. En el mismo *Edipo* de Sófocles del mito propiamente no tiene importancia. El *desenmascaramiento* de Edipo es un acontecimiento en la vida del héroe que subsiste independiente del mito de la maldición de Laios, como algo que le es propio en cuanto hombre: es un caso de la vida humana en cuanto tal vida humana. Lo que la tragedia pone en escena es el propio ser de la vida humana, su *ser trágico*. Ahora bien, tragedia y religión son una misma cosa en cuanto la vida como tragedia es la vida en su más profundo y radical sentido. El hombre de Occidente dice Weinstock, ha concebido —y vivido— su vida en dos posiciones fundamentales: como vida trágica y como vida cristiana. La vida cristiana es esencialmente no-trágica. Veamos, para entender esta posición, en qué consiste la tragedia. La tragedia como obra literaria no es sino la expresión artística de los elementos que en esencia determinan la vida humana. Estos elementos son tres: la angustia, la pecaminosidad y la

muerte. La vida es angustia, porque es siempre cuestionable, amenazadora, insegura. De aquí que la actitud fundamental del hombre sea la angustia. Porque la vida no tiene solución fácil, ni segura, ni satisfactoria. Basta notar que la muerte es esencial, también, a la vida, para desvanecer todas las ilusiones que la frivolidad o el Racionalismo presenten. La Razón particularmente es vanidosa. Pretende lo que no puede: pasar sus límites. Tendría que ser omnisapiente para tener siquiera algún título legítimo en la pretensión de solucionar el problema de la vida. Pero el hombre va ciego por el mundo. Con ello no se aminora su responsabilidad, pero sí nace la necesidad de una consulta transracional: el oráculo. El oráculo es el elemento primero de la tragedia. Pero el oráculo no amaestra para el camino de la vida, simplemente admoniciona, señala. La angustia radical, pues, no cesa con el oráculo. Mas la angustia no es paralizante de la vida, sino, por el contrario, avivadora. La angustia nos mantiene, dolorosamente, alerta.

El tercer elemento de la vida humana.—junto a la angustia y la muerte— que recoge la tragedia es la pecaminosidad, entendida no como efecto de una voluntad torcida, sino como estado natural, como cualidad de la propia vida, como inevitable mancha del ser humano. El ser humano —¿por qué? jamás podrá saberlo— es un hecho de su naturaleza, peca, está manchado. El ser en su totalidad sufre de la alteración, del trastorno, del desorden del pecado. Y el hombre sabe, o, mejor dicho, descubre, su destino pecaminoso. Entonces padece y se sacrifica. Salir de la inocencia es entrar en la pasión y en el sacrificio. La religiosidad del hombre consiste precisamente en aceptar este destino. En la totalidad del ser cada hombre no puede colocarse como si fuera el punto central, ni siquiera como un colaborador de la Existencia que entiende y sabe el papel que le corresponde, sino como un miembro que ejecuta y acepta su misión. Colocado en esta actitud, el hombre se eleva a lo Religioso. Nada tienen que decir la felicidad ni la moral. El plano de lo religioso es superior al moral. Pero el espectáculo que ofrece entonces el ser humano es el que llamamos *trágico*. Esta aceptación del destino, de la misión, es precisamente la vida trágica.

Frente al sentido trágico de la vida está el sentido cristiano de la vida. El cristiano no vive una vida trágica porque la tragedia original de la vida humana ha tenido una solución: la ofrenda de Cristo.

Mediante el sacrificio de Cristo —Salvador— ha dejado la vida humana de ser trágica. El hombre se ha redimido, se ha salvado. El cristiano está también, necesariamente, como hombre que es, angustiado, pero su angustia puede cesar. Hubo un suceso, único y extraordinario, Jesús Salvador, que ha convertido la vida humana en no trágica. El cristiano, el hombre que tiene fe en Cristo, ya no es el hombre trágico. El cristiano es necesariamente optimista. Por el contrario, el hombre trágico no es optimista. Pero tampoco es ni desesperado ni desconfiado. Porque sabe que no tiene sentido luchar con el Destino no se desespera. No tiene sentido para él la desesperanza, como no tiene sentido el optimismo. Acepta, simplemente, su destino. Sería una actitud pueril —o neciamente racionalista— la que le llevara a rebelarse contra el Orden inmutable, contra los decretos del Destino, o a pensar que el mundo puede estar fabricado de otro modo. Tampoco es desconfiado el hombre trágico. Al contrario. Sabe que siguiendo su suerte, buena o mala desde el punto de vista *de la felicidad en este mundo*, se afianza en el Ser divino. El religioso temor de la Divinidad no consiente la confianza —del racionalista— en sí mismo, pero hace compatible la angustia radical humana con la confianza en el Ser. — M. C. DE Y.

VIDA CULTURAL

EN el Instituto Italiano de Cultura, el profesor Dr. G. B. Ricci ha iniciado un curso en cinco conferencias acerca de la pintura florentina del siglo xv. En el Instituto Francés, M. Fréchet disertó sobre matemáticas. En la Delegación de Educación Nacional, el cronista "Spectator". En Aula Nueva, J. M. de Cossío, D. S. Montero Díaz, E. García Gómez, etc.

El Instituto de Estudios Políticos ha celebrado la apertura de su curso de 1942, a cargo de los profesores García Valdecasas, Lissarrague, Díaz del Corral, Genovés, Beneyto, Aunós, López Ortiz, Vegas Latapié, Zumalacárregui, Cordero, Villegas, Fernández Almagro, Jordana de Pozas, Maravall, etc., que actuarán en él.

En el Círculo "Medina", conferencias de nuestro camarada Laín Entralgo y de los señores Giménez Placer, Herrero García y el doctor Blanco Soler.

En la Delegación Provincial de Educación se ha inaugurado un curso acerca de Metodología de la Religión. Han tomado la palabra don Eloy de Vega, el R. P. García Vacas, etc.

La Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria celebró sesión. Las Reales Academias prosiguen las suyas, y en la de Ciencias Morales y Políticas disertó el profesor García Morente. En la Real Sociedad Geográfica, el general Aranda y el teniente coronel Sr. Díaz de Villegas.

En ESCORIAL, conferencias de Gómez Arboleya, Abril y Emiliano Aguado; conciertos de Abréu y de Gonzalo Soriano.

En el Museo Naval, conferencias del coronel Fernández Longoria y de los tenientes coroneles Gomá y Acedo, organizadas por la Vicesecretaría de Educación Nacional.

LIBROS

NIÑEZ Y JUVENTUD DE FELIPE II (1)

SIN duda los papeles son una de las cosas más miserables y oscuradoras del mundo. Si no tuviéramos ahí, presente en la Historia Universal, el hecho formidable del Imperio español, de la persona de Felipe II, motor de la Contrarreforma, del Escorial con toda su grandeza, toda la abundante documentación que el P. José M. March, S. J., nos ofrece en su reciente libro (*Niñez y juventud de Felipe II*, tomo I, en folio menor, 372 páginas, presentado con todo decoro por el Ministerio de Asuntos Exteriores), podría engañarnos y darnos una idea demasiado pobre, oscura y triste de los años en que se forma la personalidad del futuro Rey Prudente.

Pero, en cambio, toda esta documentación, de primera mano, íntima, nos mete en pleno siglo XVI y nos permite darnos cuenta de lo lejos que en el tiempo está aquella época. Con la limitación de medios que se respira en todo este ambiente, con la pobreza y las enfermedades que son casi el objeto de todos los papeles recogidos por el P. March, resalta más la grandeza de aquellas voluntades que levantaron Trento, la Invencible y el Escorial.

Lo que podemos medir en este libro es la estrechez del ambiente en que se forma el futuro Felipe II. Podríamos decir (y no creo que los historiadores me desmientan) que en ningún gran país de Europa (salvo quizá Inglaterra) se formó un príncipe con medios tan pobres. Esto mismo hace resaltar más el genio de Felipe II; no oyó grandes maestros, ni Silíceo ni Calvete de Estrella eran humanistas de primera fila; no se nota que nadie le orientara en cuestiones artísticas; tuvo que luchar con mil dificultades materiales; muy pronto pesó sobre él la preocupación del gobierno y la política. Cuando la documentación de este tomo nos abandona (los últimos documentos son de 1548: a los

(1) P. José M. March, S. J.: *Niñez y juventud de Felipe II*, tomo I. Ministerio de Asuntos Exteriores.

veintiún años de Felipe), nada permite adivinar al futuro constructor del Escorial. Bien anota el P. March que el sentido artístico lo pudo el príncipe desarrollar en su viaje por Italia, Alemania y Flandes en 1549, aunque el ilustre investigador no sea demasiado generoso con Felipe II al dejar entrever que las estupendas pinturas del Prado y el Escorial fueron “debidas seguramente, más que a los conocimientos sobre arte de Felipe II, al afán coleccionista que se despertó en el siglo xvi” (pág. 346).

Porque no deja de extrañar en el P. March el criterio frío, lejano, imparcial que tiene frente a su biografiado; no nos encontramos con una apología incondicional, ni mucho menos, y más bien quedan en el libro resabios del viejo modo de entender (o no entender) a Felipe II. El P. March encuentra a Carlos V “más simpático que su hijo” (pág. 13); lo que se podría discutir mucho (salvo que pensemos sólo en la acepción mundana de la palabra), y no deja de sorprendernos la declaración, ciertamente no de biógrafo entusiasta, que encuentra (*ibid.*), “si se quiere, en ciertos aspectos discutible”, la figura de Felipe II.

Pues el P. March, aunque polemice contra los que tildan de imperialismo el catolicismo de Felipe, está muy lejos de los entusiastas incondicionales del estilo de su hermano de hábito el P. Montaña. Indudablemente, en los últimos años las tendencias han sido otras que en los tiempos del P. Montaña, y esto explica el epíteto de “enojoso” que el P. March aplica (pág. 62) al pleito de limpieza de sangre, que con resuelto antisemitismo hubo de plantear en la iglesia de Toledo el cardenal Silíceo.

Es lástima que una revisión de las frialdades en la crítica del pasado inmediato no permita al recopilador de esta rica serie de documentos caldear con más entusiasmo su trabajo de historiador. Hay siempre como una reserva y contención, un miedo a dejarse llevar del tema y las personas, una excesiva prevención contra la parcialidad. Nosotros, representantes de una tendencia política que aspira a revisar la historia de España (revisión en que el catolicismo romano habrá de salir beneficioso), agradecemos mucho al P. March su trabajo documental; pero queríamos ver más abandono al tema, más devoción al “demonio del mediodía”, que prefería perder sus reinos a reinar sobre herejes, y que inspiró su política en los más altos principios que nunca movieron a gobernante.

Sólo esta concepción, que ve en Felipe II el motor de la Contrarreforma, el apoyo de las tendencias mejores del catolicismo de entonces, el campeón de la formidable contraofensiva que—a costa del total sacrificio de España—consiguió fijar límites a la gangrena protestante y salvar grandes zonas de Europa para la unidad cristiana romana, es la que permitirá descubrir en esta colección de documentos, que sorprenden por su frialdad, la vena íntima, fuerte, activa y secretamente fogosa. Porque si no, aquí están los documentos: monótonos, secos, sin intimidación ni familiaridad, sin manifestaciones de amor ni de entusiasmo, sin la menor vibración poética, sin efusión, sin un momento de abandono, sin blandura alguna ni contemplaciones, sin ternura ni riqueza de nada, formalistas, protocolarios; documentos de una Corte que no conoce la frivolidad ni lo que hace la vida amable.

El ayo D. Juan de Zúñiga va informando al Emperador de la crianza y educación del príncipe como si se tratara sólo de un asunto de Estado. Se cruza alguna grave broma acerca de la caza, pero nada más. El Emperador deja entrever levemente, entre una chanza, su emoción cuando le comunican que el príncipe gana un premio en un torneo, y esto es todo. La salud del príncipe, su matrimonio, el nacimiento del infante D. Carlos, todo son negocios de Estado. Desde lejos Carlos V vigila todo, hace los nombramientos de criados, hasta los menos importantes; decide si el príncipe puede aliviar el luto por la Emperatriz con alguna joya o no (pág. 169). Esto se dispone desde Worms, desde Gante, desde Argel, desde Bolonia o Munique, en medio de continuos viajes que no le dejan al Emperador olvidar las cosas de España. Y esto no por ternura, sino por obligación de monarca.

El ayo Zúñiga informa fiel y detalladamente de todo de una manera doméstica, serena, un tanto seca; de todo el ambiente que le rodeó hasta más de los veinte años, Felipe II sacó mucho más de lo que le dieron: más vida, más fuerza, más sentido de sus deberes políticos, más gusto artístico (¡el Escorial no es sólo la obra de un coleccionista de arte!), más ambición religiosa. Desde muy niño aparece ya en esta correspondencia con sus rasgos propios; ni enfermedades, ni el luto por la princesa María de Portugal, su primera mujer (pág. 187), le apartan de atender los negocios y firmar papeles, “que en esto —asegura al Emperador un alto dignatario— no haze falta”. “Negociando siempre todo lo que conviene” (pág. 191), comunica el príncipe Felipe al Emperador que se encuentra aún en momentos en que fuera na-

tural el abandono de estos pesados deberes. “Con aver más de cinco semanas que tiene una sarna muy enojosa —dice su ayo—, nunca dexa de firmar” (pág. 261).

El españolismo de Felipe, que sin duda al Emperador, en sus deberes europeos, le parecía estrecho e incómodo, le lleva desde muy pronto a constituirse en defensor y abogado de los reinos de España. Cuando el Emperador le ha echado en cara cómo paga sus tributos Francia, Felipe II le escribe (año 1545, antes de cumplir los dieciocho [pág. 182]): “La fertilidad de aquel reyno es tan grande que lo puede sufrir y lleuar; la sterilidad destes reynos es la que V. Md. sabe, y de un año contrario queda la gente pobre, de manera que no pueden alçar cabeza en otros muchos. Cada reyno tiene su uso, y en aquél es la costumbre seguir de aquella manera, y en éstos no se sufriría usar de la misma, porque también se ha de tener respecto a las naciones, y según la qualidad de la gente assy ha de hauer diferencia en el tratamiento; mayormente que estos reynos siruieron el año passado con cccc y cinquenta q[uen]tos (millones de maravedís)...” Felipe II se sentía ya entonces cumpliendo un servicio, dedicado al “beneficio universal de la Christiandad”, sin “otro fin syno el del seruicio de V. Md. —escrive en la misma carta (pág. 181)— y bien universal, y no a cosa particular mía”.

El futuro Rey Prudente, ya en la mocedad, sin dejarse llevar del ardor de los pocos años, aconseja en 1544 al Emperador haga la paz con el rey de Francia (pág. 141) lo antes posible, “viendo los trabajos de la Christiandad y las grandes causas que ay para ello y la extrema falta que ay de dineros...”

Felipe II aparece ya de una vez, y de las travesuras de niño, las cacerías en Aranjuez y el Pardo (donde Carlos V le concede un tasado número de reses mayores), pasa de repente a ser el hombre lleno de responsabilidades, abrumado por millones de papeles de barba, oprimido por un mundo que gravita sobre él.

Con razón el P. March señala la espontaneidad de Felipe, que le permite llegar a ser inmensamente superior a lo que por educación le dieron, en detalles como el de que (pág. 222) “de armas y libros y virotos y saetas sería Su Alteza malo de hartar”. Este gusto por los libros, nacido por sí solo en un ambiente estrecho, daría luego las colecciones del Escorial.

La documentación que presenta el P. March es privada, y los in-

formes de médicos, las recomendaciones de personas, los detalles de la vida palaciega (tapiceros, criados, monteros, ojeadores), predominan en absoluto. Continuamente se habla de dinero, y para quien no se acuerda más que del Carlos V retratado por Ticiano, no deja de ser sorprendente ver que en la Corte del príncipe se pasaron grandes apuros (por no hablar de los de las infantas). El obispo de Osuna tuvo que pagar para que las infantas pudieran salir de Madrid (1), y el ayo de las mismas princesas escribía: “todos estamos sin dinero, y más Sus Altezas, que no tienen blanca ni quienes se lo preste” (pág. 175).

Carlos V tendía a reducir la servidumbre y los gastos de las casas de sus hijos, y así el Príncipe Felipe tiene una vez que escribirle que no le obligue a despedir servidumbre “porque sería cosa vergonzosa, hauiendo recibido a éstos y siendo tan pocos, despedirlos, que quando V. Md. fuesse seruido de otra cosa, yo hauría por bien que lo que monta lo que éstos han de hacer se quite de lo que a mí V. Md. me manda dar” (pág. 205). Por su parte, sobre Carlos V pesaban de modo agobiador las necesidades de sus Estados y sus guerras: “en lo del dinero —escribía a Zúñiga— no ay que dezir sino encargaros que todos trabajéis que se nos embíe luego lo más que ser pudiere” (pág. 284).

Pero no hay para qué complacernos en estas anécdotas, sobre cuya trama miserable se tejía el predominio europeo de Carlos V y su lucha por la unidad de Europa. Por encima de esto y por encima de una vida material muy dura, con viajes continuos, a Aranjuez, a Ocaña, Alcalá, Guadalajara, Valladolid, Cigales, El Pardo, huyendo de calenturas, modorras, sarnas, en esta correspondencia privada afloran algunas veces cuestiones de Estado: Felipe escribe al Emperador que envió al P. Vitoria la carta del Emperador invitándole a ir al Concilio de Trento “y le scriuí lo que me pareció conuenir, responde lo que podrá V. Md. mandar ver por su carta que yrá con ésta; y sé cierto que no tiene salud para leuantarse de una cama. Fray Domingo de Soto ha respondido que yrá, como lo verá V. Md. por su carta, y spera que le dé licencia la Universidad, sobre lo qual yo les he scripto. Lleuará por compañero a Fray Bartholomé de Miranda” (pág. 183).

También las cosas de América asoman en esta correspondencia:

(1) «... dexé para la despensa de sus Altezas mil y doscientos ducados y así lo hago cada vez que me lo demandan y asy lo haré siempre» (pág. 167).

“dizen por vía de mercaderes aver desbaratado Baca de Castro al Hijo de Almagro” (pág. 256), “de la nueva de la armada de las Indias y venida de las tres naos y plata que traen, he holgado sobrello” (pág. 284).

Y la política de Europa aparece, y así Silíceo (siendo obispo de Cartagena) escribe atrevidamente al Emperador recomendándole haga la paz con Francia: “tengo temor, sy esta porfía de guerra y lazo de enemistad va adelante, suceda lo que la fábula dize que hizo el milano con la rana y el ratón, quando se ataron los dos para pasar el río; que abaxándose para prender el ratón, llevó juntamente a la rana y se las comió; y pues este milano es el turco que está myrando quando V. Mt. y el Rey de Francia estén bien atados con sus diferencias y guerras para poder triunfar dellos y de todos los cristianos, sería byen antes de este peligro desatarse y conuertirse en girifaltes o halcones, para bolar este milano y matarle, que asy trahe amilanado a todo el mundo” (págs. 77-78).

El reflejo de todos los acontecimientos públicos en estas vidas privadas es lo que da sabor histórico y actual a esta documentación. El lector moderno prefiere esta autenticidad, fragmentaria e incompleta como es la vida, a la historia construída oratoriamente que se ha venido usando hasta este siglo. Quizá del gusto actual por la biografía —gusto de época de transición— se pase a la afición por una historia hecha de documentos seleccionados y ordenados. En esta dirección está seguramente el mérito de este tomo del P. March, abundante cantera para hacer una historia documental, donde ya algunos retratos históricos (el de Zúñiga, el de Silíceo) están logrados. — ANTONIO TOVAR.

* * *

Dejamos de publicar en este número nuestra sección de Crítica bibliográfica de redacción, para dar cabida a la contestación de Carmelo Viñas y Mey a la crítica de su libro publicada en nuestro número 14.

REPLICA A RAMON CARANDE

Sobre el problema de la tierra en la España de los siglos XVI y XVII.

En el número anterior de ESCORIAL salió una nota de crítica duramente injusta sobre mi libro.

Se desarrolla la crítica de Carande en varias direcciones: unos interrogantes a medida del deseo; una serie de interpretaciones basadas en la ausencia de lectura detenida, y desconocimiento del libro que se censura, y una alteración, sin duda inadvertida, de pasajes del autor, a causa de lo cual se le atribuyen omisiones, opiniones y errores en que no he incurrido. Y como fondo y sustrato, una animosidad latente hacia el autor y el libro, vestida de fría apariencia de objetividad.

Vamos a desvirtuarlo a la luz de la fuerza incontrastable de los hechos, todopoderosa frente a subjetivismos y animosidades.

Comienza tachando de breves las páginas dedicadas a la era de prosperidad, y afirmando no puntualizo su ciclo. Aunque en libros monográficos no es preceptivo puntualizar ni detenerse en hechos y problemas que son de dominio general (1), y de que sería baldío intentar la localización cronológica, *fechar* la evolución de un proceso económico, como se fechan acontecimientos o sucesos políticos o militares, es el caso que lo puntualizo expresamente (2), y también las manifestaciones del ciclo de prosperidad: aumento del área cultivada; incremento de la producción y la exportación; apertura de nuevos mercados; asociaciones de cosecheros y exportadores y desarrollo de nuevas técnicas comerciales; ruptura del sistema gremial; concentración territorial; desarrollo de las fortunas privadas; difusión del bienestar (páginas 17-28). ¿Las leyó con detención Carande? Porque las preguntas que a continuación formula parecen indicar lo contrario, algunas como estas: ¿Cómo y a expensas de quién se constituyeron las grandes propiedades territoriales? ¿A qué se debe que el pequeño propietario y el modesto labrador no puedan resistir la fiebre adquisitiva y acumuladora de los grandes propietarios? Es evidente que so pena de crearse a expensas de la nada hubieron de formarse a costa de las otras formas de propiedad existentes: la comunal y la de los pequeños y medianos propietarios. Y es lo que se estudia detenidamente en el capítulo III, páginas 55-65, y antes en la página 26 (en

(1) La exposición relativa al ciclo próspero se halla en todos los manuales, aun en los más antiguos, como el de Altamira.

(2) En la página 15: la era de prosperidad iniciada con el descubrimiento de América y «duradera de cerca de un siglo». En la página 24 se dice que ante la iniciada decadencia de la agricultura, Felipe II promovió información por parte de los corregidores, información que se realiza hacia 1575, y se alude al comienzo del declive en dicho tiempo en repetidos pasajes del libro.

lo referente a las tierras comunales), y en las páginas 26 y siguientes, 32-54, 110, etc., por lo relativo a la pequeña y mediana propiedad, y se hace referencia y documenta en otras partes del libro, en el que se señalan las causas por las que esta fué absorbida parcialmente por la grande, y cómo durante el descenso de la coyuntura la distancia entre costos y precios, impuestos, tasas y demás causas contribuyeron a ello. ¿Qué cultivos se extienden y prosperan? —otra pregunta que formula—, se indica en las páginas 16, 26 y siguientes, 58 y siguientes, etc., incluso con referencia a economistas de valía, como Leruela, que estudia ampliamente el tema.

Estudiar exhaustivamente la era de prosperidad —materia, por otra parte, muy conocida (1)— no es objeto directo del libro, sino tan sólo en lo que se relacione con el problema de la tierra. Por tanto, ni es “el cuerpo de la obra”, como dice, ni estaría justificada mayor extensión, quizá excesiva la que tiene, en concepto de referencia y pórtico al citado problema.

LA EXPORTACIÓN.

Aquí no se reproducen con exactitud mis palabras, y de ello se deriva una interpretación equivocada. Donde digo que exportábamos granos y sobre todo aceites y vinos, se me hace decir que España *abastecía* de dichos tres productos “al norte de Africa, a Génova, Venecia, Florencia, Francia, Flandes, Portugal, Inglaterra, Alemania y Polonia”; he aquí sus palabras, que quiero reproducir: “El hecho de que después de mencionados el trigo, el vino y el aceite, diga que con estos tres España abastecía al norte de Africa, a Génova, Venecia, Florencia, Francia, Flandes, Portugal, Inglaterra, Alemania y Polonia, nada menos, pudiera entenderse como si el abastecimiento se refiriese a todos estos productos, lo que daría una idea engañosa del volumen y naturaleza de nuestras exportaciones.”

El manejo de algo análogo a la famosa coma benaventina de *Los intereses creados*, que transforma insensiblemente el sentido de los textos, haciéndoles expresar distinta idea, alcanza aquí proporción considerable.

Afirma rotundamente Carande que no se exportó trigo, si acaso en ocasiones “excepcionales y rarísimas”, porque “es conocida la insuficiencia reiterada de las cosechas castellanas —así, sin especificar época ni ciclo—, la importación de granos, y que fué efectivo el bloque de las Cortes desde la pragmática de 1539 para la salida de

(1) La repercusión de América, los metales preciosos, la elevación de precios, su proceso y demás consecuencias en la economía española es uno de los temas más conocidos de la historia económica de entonces.

éstos. Acusa una desorientación acerca del problema. Para él, la exportación es consecuencia, supone indefectiblemente, que la producción cubra el consumo interior. Y como a su juicio no la cubría, induce la imposibilidad de exportar. Teóricamente podría creerse así, pero la realidad de nuestra política económica entonces, versátil, contradictoria, sin sujeción a cánones determinados, fué muy otra. Se trata, pues, de cuestiones distintas.

La doctrina mercantil tendía a impulsar la exportación, y sobre todo la estimulaba el interés de los exportadores, grandes propietarios, Ordenes militares, eclesiásticos, nobles, los que eran miembros de los Consejos o tenían mano o influencia poderosa en el gobierno y la política económica, y que viendo limitado el beneficio por la tasa vigente, anhelaban exportar, y presionaban al efecto, como más copiosa fuente de ingresos. Esto fué causa de penurias y carestías en todos los países. De ahí que, pese a las peticiones de las Cortes y las pragmáticas prohibitivas, las licencias de exportación fueran repetidas y frecuentes. Las Cortes se quejan en vano, piden no se concedan, los monarcas formulariamente lo prometen en unas y otras Cortes, pero las autorizaciones se repiten. Así piden y obtienen prohibición las de 1525, petición 21; nuevamente las de 1532, peticiones 44 y 45; se dicta la pragmática de 1539, pero otra vez se incumple, y las Cortes de 1559 insisten, lamentando las muchas licencias que se han dado; las de 1570, de 1573, de 1598, cadena sin fin. Apenas hay cuaderno de Cortes en que no se aluda a ello. Sus términos son reveladores: salían los trigos por mar y tierra; los Maestrazgos venden el trigo de su Majestad y a vueltas de ello lo sacaban los demás; bajo pretextos múltiples se daban licencias de saca en "muchas y grandes cantidades"; piden se prohíba, no se den nuevas licencias, y si *a pesar* de ello se dieran, sean obedecidas y no cumplidas. Pura endeblez prohibitiva.

A una con la doctrina mercantil y la presión de propietarios y directivos, hay que recordar la política protectora de la producción, de Carlos V y Felipe II, y claro es que la exportación era su mejor impulso. Recordemos la disposición, muy poco conocida (1), de Felipe II para intensificar la producción de lana en Indias y su traída a España. Fomento de la producción por doble vía exportadora. Se impulsaba la de Indias con su importación en la metrópoli y se acrecía el *stock* en ella para exportar a Europa. Espíritu análogo facilitó la saca de trigos y las lenidades prohibitivas.

(Concluirá en el próximo número.)

(1) Ley II (de 1572), tít. XVIII, lib. IV de la Rec. de Indias.

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

COMPUESTO POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

NUOVA EDICION DE LA BIBLIOTECA PERLA:

Edición completa e ilustrada profusamente por Manuel Angel. A juicio de personas competentes, esta ilustración interpreta con gran acierto el pensamiento de Cervantes. La obra está tirada a dos tintas sobre papel fino de excelente calidad.

Un tomo (tamaño 180 x 240 mm.) con más de 700 páginas.

EN RÚSTICA: con
cubierta de papel
de hilo a 4 colores

EN CARTONÉ: cu-
bierta en litogra-
fía y cabecera
pintada.

EN TELA: con es-
tampación en co-
lor y oro, cabece-
ra bruñida.

EN CHAGRÍN: con
planchas en oro y
cabecera dorada.

25 PESETAS

28 PESETAS

35 PESETAS

80 PESETAS

Calle de Valencia, 28. - Editorial "Saturnino Calleja" S. A. - MADRID - Apartado núm. 787

"ferrania,,

Todos los productos sensibilizados

1. Películas fotográficas.—2. Placas fotográficas.—3. Películas fotomecánicas.—4. Placas fotomecánicas.—5. Películas radiográficas.—6. Papeles radiográficos.—7. Papeles fotográficos.—8. Papeles fotomecánicos.—9. Películas cinematográficas para profesionales y aficionados.

Representante-importador exclusivo
para la venta en España

Vittorio Pancheri

Claudio Coello, 46.-Madrid
Teléfono 56879



PATENTADO
JABON
CALPOL
UNIVERSAL
MARCA REGISTRADA

INVENTOR Y
FABRICANTE
Adolfo
Calvo

CALPOL, novedad científica española
CALPOL, es un jabón neutro.
CALPOL, lava por absorción y emulsión
Sus resultados y propiedades son su tinta y mejor
propaganda

SAN LEONARDO 8-TEL 49160-MADRID

General Agrícola Industrial, S. A.

G. A. I. S. A.

OBJETO SOCIAL:

Promoción de nuevas industrias

Capital social: **10.000.000** de ptas.

DOMICILIO SOCIAL:

Plaza de las Cortes, 8
MADRID

Sucesores de Matías López, S. A.

MADRID-ESCORIAL-SEVILLA

EXQUISITOS
CHOCOLATES,
BOMBONES
Y CAMELÓS

IMPORTACIÓN
DE CAFÉS,
TÉS, TAPIO-
CAS, ETC.

FERROCARRILES

Y

CONSTRUCCIONES

A. B. C.

CONSTRUCCIONES
EN GENERAL

Avda. José Antonio, 16
MADRID

Gasógeno "HOCHKISS"
(Auto-Hall) ¡El mejor!

Instalaciones rápidas a toda
prueba.—Más de 500 insta-
laciones en MADRID
y unas 3.000 en España.

DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO:

Rodolfo Fernández Rojas
Marqués de Cubas, 23, 1.º, dcha.

TALLERES:

Paseo Santa María de la Cabeza, 16
MADRID